

LUIS

Jochamowitz

MARIA, LUISA

Del Río

CARLOS

Paredes

ALEJANDRO

Neyra

CARLOS ENRIQUE

Ereyre

RICARDO

León

DANY

Salvatierra

GABRIELA

Wiener

MELQUIADES

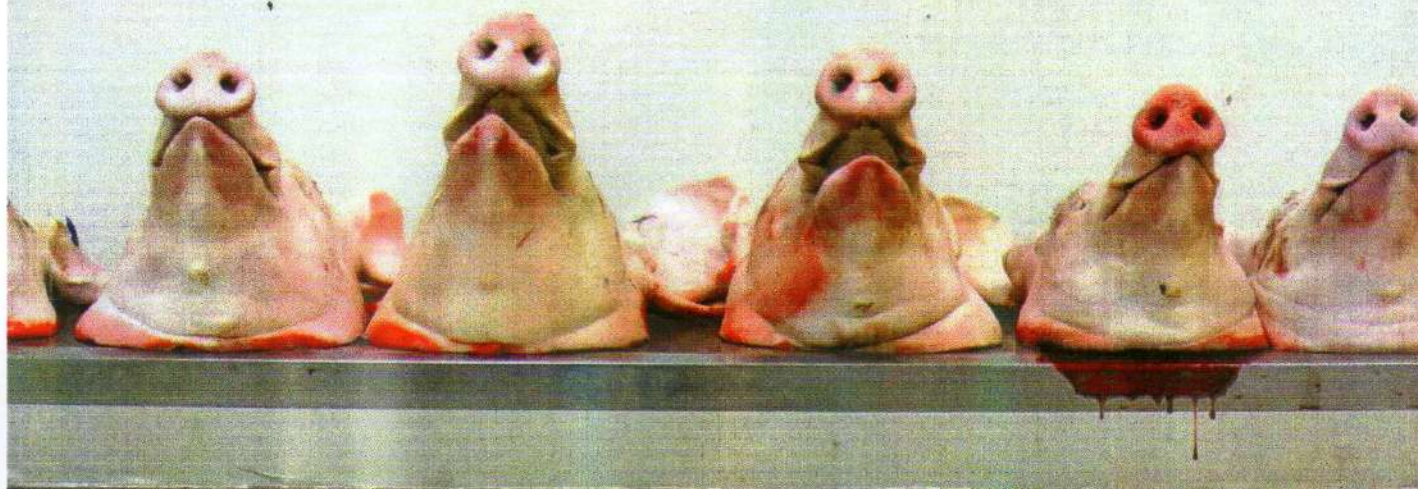


CRÍMENES EN LIMA

“Lo próximo
que sintió fue
el cuchillo
entrándole limpio
por la espalda”

“No sabía dónde
cortar, solo tenía
la convicción de
que tenía que hacer
daño”

“Había tres
palabras escritas
en lapicero azul:
'psicópata', 'enfermo',
'infierno'”



LUIS

Jochamowitz

MARIA LUISA

Del Río

CARLOS

Paredes

ALEJANDRO

Neyra

CARLOS ENRIQUE

Freyre

RICARDO

León

DANY

Salvatierra

GABRIELA

Wiener

CRÍMENES EN LIMA

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea eléctrico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual. La editorial no asume ninguna responsabilidad por el contenido del presente trabajo periodístico e investigación respectiva, siendo el autor el único responsable por la veracidad de las afirmaciones y/o comentarios vertidos en esta obra.

Crímenes en Lima

©Luis Jochamowitz, Carlos Paredes, Alejandro Neyra, Dany Salvatierra,
Gabriela Wiener, Ricardo León, Carlos Enrique Freyre, María Luisa del Río

Diseño de cubierta: Óscar Abril

©Librerías Crisol SAC, 2019

Para su sello editorial Melquíades

Avenida El Derby 254, oficina 2002, Lima Central Tower

Santiago de Surco, Lima

www.crisol.com.pe

RUC: 20501457869

Primera edición: Julio 2019

Tiraje: 1.500 ejemplares

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora Nro. 156-164, Breña, Lima, Perú

RUC 20125831410

Lima, Perú, julio 2019

ISBN: 978-612-47795-2-7

Registro de proyecto editorial en la Biblioteca Nacional del Perú

N.º 31501401900106

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2019-01506

«Hay lugares donde nacer implica tener culpa. El primer aliento y el último catarro tienen un valor equivalente. El valor de la culpa».

ROBERTO SAVIANO, *Lo contrario de la muerte*

«La promesa de mejoría que entraña lo peor.
El anverso y el reverso de la violencia: la casa y la calle».

SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, *Huesos en el desierto*

Lima es una ciudad en la que unas águilas negras y majestuosas se posan sobre su escudo de armas. Representan a los Reyes Católicos, un símbolo imperial que los limeños preferimos confundir con feos gallinazos: esas aves lánguidas, carroñeras y oscuras, que viven prendidas sobre los techos vetustos de las casonas o los postes de luz o husmeando en los basurales junto a los «gallinazos sin plumas» —como llamó Julio Ramón Ribeyro a los desposeídos que se servían de los basurales para vivir—, o gruñendo sobre los campanarios de las iglesias, o apareciendo a la primera sangre derramada en la plaza de toros de Acho. Siempre están. Solo hay que levantar la vista. Aves negruzcas, enlutadas de pies a cabeza: una funesta alegoría de lo que nos rodea. Los gallinazos parecen vigilarnos y, como exclusivos *voyeurs* de la capital, nos espían y nos ven matarnos diariamente. Son nuestros testigos, los dueños de la primicia, buitres horrendos que nos sirven de heraldos negros. Y nos recuerdan que Lima huele a sangre lavada, que con más de diez millones de habitantes hay que estar alertas, que la desconfianza debe ser nuestra principal válvula de seguridad.

Lima es una ciudad con 2.500 homicidios al año —el novio envenena a la amante, la hija dispara al padrastro, el taxista ahorca a su pasajero—, nadie se salva de ser protagonista, testigo, viudo o, finalmente, víc-

tima. Los sobrevivientes hemos tenido que aprender a mirar a un lado, acelerar, cambiar de canal, bajar el volumen u observar sin compasión —mientras tomamos el desayuno, el café con leche— el llanto del huérfano, el abrazo de los padres ancianos, el desmayo de la mamá. En su famoso ensayo «Ante el dolor de los demás», Susan Sontag reflexiona sobre cómo puede desaparecer la conmoción ante el espanto, cómo se puede *no* mirar: «Al igual que se puede estar habituado al horror de la vida real, es posible habituarse al horror de unas imágenes determinadas». En Lima matamos por matar. Ya nos habituamos. El espanto es cotidiano. Y —por supuesto— ya no es espanto.

Recuerdo que en mi clase de Derecho Penal, el profesor programó una visita voluntaria a la Morgue Central de Lima. Del total de alumnos solo la mitad alcanzó a ver la autopsia completa sin una arcada en la puerta de ingreso. El operario que nos recibió —un hombre alto, moreno, de cabello negro en punta que vestía una bata blanca percutida y un reloj brillante— nos condujo hasta una amplia habitación donde sonaba una salsa sensual a bajo volumen de una radio con antena sobre el marco de la ventana. Nos miraba sonriente, estaba alegre por la visita. Mientras apuntaba en su libreta o sacudía sus guantes, tomaba un largo trago de una gaseosa amarilla sin helar que guardaba en el bolsillo de su bata. En la habitación fría, sin orden aparente, había unos veinte cuerpos tendidos, algunos descubiertos, otros arrimados esperando su turno con los brazos zafados —este se cayó de la moto—, con la cara reventada —este se resbaló de una ventana— o de color azul, negro, amarillo —envenenado, ahogado, asfixiado— o echados como dor-

midos, vivos como nosotros. La primera impresión fue insoportable, sería cuestión de segundos, pensé, todos saldremos pronto. Algunos se cogieron entre sí, otros dieron media vuelta o cerraron un ojo cuando llegamos a la camilla que nos habían asignado y levantaron una sábana agujereada donde yacía un hombre de treintaisiete años, regordete, lampiño, con la boca torcida y los dedos estirados, duros como zanahorias. «Este tomó veneno», nos dijo el operario mientras ponía sobre los muslos del hombre, una bandeja plateada con cuchillas, pomos transparentes y cuerdas insertadas en unas agujas anchas que brillaban. En pocos minutos, vimos cómo le abría el pecho hasta el ombligo como si cortase un mantel, cómo le rompía las costillas con un martillo para examinar el corazón, luego sacaba con sus manos uno de los intestinos y lo guardaba en un pomo, luego le abrió el estómago —una bolsa viscosa, marrón oscuro— y sobre una bandeja, lo exprimió y nos enseñó un líquido blanco, grumoso: «este es el veneno», nos dijo. Estábamos paralizados, en silencio, nadie se miraba hasta que alguien preguntó: «¿Cómo sabes que fue un suicidio?». Y fue como si despertáramos del sueño. De pronto, el operario, con tono ceremonioso teorizó sobre la mueca del hombre, no había sorpresa, dijo, los ojos cerrados eran otra señal, y nos embarcamos en una discusión frívola, alguien recordó una película sobre los gestos de los muertos, parecía un hombre triste, otro bromeó con eso, lo imitó, reímos. Habíamos creado esta barrera indolente. Habíamos aprendido a *no* mirar. Delante nuestro solo había un pesado trozo de carne. Una forma humana inerte. No solo sin vida, sino sin una historia real que importe o que explique su desgracia. Y la nuestra.

A las pocas horas del atentado contra Eyvi Ágreda, un influyente periodista escribió en Twitter que las quemaduras de Eyvi se habían agravado a causa del polvo químico que le rociaron con los extintores que encontraron los testigos. Eyvi había sufrido más por culpa de esto. Quizás este intento de salvarla o disminuir su dolor, aceleró sus laceraciones. Si ocurriera un caso igual –pensé hasta reconfortado– ya sabemos que es peor utilizar un extintor de polvo químico. Inmediatamente, como suele pasar con este tipo de informaciones, lo compartí con un grupo de amigos por WhatsApp. Se me ocurrió hasta pertinente, urgente, no sé. Pero recibí lo contrario a lo esperado, una ola de críticas, reproches que me decían: «la consigna debe ser que no quemen más mujeres». Lo pienso ahora: ¿me estaba adaptando para las próximas mujeres quemadas, a celebrar reconfortado que no usemos más polvo químico ante esto, a pensar en lo colateral?, ¿estaba alistándome para *no* mirar? Puede ser, pero por lo pronto, ya había dejado de sentir empatía, de pensar en cómo llegó esa persona a ese escenario, como en la morgue, estaba a punto de mutar al lado salvaje del corazón.

Crímenes en Lima no es solo un título, es un llamado, un grito de auxilio por escrito. Una forma de volver a pensar en lo que ocurre alrededor de un crimen. En reparar cómo nos matamos en esta ciudad y cómo una actividad, por más espantosa que sea, si se convierte en un ritual no requiere de justificación para repetirse. Ya no hace falta grandes sumas de dinero, celulares de lujo, diamantes incrustados en un reloj. Se mata y ya. Estos siete asesinatos lo demuestran. Si cada ciudad se pareciera a sus

crímenes, ¿qué forma habrá adquirido nuestra ciudad, la de un puñal, una bala, un martillo?

* * *

Regresando a mi casa de la reunión donde se decidió que escribiría este prólogo, el taxista tuvo el infortunio de seguir las órdenes del aplicativo, cortar camino cercando un mercado y, al detenerse por el tráfico, dejó la ventana baja y se distrajo unos segundos en algún punto de la calle. Un hombre joven y delgado, de barba rala y cabello rapado, apareció junto a su ventana. En segundos, se abalanzó dentro del auto, estiró los brazos como un clavadista entrando al agua y devuelto como por un resorte emprendió la fuga con su celular. Este, que apenas había logrado ver una sombra, gruñó molesto, lamentándose: «pucha, mi celular». Y se contuvo. Sujetando el timón, tomó un respiro, apagó el auto hasta que reparó en el claxon del auto de atrás que lo exhortaba a avanzar, que había visto el robo pero que quería llegar a su casa pronto. El taxista, un muchacho de unos veinte años, chasqueó la lengua, miró por el espejo retrovisor y encontrándome en medio de este paisaje, inerte, sin respuesta, dijo mientras ponía primera, resignado, pero conforme con estar ileso, acostumbrado a *no* mirar sus propias desgracias: «Bueno..., ¿me puede dictar la ruta a su casa?».

Céu

Alberto Rincón Effio
EDITOR

Independencia

Caso: Eduardo Romero

Agustino

Los Olivos

Rimac

La Victoria

San Martín de Porres

Lima

Santa Beatriz

Breña

Pueblo Libre

Callao

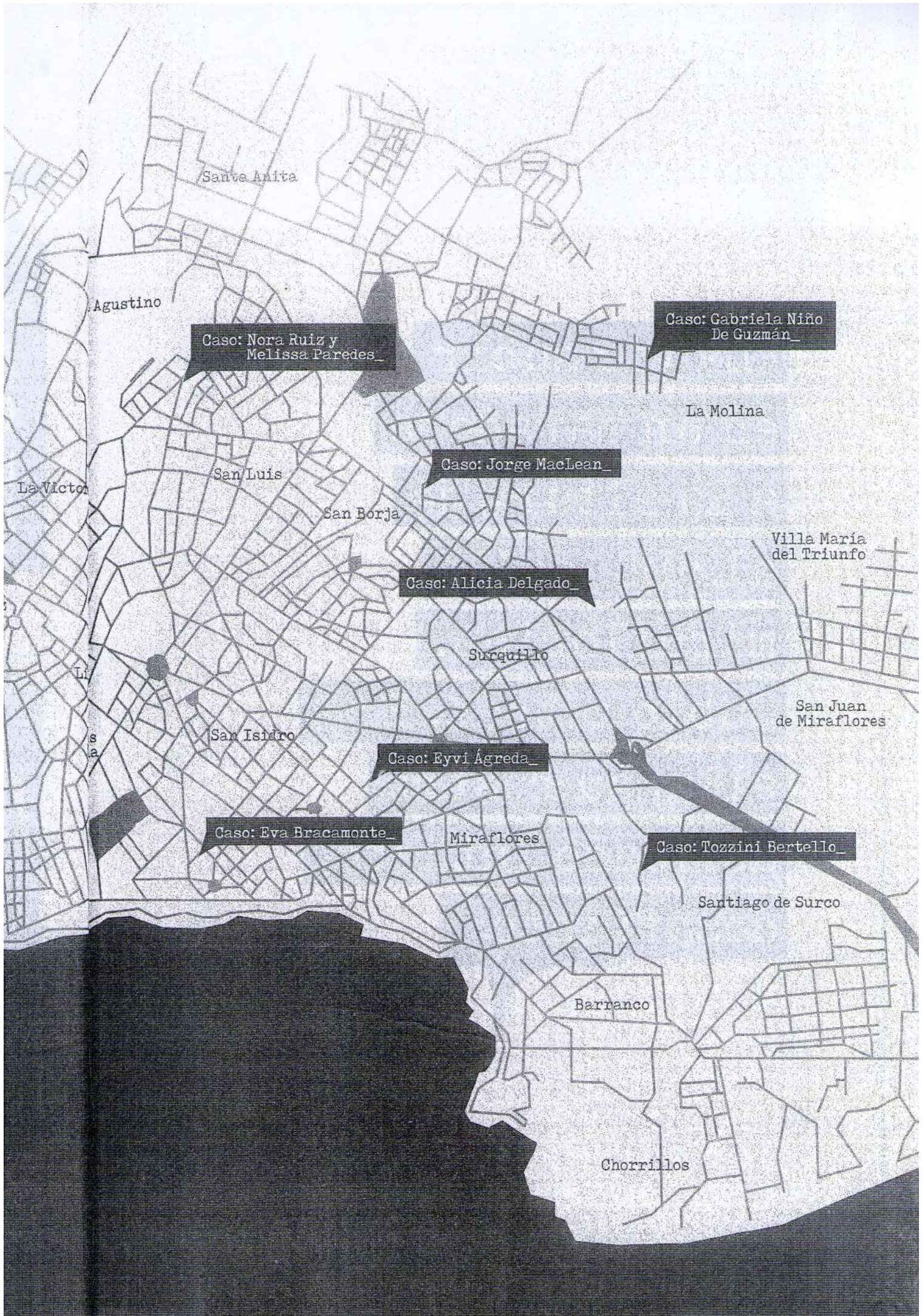
San Miguel

Magdalena del Mar

Bellavista

La Perla





Santa Anita

Agustino

Caso: Nora Ruiz y
Melissa Paredes

Caso: Gabriela Niño
De Guzmán

La Molina

Caso: Jorge MacLean

La Victoria

San Luis

San Borja

Caso: Alicia Delgado

Villa María
del Triunfo

Surquillo

San Juan
de Miraflores

San Isidro

Caso: Eyvi Ágreda

Caso: Eva Bracamonte

Miraflores

Caso: Tozzini Bertello

Santiago de Surco

Barranco

Chorrillos

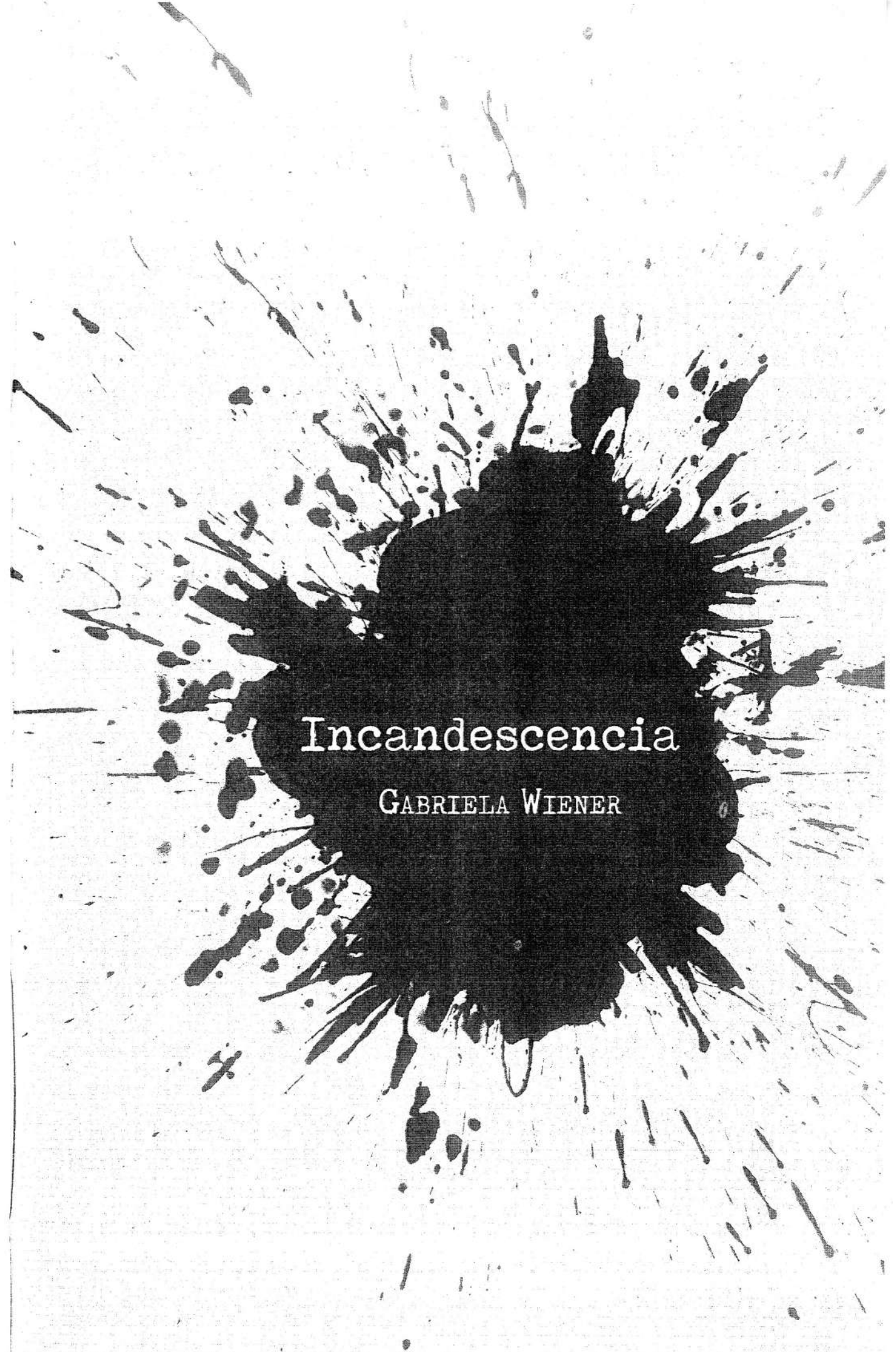
«La vio subir
en un paradero
a la altura de
alguna calle
miraflorina.
Subió detrás. Era
ella, su rostro
delicado intacto,
desafiante».





GABRIELA WIENER
(Lima, 1975)

Escritora y periodista. Considerada una de las voces más importantes del nuevo periodismo narrativo latinoamericano. Sus crónicas y perfiles han sido publicados en periódicos y revistas de España y América, y han sido traducidos al inglés, francés e italiano. Es autora de *Sexografías* (2008), *Nueve lunas* (2010), *Llamada perdida* (2014) y *Dicen de mí* (2017). Actualmente es colaboradora en el diario *El País* y *La República*; además en la plataforma *La Mula*, con su video columna diaria *La Pasionaria*.
Compone el colectivo Vaciador 34.



Incandescencia

GABRIELA WIENER

Carlos Hualpa tiene un apellido quechua que significa «gallina». Él es Carlos Gallina. Las pobres gallinas no tienen la culpa de que el patriarcado lingüístico las haya asociado, en contraposición a los gallos —machos bravíos y amos del gallinero— con la cobardía, lo achantado, lo blandengue, lo inseguro, lo débil, lo medroso, lo pusilánime, lo cagueta. Por la misma razón, los pobres hombres a los que llaman «gallinas» siempre han sido considerados poco hombres, algo que suele ofenderlos solo a ellos. Para burlarse del inca Atahualpa, cuyo nombre significaba «rey de la tierra», los españoles le partieron en dos el nombre, *Ata-hualpa*, que significa «gallina amarrada».

Hualpa también se sentía como una gallina amarrada cada vez que llegaba al trabajo y veía esa cara. El más grande de sus problemas era esa cara. Hay caras que son tan bonitas que no puedes dejar de mirarlas, sobre todo cuando todo lo que te rodea es feo, mucho más feo y gris y triste y pobre y oscuro. Pero hay caras que son verdaderos problemas para algunos, y esta era una. Por la mañana, cuando marcaba tarjeta en una de esas empresas explotadoras llamadas *service* en la que trabajaba como cocinero, siempre era el mismo infierno: perseguir largamente aquello que se le resistía en los ojos de su joven compañera de trabajo, la armonía que hacían los

pómulos afilados con su barbilla de manzanita, la sonrisa de dientes pequeños, los labios rojos, quietos y sellados, los cabellos negros que parecían acariciar al mundo mientras avanzaba, menos a él.

La dueña de la cara, Eyvi Liset Ágreda Marchena, había llegado a Lima a los diecisiete años desde San José de Lourdes, una pequeña comunidad en Cajamarca, había cambiado la chacra por la ciudad; estaba estudiando Administración de Negocios y trabajando para ayudar a sus padres como cajera y azafata en ese *service* de comida en el que conoció a Hualpa en el año 2015. No tenía novio, le gustaba divertirse, arreglarse. Se veía bonita, se sabía bonita. Tenía veintidós años, era muy joven pero no quería perder el tiempo.

A sus treintaisiete años, él vivía aún con sus padres y sus tres hermanos en una casa a medio construir en el barrio de Carabayllo, al norte de Lima, donde los vecinos lo percibían como una persona silenciosa y tranquila, incapaz de matar. Desde que se conocieron, había intentado estar cerca de ella de muchas maneras, quería ser su amigo, su protector, quería que lo necesitara. Se preocupaba por ella. Hacía pesas. Se estaba poniendo maceta. Una vez unos ladrones le hicieron daño a Eyvi para robarle el celular y él corrió como un héroe en su ayuda. Al menos él se sintió un héroe. La invitó a comer, conversaron por primera vez sobre sus vidas. A él le conmovió saber de ella, que le hablara de su padre. Otra vez la acompañó a Plaza Norte a comprar unas zapatillas Adidas con cien soles de la tarjeta que él le había prestado y que acordaron le pagaría en cuotas.

Pensaba que eso era lo que tenía que hacer un hombre por una mujer. Pensaba que eso era estar enamorado,

que eso era el amor. Su educación sentimental se debía quizá a la suma de algunas telenovelas, a la observación de las dinámicas de alguna pareja de vecinos, unas cuantas películas de Hollywood, a la relación de sus padres y a los pasajes que leían los predicadores de la iglesia evangélica a la que acudió durante un tiempo. Se imaginaba con ella en el futuro. Le habría cocinado los platos peruanos que mejor le salían. Por toda su entrega, Carlos creía que Eyvi le debía algo, que debía estar agradecida y corresponder en igual medida a su deseo. De hecho, no comprendía sus evasivas y rechazos. No tenían sentido. Él se sabía una buena persona, alguien generoso. Se le había declarado y ella le había dicho que tenía enamorado, pero no lo tenía. ¿Por qué le mentía? Nunca se consideró un machista sino un caballero. Eyvi le gustaba porque le gustaba pensar que eran «iguales», que venían de abajo, le gustaba porque no bebía alcohol y era tranquila. Eso dijo, que le gustaba porque era «tranquila».

Además, estaba esa cara. Esos huesos alineados sobre los que se implantan más de treinta pares de músculos, de diversas formas y funciones, gruesos y fuertes, finos y pequeños, como ese que eleva la comisura de los labios y el que dilata el ala de la nariz. Todos esos tejidos blandos que al moverse hacían de Eyvi quien era. Cada movimiento de su maxilar y su mandíbula expresaba una emoción y cada emoción negada de ese rostro impactaba en él como un golpe seco. Nunca era para él su alegría. Sus sentidos estaban concentrados también en esa cara en la que todo creaba armonía: la vista, el oído, el olfato, el gusto de Eyvi, pero también el tacto de esos labios que no conocía.

Pero a Eyvi no le gustaba la cara de Carlos Gallina. Era mucho mayor que ella, un tipo extraño, sombrío, hablaba demasiado de su madre. Al poco tiempo de conocerlo ya había empezado a agobiarla con su insistencia y asedio. Aunque se habían tratado y alguna vez se había apoyado en él, desde hace un tiempo ya no quería ni verlo. Jamás se le cruzó la palabra «acoso» por la mente pero su presencia le producía aversión, hasta repugnancia.

Quizá todo se terminó de torcer con las rosas. Carlos la vio distante un día y llamó a Rosatel para darle una sorpresa en su oficina. Las flores alegraron a Eyvi. Dice que la vio sonreír, pero cuando se enteró de que había sido él las tiró a la basura. Para Carlos fue como si hubieran tirado su corazón a los perros. Se despertaba en medio de la noche, sudando frío, tenso. ¿Cómo había podido darle tanto y ella quitarle todo? Le había dedicado incluso más tiempo que a su madre enferma. Estaba tan amargado que le contestaba mal a su mamá, algo que detestaba hacer. Ya una idea escalofriante se alojaba en la parte más oscura de sí mismo y empezaba a madurar, a sofisticarse, a completarse. Desesperado por lo que se le acababa de ocurrir, subía al segundo piso enladrillado de la casa de sus padres y se ponía a orar. «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad aquí en la tierra...». Y le pedía a Dios que le arrancara esa rabia. Y le pedía a Dios que le quitara esa idea. Y le pedía a Dios dejar de ver esa cara del demonio.

Por esos días, mientras deshilachaba el pollo para el ají de gallina, Hualpa se encerraba en el baño de su trabajo a llorar de rabia. La maldecía por ingrata, como en esa canción que los de Café Tacuba aseguran que no

volverán a cantar, porque instiga a los feminicidios: «Ingrata, no te olvides que si quiero / Pues si puedo hacerte daño, solo falta que yo quiera / Lastimarte y humillarte... / Por eso ahora tendré que obsequiarte / Un par de balazos pa' que te duela / Y aunque estoy triste por ya no tenerte / Voy a estar contigo en tu funeral». Y para no hacer realidad la canción, se fue a hablar con el pastor de su iglesia, quien no pudo ayudarlo. Y se fue a hablar con una psicóloga, y tampoco. Se sentía utilizado, no le pagaba lo que le debía, no le contestaba las llamadas, el insomnio lo estaba volviendo loco. Y ella haciendo su vida normal. Tan feliz, mientras él vivía fregado.

Eyvi tomaba cada día el bus de su instituto al trabajo, del trabajo a la casa. Atendía llamadas en un Call Center. Ya no trabajaba con Hualpa. Se había alejado de él. Mejor no darle esperanzas. Vivía con su hermano porque estaba algo nerviosa. Miraba por las ventanas del bus las calles de Lima y se quedaba dormida apoyando la cabeza cuando estaba cansada. Su cara se recortaba contra la ciudad y la ciudad parecía menos fea. Se hacía fotos con sus amigos del instituto o del trabajo, en el salón de clases, en parapente, en el campo, en la playa, en restaurantes, junto a platos de comida, y las subía al Facebook. Le daban «megustas». Quienes la conocían la apreciaban, la consideraban divertida, fuerte, independiente. Alguno sabía que un tipo la molestaba, pero a qué chica como ella no la molestan.

Habían pasado dos años, pero Gallina no había podido olvidar ese desplante; solo estaba seguro de algo, de que alguien tenía que darle una lección de humildad a esa «puta». Según él se creía la última chupada del mango y tenía que darle un escarmiento. Se justifi-

có pensando que así evitaría el dolor a otros hombres. Creía que jugaba con otros como había jugado con él. Jugadora, perra, ruca, cómo pudiste. Estaba enamorado, pensó, qué diablos, y las personas enamoradas actúan así. Y actuó.

No sabe qué pasó, se le nubló la mente, dice que las humillaciones acumuladas lo empujaron a hacerlo, a perder el miedo, a ser un poco menos o un poco más gallina. Esa tarde del martes 24 de abril de 2018 salió de su casa resuelto. Fue hasta su trabajo. La vio salir. La siguió. Estaba encapuchado y con lentes de sol. La vio subir en un paradero a la altura de alguna calle miraflorina. Subió detrás. Era ella, su rostro delicado intacto, desafiante. Estaba distraída. Eyvi no lo vio a él. No lo miró. No notó su existencia. Para variar. Eso hizo crecer su rabia. Se sentó detrás de ella. Sacó algo de la mochila. Se levantó. Le temblaban las manos que apretaban sudorosas una botella de yogurt repleta de gasolina, que había comprado hacía un mes. Dudó, pero la tapa del yogurt cayó al suelo y se animó. Recordó uno por uno sus desprecios. Cogió el encendedor. Mírame. Ahora sí, mírame. Lo pulsó varias veces pero no prendía. Agarró un fósforo y a ella la roció raudamente con gasolina. Solo quería quemarle la cara. Así se lo dijo a la policía. Nada más que la cara hermosa que no quería volver a ver porque no podía ser suya, que no quería que nadie más viera porque sería suya. Porque ella abusaba de su cara, vivía de su cara.

Pero el bus se movió, dijo también a la policía, y el líquido se derramó por todos lados: el cuerpo de Eyvi, la mano de Hualpa, el suelo y otros pasajeros. El fósforo

prendió. Y Gallina salió corriendo con la mano quemada, dejando un incendio de gente a su paso.

El bus en la oscuridad de la noche limeña brilló como una ciudad bombardeada a lo lejos. Fue un resplandor breve. Y pronto se deslizó por la avenida un aroma a carne y fierro quemados. La incandescencia de un cuerpo de mujer. Un cuerpo negro que absorbe toda la luz y la energía radiante del mundo y luego se apaga, como una estrella muerta. Los heridos, rociados con hielo seco, se veían como zombis regresando de la guerra, la guerra contra las mujeres. Diez personas sufrieron quemaduras de tercer grado. Eyvi, en tanto, tenía más del sesenta por ciento de su cuerpo quemado: la cara inalcanzable, por supuesto, los ojos que no lo miraban también quemados; el cuello, el cuero cabelludo, el tórax, los glúteos quemados, los brazos, la espalda que no acariciaría, quemada.

El polvo químico del extintor solo empeoró el estado de sus heridas. En el hospital la indujeron al coma para que no muriera de dolor. A los tres días ya había sido operada tres veces para reestablecer la circulación obstruida por las escaras, principalmente en los brazos y en el tórax.

Pero Gallina se había quemado por jugar con su propio fuego. Solo una mano pero no aguantó el dolor y se fue a un hospital ese mismo día. Fue fácil seguir la pista del hombre con la mano quemada. No fue a trabajar ese día. Del hospital corrió a los brazos de su madre. La policía lo capturó en su casa, pero aunque trató de negarlo y hacerse la víctima, no tenía ni siquiera una coartada. En las imágenes se le ve con la mano vendada junto a la policía. Le dictaron nueve meses de prisión

preventiva por intento de feminicidio. En su confesión lastimera, solo se quebraba cuando hablaba de su madre. En ese momento, todo el Perú lo escuchó decir que «solo había querido quemarle la cara», pero que el bus se movió. Intentaba disminuir su pena. Y rogó al cielo que Eyvi no muriera para ahorrarse unos años de calabozo.

Ese mismo día la noticia corrió veloz por las redes sociales. Cada día un hombre agrede en el Perú a una mujer que quiere poseer, cada dos o tres días la mata, todos los días la viola y le pega, pero por su brutalidad, por su violencia extrema, el caso de Eyvi conmocionó a toda la sociedad. Los medios hicieron una cobertura exhaustiva durante los treintaiocho días que estuvo ingresada en el hospital y el movimiento feminista la convirtió en símbolo de su lucha contra la violencia de género. Ese mismo día, un comentarista en Twitter dijo que la culpa era de Eyvi por haber aceptado favores de su agresor sin quererlo. Decenas de monstruos la responsabilizaron por ser atractiva.

Las mujeres quemadas son una obsesión del patriarcado. «Yo no lo he querido nunca, yo no puedo decir que he estado con mi marido porque le quería. Yo le tenía pánico, yo le tenía miedo, yo le tenía horror». Así contaba la española Ana Orantes ante una cámara la pesadilla de haber soportado durante cuarenta años los brutales maltratos de José Parejo y así nos abría los ojos para que dejemos de una vez de confundir el amor con el horror. Trece días después, su esposo acudió a la vivienda, la golpeó, la maniató, la arrastró hasta el jardín y allí la asesinó rociándola con gasolina y prendiéndole fuego.

El caso de Orantes marcó un precedente en España porque fue una de las primeras veces en que una mujer contó públicamente lo que había estado pasando detrás de la puerta y lo hizo nada menos que en la televisión. Contarlo le costó la vida en 1997. El escarmiento fue el fuego. Hasta ahora, las historias de mujeres quemadas con fuego, con ácido, con la plancha caliente, con agua hirviendo, solían llegar de los interiores de las casas en las que sus parejas llevaban mucho tiempo haciéndoles daño. Para asomarnos al horror, el horror definitivo tenía que haber ocurrido. Pero traspasó esa puerta. El año pasado, un grupo de mujeres quemadas con ácido por sus parejas participaron en un desfile de moda para denunciar la crudeza de la violencia de género en la India. La mayoría tenía el rostro desfigurado. En el Perú decenas de mujeres han sido quemadas en los últimos años por hombres que decían quererlas. A una de ellas, su pareja le echó la olla hirviendo de ají de gallina. Un plato que había cocinado ella.

Pero con Eyvi quemada, el horror salió definitivamente del hogar, de las cocinas, de las habitaciones y se desplazó a las calles, al espacio público. Esta vez, el asesino no era el marido o el exmarido, sino un tipo cualquiera, un acosador. Treintaiocho días después del ataque, Eyvi había sido sometida a una docena de intervenciones para revitalizar su piel a través de injertos. Pero como la piel, la primera barrera inmunológica de un ser humano, estaba semidestruida, no pudieron evitar que un microorganismo entrara en su cuerpo. Eso dijo su médico a los medios. La primera vez pudieron combatirlo, dos y hasta tres veces, pero la última ya no, porque los bichos se volvieron resistentes a los tratamientos. Por

esa razón, Eyvi tuvo una falla multiorgánica y murió el sábado 1 de junio; las puertas del hospital se llenaron de flores y velas. El presidente Martín Vizcarra no tuvo mejor idea que lamentar el hecho señalando que «eran designios de la vida que debíamos aceptar». Sufrió un escrache de inmediato. Ni siquiera el Presidente estaba a la altura. Una gran cantidad de gente opinó que el asesino era un perturbado y que había un problema de salud mental generalizado en nuestro país. Había locura en este caso, no machismo. Mientras las feministas, acosadas y amedrentadas, llamaban a las cosas por su nombre: violencia de género, y exigían que se declare el estado de emergencia nacional «porque nos están matando».

El dibujo de Kimi, una joven ilustradora, en la que pinta a Eyvi rodeada de puños en alto, con el encabezado «Todas contigo, Eyvi» se hizo viral, pero fue compartido miles de veces alterado, vandalizado: alguien había tachado el «todas» y lo había sustituido por «todos». Miles de personas pensaron que era un buen día para corregir un mensaje de sororidad, borrando el femenino, borrando otra vez a las mujeres que se nombran a sí mismas en el duelo.

Los misóginos creen que hay mujeres que deben ser castigadas por decir que no, porque ellos son buenos y atentos, porque un día les regalaron peluches gigantes en la vía pública y ellas los rechazaron; piensan que ellas deben ser condenadas por ser bellas, porque es una belleza que provoca y se les niega, por no estar a su alcance y disponibilidad. Sus mentes destrozadas por el patriarcado los llevan a cometer juicios delirantes, a reivindicar y aplaudir los más escalofriantes actos contra las mujeres, hombres frustrados que deciden vengarse

cometiendo actos de terrorismo machista, como Hualpa, la gallina que quemaba mujeres.

¿Por qué quemarlas? Las quema para castigar la vida, su dermis inabarcable. La piel de una mujer le recuerda a un hombre gris su impotencia, la imposibilidad de controlarla por completo, su existencia marchita, su fracaso como patriarca, como fornicador, como amo, como proveedor, y por eso tiene que quemarla, para borrar esa belleza, esa vitalidad del mundo. Y lo hace en una vanidosa representación escénica para el resto de hombres; la sacrifica y así se siente menos gallina y más esa clase de hombre que quería ser. Ante el mundo, el pirómano de mujeres sella así su compromiso con la superioridad masculina y manda un mensaje de amenaza y sumisión a las mujeres. Las quema también para dejar una huella, para marcarla, para rubricar su firma en la cara y en el cuerpo de una mujer, como un Guasón al que solo consuela convertir a la «amada» en un monstruo para paliar su propia monstruosidad espiritual.

Gallina espera el juicio en el gélido penal de Cochamarca, Huacho. Lo mejor que podría pasarle son treintaicinco años en la cárcel por feminicidio, aunque hay quienes piden para él la cadena perpetua. Todos los días ora por el perdón de Dios y recibe cartas de sus fans.

«Rápidamente
saltará a la
vista el potencial
de arreglos y
mafias que pueden
organizarse
alrededor del
complejo proceso
de "beneficiar"
-ironías de
matarife-
una res».





LUIS JOCHAMOWITZ

(Lima, 1953)

Estudiante del colegio jesuita La Inmaculada, lo que considera de vital importancia para su formación, aunque actualmente se identifique como agnóstico. Uno de los más importantes cultores del periodismo de investigación en el Perú. Entre sus publicaciones se encuentran *Ciudadano Fujimori* (1993); las crónicas policiales *El descuartizador del Hotel Comercio* (1995); la colección de textos breves *Contradicciones* (1996); el libro biográfico *Vladimiro. Vida y obra de un corruptor* (2002), y *Última noticia* (2006). Ha colaborado con diversas revistas, entre ellas Oiga, Variedades y Caretas; en esta última, con su columna *Archivo expiatorio*.

La carne
de los Paredes

LUIS JOCHAMOWITZ

I

Los televidentes, es decir, todos, aun podrán recordar su imagen evanescente, su perfil completamente confundible de personaje de segunda fila en las borrosas mayorías fujimoristas, de nombre aparentemente impersonal pero supuestamente único, Mario Paredes Cueva, más bien bajo, barrigón, de estirpe netamente chola, que dejaba una impresión de hombre astuto, naturalmente vasto, con ese tono plumizo de los parlamentarios, atenuado en él por no ser abogado sino comerciante y hombre llano. La televisión, nuestro biógrafo instantáneo, lo definía (y a él seguramente le gustaba) como «congresista y empresario taurino». El hombre, sin embargo, era considerablemente más complicado.

A su biografía instantánea se agregan otras sombras que multiplican la ilusión. Había nacido en Quiruvilca (La Libertad), en 1934. Nacer en un pueblo minero ya era un comienzo de destino, no tanto por el ávido mineral sino por su producto final: el dinero. Paredes Cuevas sabía como ganar dinero. Después de unos mediocres estudios de ingeniería química en la Universidad de Trujillo, pérdida de tiempo que solo puede atribuirse a la desorientación juvenil o a la obediencia filial, el hombre se dedicó a lo suyo, es decir, a los negocios. Bajo ese ru-

bro se podrían acumular «a lo largo del tiempo docenas, tal vez centenas de actividades diferentes, no siempre lícitas, transacciones hechas con vivacidad, siempre en la búsqueda de la mejor, de la pura oportunidad. Hacia el final de su carrera se le atribuía ser fabricante de bolsas de plástico y empresario de box. Parece poco, pero no lo es. Sus noches de box desaparecieron y solo dejaron el pesado estupor de un expúgil con Alzheimer, pero sus bolsas de plástico siguen flotando en el océano, llevadas por la deriva hasta la China o vuelan al viento por los desiertos y valles de todo el Perú. En una palabra: dejó el mundo un poco peor de cómo lo encontró.

Pero no hay que dejarse llevar por el deslumbrón de los giros mercantiles. Uno sospecha que en él se escondía un comerciante omnívoro, capaz de comprar, trasladar, criar, armar, engordar, pintar y vender cualquier cosa que pudiera caber en un corralón de La Victoria. Con los años acumuló una interesante fortuna y logró ambientarse como magnate del viejo barrio obrero de La Victoria, territorio natural de sus campañas.

A pesar del digresivo rumbo de sus negocios, el efecto de gravedad que posee el dinero habido, en la acumulación de los años setenta y ochenta, Mario Paredes Cueva terminó por acaparar dos aparatosas propiedades, imposibles de ocultar del todo a las oficinas fiscales y municipales: la plaza de toros Sol y Sombra y el camal de Yerbateros. Ambas lo hacían demasiado notorio para su gusto contable, pero esas masivas construcciones eran la culminación –siempre provisional y contradictoria– de la vida de su dueño. La plaza de toros era su faz más luminosa, la del aficionado ganadero y empresario taurino, cholo norteño que gana su plata tomando cerveza y rien-

do el día domingo. Había, sin embargo, un inconveniente que en el mundo de Paredes Cueva era fatal: la plaza Sol y Sombra no producía dinero, más bien era lo que llaman una gastadera de plata. Había que transmutar el agua en vino, la pérdida en ganancia, y este taumaturgo distrital lo lograba pasando del sol de los toros a la sombra de las vacas. Quiere decir que su verdadero negocio era el camal de Yerbateros.

La vida real, las doce, catorce, dieciséis horas de trabajo diario, transcurría por lo general en un ambiente ralmente cubierto con tapizón carmesí, rodeado de pergaminos en marcos dorados y adornos de plaqué y ónix; un ambiente aparentemente aislado, al que apenas llegaban los lejanos mugidos del sacrificio. Pero él no se dejaba engañar por la ilusión, sabía que ese espacio alfombrado en el corazón del camal, era apenas una isla, no más resistente que las placas de madera enchapada que lo separaban de la mugrienta realidad: los corrales hacinados, las salas de beneficio con las mayólicas ensangrentadas, los baños rebosantes y atorados, las moscas, las oficinas con sillas cojas, los patios de asfalto meado donde se reunían a complotar, todos los días, los corrillos de carniceros, comisionistas, intermediarios y toda clase de ganchos al asecho.

Antes de juzgarlo debe considerarse la difícil posición que ocupaba en ese complejo organismo. En el negocio de la carne, el destace y reparto es el momento crucial. El dueño del camal se coloca en el centro de muchos cuchillos con hambre que debe alimentar con el mayor cuidado. Paredes Cueva parece haberlo hecho casi como un maestro de ceremonias, representándose a sí mismo como el paternal y poderoso «Don Mario», que trataba con miles de personas en el curso de un año fiscal. Sería

harto difícil obtener un cuadro completo de su reinado sobre Yerbateros, pero puede deducirse que ejerció su poder con cierta imparcialidad, respetando el *statu quo* de los intereses creados, ajustando aquí y aflojando allá, quedándose con el mejor bocado, pero cuidando siempre que todos se lleven algo entre los dientes.

Al promediar una edad más que madura, el mismo Paredes Cueva debe haber reconocido que el camal de Yerbateros era el gran triunfo de su vida, para preguntarse a continuación si habría alguna forma de escapar de la pesadilla que había creado con tanto esfuerzo. Digamos que a cierta altura de su vida sintió que la oficina alfombrada con tapizón, el juego de escritorio de ónix y los tabiques de *triplay* que casi lo protegían de los mugidos de las vacas, ya no ponían suficiente distancia entre él y su obra. Pero existía una escapatoria. Al comenzar los años noventa, junto con tantos otros compatriotas, Mario Paredes Cueva descubrió un nuevo e impredecible giro mercantil: la política.

Fue un descubrimiento fulminante que rápidamente alcanzó su límite. A corto plazo, lo que no pudo lograr el festivo pero irregular mundo de los toros, sacarlo del camal, lo alcanzó con creces el ramo de la política. Consta que en 1992 Paredes Cueva ya tenía una organización inscrita en el jurado electoral como Frente Popular Agrícola Fia. En las elecciones de ese año su aparato jurídico-electoral ocupó el octavo lugar, uno de los últimos puestos, el 2,7 por ciento de los electores efectivos. Es decir, regresó a su camal con 172.923 votos.

En los años siguientes la mesa política estaría servida para alguien como él. El Frente Popular Agrícola Fia se pulverizó como una bomba de relojería al día siguiente

de la elección, pero los fragmentos continuaron regados allí, esparcidos mercurialmente, a la espera de la siguiente oportunidad. Esta se presentó en cuanto Fujimori abrió la ventanilla de su primera reelección. Sin necesidad de hacer ninguna abjuración, con una naturalidad verdaderamente orgánica, Paredes Cueva y algunos amigos del Fia terminaron en las filas del fujimorismo. No es el caso comentar ahora esa parte de su vida, la menos interesante, baste con señalar que formó parte de la aplastante mayoría oficial del Parlamento de 1995, y ahora sí, los días del camal quedaron para siempre en el pasado.

Las buenas noticias, sin embargo, resultan insignificantes al lado de las malas. Algún tiempo después de haberse convertido en parlamentario, Paredes Cueva se enteró de que tenía una enfermedad incurable y que sus días estaban contados. Desde ese momento trató intensamente que esos días fueran más, y aunque al final perdió la batalla, la experiencia le sirvió para desasirse posteriormente, ya no solo del camal y de la plaza de toros (que soñaba transformar en un parque de diversiones), de la prometedora e ilimitada política, y de todo lo que había sido hasta entonces su agitada vida. Es decir, se apartó de todo y puso sus ojos de un cordero que va a ser degollado sobre la familia.

Pero, ¿cuál era la familia de este hombre —aparte del padre y la madre, enterrados honradamente en un cementerio de provincia—, que tenía una decena de hijos de seis compromisos diferentes? Tocado de muerte, Paredes Cueva hizo el conocido giro de repliegue de los que arreglan sus cuentas de la mejor manera posible. Dictó un testamento muy específico, legando toda su fortuna (en la prensa se comentó que eran diez millones

de dólares) a su última esposa, Nora Ruiz, y a los dos hijos adolescentes que tenía con ella, Giovanni y Melissa. A los demás hijos, entre los reconocidos y los no reconocidos, en indiscernibles jerarquías hasta completar la decena, les tocaría el carro usado que ya manejaban, o una pasable educación superior.

En los últimos tiempos incluso llegó a hacer el esfuerzo sentimental de tratar de reunir a las muchas partes en que había desperdigado su progenie. Organizó tensas reuniones familiares e hizo que los hijos mayores que habían trabajado con él en el camal fueran a recoger al menor, Giovanni, al colegio Markham. Pero tal vez se arrepintió después. Dicen que uno de los últimos días, acaso porque solo él conocía a todas las partes, sintió temor de lo que podría suceder después de su muerte; reunió a su esposa Nora y a sus hijos adolescentes para darles un mensaje: «Cúidense de sus hermanos mayores».

Los bienes materiales fueron sólidamente establecidos. Los espirituales, en cambio, quedaron para un futuro desenlace. Pero ya no tenía tiempo para más, así que se dispuso a morir, lo que finalmente ocurrió el 20 de julio de 1997.

II

El matadero nunca se cansa, es una máquina que funciona día y noche, un organismo que nunca se detiene del todo. Lo que sucede es que en ciertas horas del día las multitudes de carniceros le dan un aspecto de vivaz actividad. Considérese el objeto que los reúne: la res. Es cierto que la carne es la mejor parte, pero las hay de muchas clases, y encima, abajo y entre ellas, hay

pieles, grasas, cuernos, pezuñas, huesos y una variedad de sustancias y consistencias que tienen un destino final. Nada, ni el estiércol de los corrales, se desperdicia. Las ramificaciones llegan hasta la industria del calzado y la marquetería fina. Aristotélicamente, se diría que el camal es la organización que dispone esa constante subdivisión de la res.

El resultado es un matadero platónico, que solo es la sombra del nítido y atroz camal de Yerbateros. Rápidamente saltará a la vista el potencial de arreglos y mafias que pueden organizarse alrededor del complejo proceso de «beneficiar» —ironías de matarife— una res. Las posibilidades de sacar una literal tajada se multiplican a cada paso, y se corresponden maravillosamente con las expectativas de comisionistas e intermediarios. Así se forma un verdadero collar o argolla de filiaciones y compadrazgos que se disputan hasta la última menudencia. Forman lo que la hija mayor del dueño del matadero llamó la «idiosincrasia del interior».

La era de Paredes Cueva habían sido lustros de *statu quo* y paz relativa. Todavía se vivió una corta edad de oro cuando el padre se dedicó a la política y dejó a su hijo mayor, Mario Fernando, Marito para todos, en su lugar. Pero esos años fueron tan breves y sus hechos tan inciertos, que cuando todo terminó solo se recordaban como el instante previo al gran cataclismo.

Era demasiado bueno para durar: los hermanos mayores a cargo del camal, Marito y su hermana María Luisa, la verdadera eminencia tras el sillón giratorio de la gerencia general. Marito tenía cuarentaiún años y era graduado en Ingeniera Mecánica por la Universidad Au-

tónoma de México. María Luisa tenía treintaitrés años y se había graduado con altas notas en Derecho por la Universidad San Martín de Porres. Como en tantas regencias del pasado, el poder se asentó sobre un macho holgazán de miras cortas y una hembra poderosa y reprimida. Gobernaron Yerbateros siguiendo los tres preceptos, que en el fondo eran uno, dictados por el padre y resumidos por su hija, María Luisa: «No te metas con ellos, déjalos que se ganen la vida, déjalos que trabajen».

Todo eso acabó de golpe, inmediatamente después de la muerte de Mario Paredes Cueva, cuando su viuda, albacea y heredera, Nora Ruiz, tomó el control de Yerbateros. Parecería que hablamos de una figura legal, de un cambio en la inscripción de ciertos papeles, pero en realidad estamos ante una compleja incursión no carente de astucia militar, al amparo de la noche y la sorpresa, ejecutada por algunas docenas de matones, cuya arma principal, además de piedras, cuchillos y palos, mayormente de efecto disuasivo, fue una gran pata de cabra. Así se despejó un corredor de entrada desde la puerta principal hasta la gerencia general, por donde la albacea se presentó premunida de un abogado y un grasiento legajo de títulos.

El golpe fue devastador, los hermanos mayores trataron de reunir sus fuerzas y contraatacar, pero no pasaron de mentadas de madre, patadas contra las puertas cerradas con candado y una que otra pedreada con la retaguardia de los ocupantes. Yerbateros, como organismo vivo, con esa infalibilidad que produce la inmensa mayoría, se plegó al bando de la albacea. En uno o dos días la resistencia de las esquinas se dispersó.

La regencia de los Paredes había terminado y nuevos vientos soplaban sobre el enorme camal.

Nora Ruiz Aguilar, viuda de Paredes, la nueva dueña y albacea, demostró que no era un enemigo al que se podía subestimar. Su paso por la presidencia del directorio fue el de una centella luminosa que todo lo transforma. Sus más rendidos vasallos, es decir, su hermano Gregorio y el señor Carlos Feliciano, que pasaron a manejar la gerencia, hasta podrían ver en ella la encarnación de una princesa de cuento de hadas que reconquistaba al fin su castillo. Nora, Norita, había comenzado a trabajar en el camal cuando tenía diecisiete años; en cierta forma, Yerbateros era su herencia espiritual. Allí la conoció el dueño, que alcanzó a ver en ella algo más que otro «compromiso»; debió encontrarle poderosas cualidades para sacarla del matadero y hacer que fuera su última y definitiva esposa, la madre de sus dos hijos oficiales. La antigua «camalerita» había regresado a casa con plenos poderes.

Tras la batalla de los perímetros, comenzó el ajuste de cuentas en el interior. Los hombres de la albacea empezaron por descabezar las ramificaciones más visibles de la destronada administración. Uno de los primeros que cayó, tras una escaramuza de cartas notariales, fue el sobrino de Paredes Cueva, Luis Paredes Vaudenay, más conocido como «El Choche». Se trata de un personaje de tercera fila, pero precisamente por ser solo una sombra borrosa, equivale casi a tomarle una fotografía al hombre del camal. «El Choche» era hijo de Ignacio, hermano de Mario, pero en las jerarquías de los Paredes Núñez, Paredes Paredes, Paredes Cortez, Paredes Jarbol, Paredes Lostanau y Paredes Vergaray,

un Paredes Vaudenay estaba totalmente fuera de juego. Lo que no le había tocado por herencia quería ganarlo por cercanía. Comenzó a trabajar con su tío cuando tenía veintisiete años, al principio sin ninguna función asignada, luego le compraron una moto y se convirtió en el mensajero oficial de la casa. Cuando Marito y María Luisa llegaron al poder, pasó a ser el brazo derecho de sus primos, fue nombrado Jefe de Matanza, y se mandó a imprimir tarjetas personales con el título de Ingeniero. Uno o dos años oficiando en el estratégico puesto de matanza le alcanzaron para comprar una flota de taxis, la que aprovechó, junto con su hermano «Puchín», para organizar un sistema clandestino de transporte de carne en maleteras, tráfico que salía como un goteo continuo del camal. No fueron pocos los comisionistas que aplaudieron su caída.

La albacea estaba dispuesta a imponer un nuevo orden. La lucha contra ciertos comisionistas poderosos comenzó apenas la nueva gerencia apartó de un manotazo a los últimos residuos de la caduca regencia. La anatomía de una res sería el mejor catálogo de los intereses creados que había que enfrentar, pero entre todos esos arreglos heredados, salta a la vista particularmente un contrato que la administración anterior había suscrito con el ciudadano israelí Joseph Aliazar Areza. Detrás de él debía haber milenios de sabiduría tribal, pero siempre será un misterio cómo un hombre nacido tan lejos de Yerbateros pudo encontrar su lugar en el ramo de grasas residuales. Lo cierto es que Aliazar tenía una oficina dentro del camal, y a cambio del derecho a disponer del producto final, se comprometía a organizar el recojo de ciertos residuos de carnero y

chanchos, de escaso o nulo valor comercial. Se trataba de una operación ambigua, discernir entre el valor y el desperdicio, algo que en el balance final puede dejar una fortuna. Tan grande que, en opinión de la albacea, bien valía la anulación del contrato, lo que procedió a hacer sin mayor discusión. Para entonces, Nora Ruiz ya vivía rodeada de abogados y guardaespaldas. Aliazar contraatacó con una demanda judicial, pero en el campo de batalla dispuso un boicot en el recojo de grasas residuales e inmundicias, iniciativa que casi en cuestión de días colocó al camal de Yerbateros en alarma sanitaria. La municipalidad de La Victoria intervino imponiendo una multa.

Una multa municipal cancelada fue la mejor demostración de que la albacea había ganado otra batalla. Su esposo había fallecido en julio, en agosto tomó control del camal, en septiembre ya estaba en guerra contra los comisionistas, en octubre desconoció una deuda de dos millones de dólares que se decía que Paredes Cueva había contraído en Colombia; ese mismo mes pidió garantías en la comisaría del sector. Un resguardo más se agregaría al cuerpo de guardaespaldas que le había dejado su difunto esposo. Los días se le iban en el camal, donde reinaba indiscutible, y en largas sesiones con sus abogados que atendían una maraña de juicios. Hacia finales de año parecía que había terminado de liquidar los últimos focos de resistencia, tenía plena posesión de la fortuna Paredes y estaba más segura y desafiante que nunca.

Entre los muchos enemigos que la albacea había sabido ganarse, ninguno era tan peligroso como María Luisa, la intratable hijastra, la hija mayor de Mario, la

verdadera dueña del poder atrás de la regencia de Marito. Con esa sabiduría natural entre mujeres es probable que la albacea lo hubiera advertido con anticipación, pero es difícil creer que podría haber imaginado lo que era capaz de hacer su enemiga. Para noviembre, María Luisa, «Luchi» como la llamaba su papá, ya había dejado atrás la etapa de las demandas judiciales y las amenazas telefónicas anónimas. En realidad, María Luisa quería hacer algo más, algo que diera cuenta de la furia que se estaba acumulando dentro de ella. Siempre es difícil precisar de qué materiales están hechas esas furias, lo es hasta para los mismos interesados, pero los reporteros policiales, que a su vez citan a los policías, dirían que era amargura, codicia y celos. «Luchi» había sido la engreída de su padre, creció estando cerca de él, luego fue la abogada del camal, y cuando llegó la fiebre fujimorista, lo acompañó en la feria política. Para ella el nacimiento de su última hermanastra, la pequeña Melissa, sería la peor traición que podía esperar de su padre. El testamento final equivalía a ser desheredada.

El acto asombroso sobre el que se sostiene toda esta historia, es el siguiente paso que dio María Luisa: buscar a un asesino. Dentro de lo extremo de la situación, la búsqueda de ese hombre tiene algo cómico y torpe. Aparece aquí nuevamente el «Choche», Paredes Vaudenay, incondicional de la regencia, que aprueba sin oposición los planes que escucha de María Luisa. Pero, ¿cómo se encuentra a un asesino? Es como abrir la puerta de una escalera que desciende al infierno; la búsqueda de ese hombre parece consistir en dirigirse hacia alguien que se supone es peor que uno. Escalón por escalón, al final siempre se encuentra a alguien.

María Luisa buscó al «Choche», el «Choche» buscó a un mecánico conocido en los corralones de San Jacinto, Duvino Luyo Candela, quien a su vez buscó a un delincuente conocido, Alberto Orellana Belzu, alias «Negro». Este se debió dirigir a alguien más peligroso que él, y estaríamos entonces en las inmediaciones del hombre deseado. Pero en lugar de eso, el «Negro» Orellana declaró que él podía cumplir con el encargo. El «Choche» y María Luisa se lo creyeron, o al menos le adelantaron mil dólares, los suficientes para dejarlo de ver para siempre apenas dobló la esquina.

La experiencia, sin embargo, siempre enseña, y la siguiente búsqueda no fracasó. Esta vez, el «Choche» cortó camino y en lugar de buscar a Ludovino Luyo Candela, un pobre mecánico reducidor de piezas robadas, se dirigió a la «Chata Marleny», que era lo que desde hace más de un siglo los periódicos llaman «su conviviente». Ella, a su vez, lo encaminó hacia el hombre que andaban buscando, siempre en círculos descendentes, hasta toparse con el sicario «Frank», esta vez sí convenientemente taimado y peligroso para confiar en su palabra. Se dijo que acordaron un precio de ciento veinte mil dólares por todo el trabajo, con un adelanto duramente regateado de treintaicinco mil.

El resto fue cuestión de ejecución. «Frank», más conocido como «Tombo Loco», se encargó de reunir al grupo hasta formar un total de al menos siete instrumentistas. Sus nombres han salido muchas veces en los periódicos, pero dicen menos que sus alias: «Ciego Kike», «Tata», «Potrillo», «Payasito», «Chalaco», «Charún» y otros por identificar. Sus biografías son inabarcables en estas páginas, pero pueden resumirse en los

diez segundos con que se ganan la vida utilizando unos pesados instrumentos de trabajo que la gente común solo conoce por siglas y calibres. El planeamiento incluyó dos trabajos de lo que un bando llama «pastear» y el otro «reglaje». Todo quedó listo antes de que acabara el año, pero diciembre terminó sin novedad.

El sábado 3 de enero de 1998 fue como la continuación de una larga fiesta. El Año Nuevo había caído miércoles, de modo que fue una semana poco menos que en blanco. El fujimorismo estaba en su apogeo y parecía eterno. Era otra bella noche de verano llena de una sensualidad ambiental que se propagaba por la piel, contagiando fácilmente a la gente, que a esa hora, ocho de la noche, parecía estar mayoritariamente en las calles. Nora Ruiz, como parte microscópica de esa ola de inquietud estival, decidió cenar esa noche en el chifa Ti-Ti de San Borja con una pareja de amigos, los esposos Amuruz, él era compañero de bancada, íntimo del finado Mario durante el par de años que pasó en el congreso. Completaban la mesa su hija Melissa y la hija de los Amuruz, otro de los lazos que los unían, una niña de la misma edad y muy amiga de Melissa. A último minuto, Giovanni, adolescente en fase crítica, decidió quedarse en casa y pedir que le trajeran comida china.

Se despidieron con besos en la puerta del chifa. La amiga de Melissa se quedó con los Paredes, las dos niñas subieron en la parte de atrás del Volvo negro, que se decía era «semiblandado», otra de las herencias de Mario. Al timón iba el guardaespaldas familiar, William de la Cruz. Se dirigían hacia el sur cuando fueron interceptados en una calle sin importancia. Tres carros les cerraron el paso y de ellos descendieron entre siete y

diez hombres que formaron una especie de semicírculo. Sería cosa de pocos segundos, lo que tarda una cacerina en descargarse. Otra vez, el «Ciego Kike», «Tata», «Potrillo», «Payasito», «Chalaco», «Charún» y otros por identificar, eran los ejecutantes de un fragmento de extrema violencia. Para que la locura ascendiera un grado más, se desató un tiroteo dentro del tiroteo. No debido a la inútil resistencia del guardaespaldas de la Cruz, sino porque el azar hizo que la escena se desarrolle frente a la misma puerta de una residencia de agentes de la DEA, discreta pero efectivamente atrincherada, que se creyó víctima de un ataque y repelió el fuego. El Volvo de los Paredes recibió al menos cincuenta y cuatro perforaciones de bala. En rápida sucesión cayeron el guardaespaldas, Nora Ruiz y su hija Melissa. Su pequeña amiga salió de allí milagrosamente ilesa, directo a una cura de sueño inducido de setenta y dos horas, para dejar atrás la pesadilla.

III

Los crímenes siempre ocurren antes y se cuentan después. En el entretiem po los policías recogen los restos y se convierten en los supremos informadores y dateros de la prensa local, que a su vez proporciona los materiales de este relato. A veces, sin embargo, lo difícil no es unir las piezas, que saltan a la vista, sino encontrar la evidencia que confirme la manifiesta sospecha. La policía no tardó nada en obtener lo que se podría llamarse un cuadro del interior de la familia Paredes: juicios por herencia, denuncias penales en Yerbateros y un sinfín de comentarios sobre las guerras distritales

de los hermanos Paredes y la albacea Nora Ruiz. El problema era unir ese horizonte de odios profundos con el automóvil ensangrentado que dejó el triple crimen. Las investigaciones quedaron a cargo del general Raúl Cubillas, hermano del famoso jugador de fútbol y oficial de expectante carrera.

La configuración de un móvil plausible se asemeja a una suma que siempre trata de rebasar a su total. ¿Cuál es la línea que se cruza para matar al prójimo? Los investigadores tratan de resolver ingeniosamente esa pregunta con peritajes balísticos, y una inspección cuidadosa de la escena del crimen ya que «hasta los pelos valen», como le dijo un policía a un reportero poco después del crimen Paredes. En este caso, el móvil parecía macizo y, sin embargo, el culpable eludía al que quisiera atraparlo.

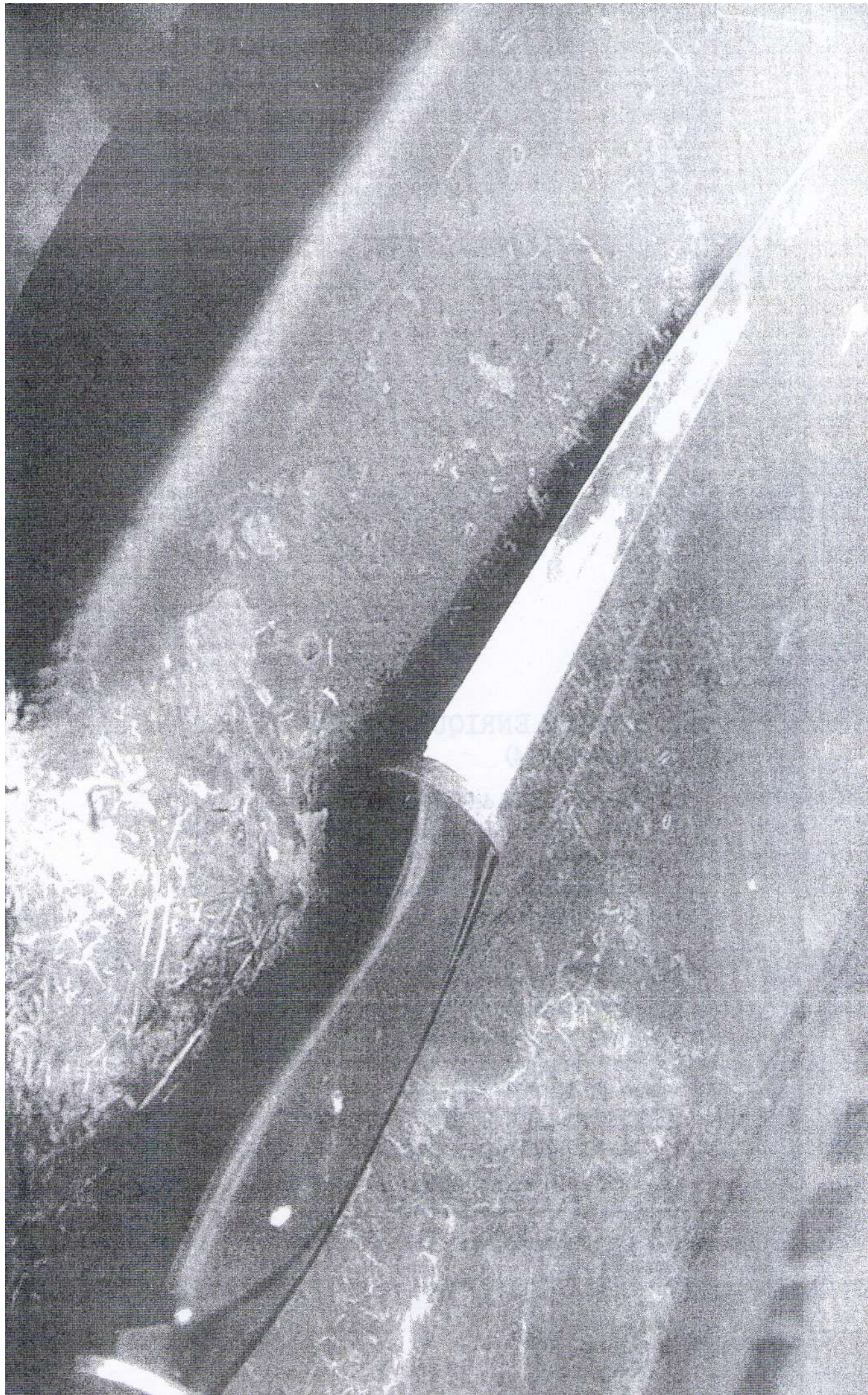
Para comenzar había que descartar el secuestro, por muy violento que fuera; el último secuestro de proporciones, el del minero Hochschild, requirió de ocho impactos de bala, en este habían contado más de medio centenar. Y si el móvil era el puro y completo asesinato, ¿qué ganaban los hermanos Paredes, si la herencia del padre terminaba en manos de los Núñez como era de ley? La rudimentaria combinación de balística y Código Civil no agota desde luego la explicación de los móviles humanos. Por eso, astutamente la policía combina los métodos de laboratorio con los interrogatorios científicos. Adicionalmente, pueden revisarse papeles, facturas, números de teléfonos y placas de rodaje. El viejo lema policial francés, *cherchez la femme*, suponía que para hallar al criminal había que buscar a

su mujer. Modernamente ese axioma ha reemplazado a la mujer por el automóvil.

Fue precisamente por un fragmento de fibra sintética, recogido la noche del crimen, que pertenecía a uno de los autos atacantes, que todo se comenzó a aclarar. El siguiente lazo fue el «Choche», el eslabón más débil y visible entre María Luisa y los sicarios. Unas pocas horas de interrogatorio bastaron para que el «Choche» contara todo con detalle. La siguiente vez que María Luisa fue citada a declarar, tuvo que llamar por teléfono a su casa para decir que esa noche no iría a dormir, que le enviaran una frazada y ropa de abrigo, porque no sabía cuánto tiempo tardaría en regresar.

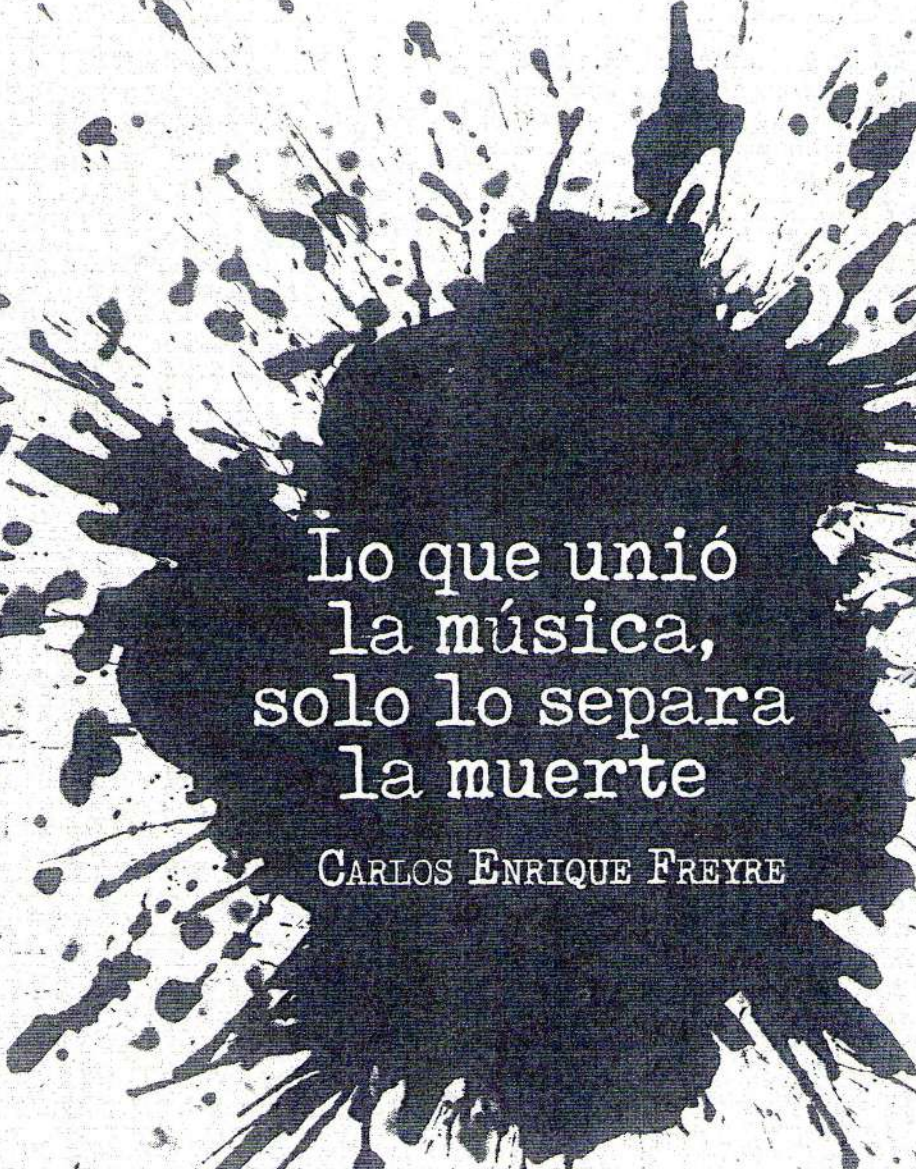
«Con su víctima ya debilitada entre el esfuerzo físico de pelear y el dolor de las primeras lesiones, el asesino eligió penetrar el cuello dos veces».





CARLOS ENRIQUE FREYRE
(Lima, 1974)

Escritor y oficial del ejército peruano. Entre sus publicaciones se encuentran *El fantasmocopio* (2010), *Desde el valle de las esmeraldas* (2011), *El semental* (2012), *El último otoño antes de ti* (2015), *Maxente* (2016), *Mario, cuadernos de un viajero* (2016), biografía de Mario Vargas Llosa en formato cómic, y *La guerra que hicieron para mí* (Planeta, 2018). Escribió los guiones de las películas *Vidas paralelas* (2008) y *Gloria del Pacífico* (2014), esta última junto a Juan Carlos Oganés. Desde diciembre de 2015, escribe la columna *Diarios de Guarnición*, publicada por IDL-Reporteros, en la cual narra crónicas sobre las Fuerzas Armadas del Perú.



Lo que unió
la música,
solo lo separa
la muerte

CARLOS ENRIQUE FREYRE

I

Como lo hacía diariamente, Diego Claros ingresó al edificio número 161 de la calle Boulevard en Monterrico, para iniciar su rutina de aplicado empleado de limpieza en los ocho pisos de departamentos, en una construcción típica de las zonas residenciales de Lima, cerca de la embajada de los Estados Unidos de Norteamérica. Pero cuando la puerta del ascensor se abrió y se topó con el grisáceo personaje que acababa de llegar al primer nivel, sintió una clarinada: el raro atisbo de una mala noticia que está por leerse. El hombre de tez oscura y cabellos cortados al ras —después sabría que se llamaba Pedro César Mamanchura— llevaba una caja metálica en los brazos y lo saludó:

—Buenos días.

Claros le miró los ojos huidizos y el par de líneas marcadas por tanto fruncir la frente y le extrañó ese gesto de cortesía, pues para esa fecha, en los escasos cruces por los pasadizos del edificio 161, ya lo consideraba un patán. Más adelante, en su testimonio frente a los investigadores, Claros declararía que fue precisamente ese saludo lo que le dio mala espina. Estaban por dar las ocho de la mañana del 23 de junio de 2009. El trabajador de limpieza todavía no sabía que en el sexto

piso se encontraba el cadáver de Alicia Luisa Delgado Hilario, a quien vio la tarde del día anterior acompañada por dos hombres. Uno de estos era el músico Miguel Salas y el otro, Pedro César Mamanchura. No sabía el nombre de ninguno de los dos, pero pronto serían parte de su día a día.

Extrañamente, con estos dos hombres iba a tener una especie de *coincidencia de las últimas veces*. Con Salas, arpista de su orquesta, estuvo en su último cumpleaños, en su último concierto, e iba a ser la última persona con la que hizo el amor. Mamanchura fue la última persona que la vio con vida, y también quien se la quitó. Y la próxima vez que Miguel Salas vio a esa mujer que le doblaba la edad y con la cual mantenía una relación cuasi furtiva, fue cuando la policía forzó la puerta de la habitación y halló su cuerpo tendido sobre un desorden de ropa. A sus pies estaba el arma con que fue ultimada: un cuchillo de la marca Facusa, profesional extrafilo, para expertos en cocina. Medía veintisiete centímetros.

II

Alicia Delgado y Abencia Meza no tenían por qué encontrarse en la vida, pero la música iba a tejerles a ambas una telaraña que hizo que cualquier coincidencia imposible se hiciera real. E irreal. Alicia había nacido en mayo de 1959 en el pequeño poblado campesino de San Martín de Taucur, enclavado al pie de unos terraplenes de andenes, en el distrito de Pachangara, provincia de Oyón. Siendo niña se unió con sus familiares a la fortísima corriente de migración en la búsqueda

de mejores oportunidades de vida. Hasta ahora sigue siendo un lugar lejano, donde viven veinte familias. Llegó a principios de la década de los años setenta a la capital de un país que explotaba como un *bing bang*; una fuerza ciclónica expandía sus suburbios, y dentro de estos, sus penurias y privaciones.

A pesar de la vida cuesta arriba, la madeja de la música comenzó a hacer lo suyo, de manera que podía sustraerse en clave de arpa de la pobreza, de las carencias: tardes enteras contemplando a sus ídolos que alternaban en el Coliseo Cerrado del puente del Ejército. Eran *las figuras*: trascendían, a través de las radios y los discos, y llegaban a las fiestas patronales La Flor Pucarina, El Jilguero del Huascarán, Pastorita Huaracina o bien se les consideraban ídolos oyonistas del arpa. Su presencia se volvió común en ese predio, pues entre amar el canto y esas relaciones entre paisanos, tan en boga por esos años en que unos eran la palanca de los otros para poder sobrevivir en la capital o aferrarse a sus sueños, Alicia fue llevada por la cantante Totita Cruz a la presencia del «Divino Maestro del Arpa», Pelayo Vallejo, otra de esas leyendas provincianas, quien la acompañaría en sus primeras incursiones.

Alicia tenía voz, talento, temperamento para la interpretación. Era una mujer alta de cuerpo macizo. Y la presentaron a un cazador de talentos, Eladio Obispo, conductor de un programa radial dirigido a esa masa que extrañaba sus orígenes terrenales y se refugiaba en sus cantantes para no perder el calor de sus hogares. El verano de 1975, a los dieciséis años, Alicia grabó por primera vez una canción. Se llamaba *Un fracaso en la vida*, casi en sintonía con las penas que todavía aso-

laban sus días. Ese mismo año nació en Huari, Áncash, Abencia Meza Luna.

Desde su debut como cantante en adelante, Alicia comenzó a navegar en las aguas de la fama. Aclamada con el título nobiliario de la Princesa del Folklore Peruano, la música seguía haciendo lo suyo. Llevaba su voz a los rincones más insospechados de un país donde las carreteras no llegaban a todas partes, pero las ondas de radio sí. Entonces, la voz de Alicia fue viajando y diseminándose en los pueblos jóvenes y en las provincias y en las barriadas y en los anexos sin esperanzas, en esas comunidades donde saber leer y escribir era un privilegio, hasta llegar a los oídos de una niña de escuela fiscal. ¿Sería la niña equivocada? ¿Qué artista puede predecir los efectos de su propio talento? ¿Fue, acaso, un búmeran que cerraba una vida forrada de fatalidades?

Podría serlo. O no. Entre las décadas de los ochenta y noventa, el Perú daba tumbos en una crisis económica y violenta que no respetaba ni a los muertos. La migración era un modo de aferrarse a la vida. Los peruanos que estaban en Lima o en las ciudades costeras invadían Venezuela, Chile, Argentina y Estados Unidos, principalmente. Los que estaban en el interior del país, migraban a Lima o por último a las periferias de las ciudades costeras. Por eso, Alicia y Abencia tampoco debieron coincidir: mientras la primera llevaba sus maletas a Estados Unidos, Abencia se instalaba en la capital del país. Su padre había fallecido en un accidente y, además, la sierra desguarnecida era, en esos tiempos violentos, un buen lugar para morir. Y si acaso estaba huyendo de la violencia, era poco probable que lo haya conseguido: ella encarnaba la violencia misma.

III

Aunque desde el mismo día 23 el círculo cercano a Alicia Delgado supo que algo extraño estaba ocurriendo alrededor de ella, no fue sino hasta el jueves 25 en que la noticia sobre esa fatalidad fue confirmada. Ya el martes 23 la policía había hallado la camioneta Hyundai Tucson de placa RON-323 abandonada frente a un local de cambio de llantas en el distrito de Independencia y la idea de un secuestro comenzó a rondar entre familiares y personajes cercanos a la farándula del folklore.

Tres policías llegaron al departamento e ingresaron con el arpista Miguel Salas, Clarisa y Susana Delgado, las hermanas menores de Alicia, Rubén Retuerto, hijo de la cantante y Manuel Berrocal, un amigo en común. El asesino cerró la puerta por dentro antes de huir, así que los policías decidieron utilizar uno de los cuchillos para forzar la cerradura. Después de un momento lo consiguieron y, aún con la puerta entreabierta, pudieron apreciar el cuerpo de Alicia con el pijama puesto, bocabajo y con un cinturón rodeándole el cuello, «lo que dio una impresión inicial de que había sido estrangulada. Así lo consignaron los primeros noticieros.

La comitiva quedó conmocionada. Entre desmayos y llantos, los policías cerraron la puerta de nuevo y comenzaron a hacer llamadas para iniciar el procedimiento que requería este evento. Casi a la vez que el fiscal comenzaba el recorrido hacia Boulevard para el levantamiento de cadáver, la noticia llegaba a los medios de prensa. Solo que la conmoción era múltiple: desde Los Ángeles, Estados Unidos, llegaba la mala

nueva de que Michael Jackson acababa de fallecer, víctima de una sobredosis de demerol y benzodiacepina, y se anunciaba el deceso de la también famosa actriz norteamericana Farrah Fawcett. El Internet y las redes sociales colapsaron. Difícil elegir un titular para la jornada siguiente.

No era descabellado dirigir las miradas acusatorias hacia Abencia Meza. Cinco días antes de su muerte, en un acto premonitorio, Alicia Delgado grabó un video que su hijo presentó a las autoridades poco después, en donde responsabilizaba a Abencia: «Si un día algo me pasa, ya sabes que estoy amenazada. Ella ha dicho que si yo no vuelvo, si yo no regreso, el día que me vea con un hombre me va a matar. Muerta me voy a librar de ella». La grabación salió a luz pública en un reportaje televisivo y, en este, el nerviosismo de Alicia era evidente. Pero a la vez, dejaba claro los celos, unos celos amargos de enamorada traicionada. La cantante relata cómo había arrebatado un teléfono celular y exhibe los mensajes entre Abencia y otras mujeres. La prueba irrefutable de la infidelidad.

El video se grabó en la sala del departamento donde fue ultimada y fueron testigos oculares de su declaración Miguel Salas, Hilda Romero, Gaudy Martel, Daniel Sánchez, Clara Mercedes Príncipe y el autor de la grabación, su futuro homicida, Pedro César Mamanchura. Por eso, ni bien se confirmó el crimen, las miradas apuntaron a Abencia. Ella no se dio por aludida. El diario *Perú.21* del día 26 de junio informó en una pequeña nota que: «(Abencia Meza) se encuentra sedada en su casa de Los Olivos, según informaron sus familiares. A través de un escueto comunicado, la cantante pidió comprensión a los medios de comunica-

ción y adelantó que solo declarará luego de conocer los resultados de las primeras investigaciones policiales».

No fue muy difícil para la policía catalogar a Mamanchura como el primer sospechoso del homicidio. La manifestación del vigilante del edificio junto con la de Diego Claros, sobre su abrupta salida con la camioneta fueron los indicios para salir en su búsqueda. Lo capturaron a los cuatro días en un hostel en Tumbes, donde estuvo registrado con otro nombre. En la noche del 29 dio su primera manifestación formal ante las autoridades, en Piura, debido a un problema con el vuelo que lo traería de vuelta a Lima. Allí, además de la confesión de su autoría material del crimen, añadió que se trató de un encargo a sueldo de Abencia Meza.

IV

Cuando se investiga un siniestro o un accidente, casi siempre se llega a la conclusión de que este no sucedió de casualidad. El evento fatal es, en sí mismo, el último eslabón de una cadena de acontecimientos irregulares. Como en los incendios cuyo origen se ataña a un cortocircuito. Es más que eso: es una suma de alambres pelados, de dispositivos sobrecargados, de conexiones clandestinas o de recibos impagos. En las carreteras no es precisamente «la curva cerrada», sino el chofer de amanecida, el vehículo sin mantenimiento, el limpia-parabrisas sin plumillas. Y en el caso de este asesinato fue la mezcla de nitroglicerina, anfo, gasolina, detonante eléctrico y fuego. Las pesquisas arrojaron que, en este caso, se abonaron los ingredientes necesarios y hasta más. Mamanchura no era un desconocido para el

Poder Judicial. Había tenido un proceso por intento de asesinato en Huaraz y un segundo por falsificación. La pericia psicológica que se le tomó como parte del proceso arrojó que era un psicópata antisocial, poco capaz de controlar sus impulsos y sin tapujos para agredir a las personas con tal de obtener lo suyo. Trataba a Abencia Meza de «tía» y sin el riesgo que él mismo representaba para los demás. Quizás Alicia Delgado podría haber estado viva, a pesar de las agresiones de las que estaba siendo víctima.

Pues Abencia era el otro material explosivo. A pesar de su éxito personal, sus rencores eran más enormes que ella misma. Según los psicólogos es «dominante, obsesiva, autoritaria, con tendencias al sadomasoquismo e identificación con el sexo masculino». A nadie se le puede juzgar por su orientación sexual, pero en el caso de Abencia esa masculinidad iba más allá: se tropezaba con la prepotencia, con los ímpetus de esos machos de las campañas de #niunamenos. Una de las razones por las que el arpista Miguel Salas y la cantante mantuvieron la clandestinidad de su relación fue, precisamente, sus celos. Y no eran poca cosa.

La noche del 22 de mayo de 2009, casi un mes antes del asesinato, Ascencia Carrera, la señora que trabajaba para Alicia Delgado en la casa que todavía compartía con Abencia, oyó gritos con su nombre pidiendo auxilio y se levantó a ver qué sucedía. Entonces vio a Alicia intentando salir al exterior y a Abencia, quien logró tomarla del suéter, devolverla al interior y arrojarla al piso. La escena no terminó allí. Alicia intentó salir de nuevo, esta vez en búsqueda de una autoridad, pero su pareja se interpuso y la tomó de los cabellos:

—Ven para adentro. Nueve años has sido mi mujer. De aquí vas a salir muerta.

Ascencia Carrera se asustó tanto, que recordó en su declaración testimonial:

—Tuve ganas de hacerme la pichi.

Alicia estaba pagando una costosa factura, cuyos primeros montos comenzaron a contabilizarse en 1999, cuando retornó de Nueva Jersey. Un segundo matrimonio había terminado en fracaso y su carrera como cantante para los latinos afincados allá no despegó como hubiese querido. Decidió renunciar al sueño americano y volver al Perú. El país había cambiado. El progreso económico era evidente. Sin embargo, ella había dejado de ser *la figura*: su nombre ya no era coreado en los conciertos multitudinarios y pudo haber reculado y permanecer solo en eso, en ser un recuerdo, la excantante, la exprincesa, la ex, simplemente la ex.

—¡Yo he sido tu fan! —le dijo una voz.

Era la voz de Abencia. Para cualquier exartista era un halago reverdecido. Le hizo una relación pormenorizada de sus temas. Era la persona a la que no debía conocer, pero en ese tiempo no lo sabía; en ese tiempo, quizás, era la luz al final del túnel. Se sintió cómoda bajo ese marco de seguridad que le proporcionaba la exitosa Abencia. Una representación, una sombra protectora. Después jugaban al amor, al mutuo coqueteo en público. Pocas veces se había visto en los escenarios del folklore esas demostraciones lésbicas que fermentaban el morbo, los titulares de los diarios, la audiencia de los *talk show*. Fundaron una empresa: La triple A. AAA. Abencia, Alicia, ¿Amor? O, quizás, adelantándose a su propio desenlace: ¿Asesinato?

Las fotografías de la doble a (AA) son elocuentes a ese doble discurso que manejaban. Las preguntas sobre su intimidad eran respondidas a medias, con un encriptado palabreo en el que no se definían como pareja, pero se daban abrazos demasiados obvios. Hay formas de darse abrazos. Los abrazos también tienen un tipo de lenguaje corpóreo. El suyo no era de simple confraternidad. Si uno repasa las fotografías, se puede ver una especie de ansiedad de una de las partes y de una correspondencia tibia de la otra. Hay un registro en video, en el programa de Magaly Medina, donde después de una serenata con charros, Abencia le entrega un anillo de compromiso. Alicia lo acepta, la abraza, no la besa. En una entrevista de 2008, el periodista y escritor Jaime Bayly le dice a Abencia:

—Yo siento contigo una ternura y una complicidad muy grande, y no sé por qué. O sea, siento que eres un alma buena, en serio.

Luego se dirige a Alicia y le dice:

—De ti no estoy tan seguro.

Los tres ríen. Alicia da unas explicaciones y Abencia la defiende. Bayly insiste:

—¿Tú has estado enamorada o has amado o todavía amas a Alicia?

—Sí, la quiero un montón a Alicia.

—En el sentido de amarla...

—Sí, porque es una maravillosa persona, en todos los aspectos...

—De que sea tu pareja, tu mujer, tu novia...

—¡Jaime! ¡Qué barbaridad! —dice Alicia abriendo la boca exageradamente, mientras ríen nuevamente.

Luego, Jaime Bayly hace una afirmación sobre el amor libre y sentencia:

—Yo veo en los ojos de Abencia cómo esta mujer sufre porque te quiere. ¿Crees que no me doy cuenta?

Bayly, bastante experimentado, intuye lo que ocurre entre ambas. Alicia sigue tratando de zafarse del compromiso. Parece un pez resbaladizo. Era como si, en el fondo, Alicia mantuviera una reserva para que, si se diera el caso, pudiese romper el vínculo.

Si fue así, se equivocó. Al paso de los años, lo que alimentó no fue un vínculo, sino un reguero de pólvora. A su alrededor, además de Abencia, se fueron sumando otros actores, de mayor o menor implicancia, pues cuando la fama alcanza su apogeo, no viene sola. O como se dice: la carne viene con hueso. Las intrigas comenzaron a tomar forma y a cobrar su propio cuerpo. La relación con Abencia entró en una etapa de decepción y decaimiento, quizás por la violencia que encendía en Abencia al sentir que podía prescindir de esa protección que le dio cuando volvió de Nueva Jersey. Y otro apunte más: Abencia comenzó una relación más y no con cualquier persona, sino con Clarisa, la propia hermana de Alicia. Más tarde, dijo al respecto:

—Con ella [Alicia] tal vez fui injusta, de haberla engañado con su propia hermana.

Cuando Abencia sintió que el poder de sus recursos perdía la poderosa influencia que tenía sobre Alicia, cambió de modo. Usó la mano dura para imponer su amor. Lo reconoció en unas declaraciones a la prensa después de una reconciliación: «Le he pegado dos cachetadas a la señora». Alicia adujo que se trató de un

episodio de manos producto del exceso de alcohol y que la vida continuaba, con el perdón de ambas.

No era cierto. Estaban en el punto de no retorno, parecido al que ocurre cuando se enciende una mecha de pólvora. Para los que no saben, las mechas de pólvora no son fáciles de encender. Se debe hacer una perforación con una navaja, introducir un fósforo, sujetar con fuerza y a la vez con sutileza. No es tan sencillo como en los dibujos animados. Y una vez encendida, el fuego simplemente corre con un seseo a su destino. Es aquí que Pedro César Mamanchura aparece, intrigante, para entrar en escena trayendo y llevando informaciones, atizando la brasa. Para Mamanchura era una forma de obtener poder. Mantener a su «tía» al tanto de aquello que físicamente no podía ver. La fiscalía no dudó en considerarlo un «topo» sembrado por la propia Abencia en la casa de Alicia, cuando esta ya había abandonado el hogar común y retornó al edificio de Boulevard. Abencia manifestó que el empleado le robó quinientos dólares y por eso lo despidió, y él, voluntariamente, se presentó donde Alicia, quien lo acogió.

El último domingo de su vida casi todo estaba alineado. El cuchillo Facusa de veintisiete centímetros extra filo para chef estaba en la casa. Mamanchura tenía puesta la intención en la cabeza, Abencia masticaba la amargura del despecho y Alicia Delgado se hallaba entregada al amor del joven arpista. Ese día, en Juliaca, la cantante entonó su premonitorio tema:

Adiós, adiós amigos míos,
con mucha pena me despido...

Adiós, adiós, público lindo,
 con mucha pena me despido...
 Mis canciones quedan grabadas
 para que un día me recuerden...

El público que no la iba a volver a ver, nublado de cerveza y de juerga, coreaba la despedida hasta que ella desapareció del escenario y llegó a la comodidad del hotel. Había bebido y el alcohol la relajó. Comenzó a fantasear con el arpista hasta que este apareció en su habitación y el espejismo se hizo de carne y hueso. Estaban lejos, libres.

V

Acorralado por el calor, los zancudos indomables del norte peruano, la persecución policial y los informes de la prensa, Pedro César Mamanchura sintió hasta un cierto nivel de alivio cuando los agentes enviados para su captura se presentaron en el hostel donde se refugió con un nombre falso. Una vez apresado, su primera declaración la hizo en Piura. Además de describir cómo cometió el acto, incriminó a Abencia Meza. Fue el inicio de una larguísima batalla legal de dimes y di-retes, careos, sospechas, incriminaciones, delaciones, discursos de culpabilidad. Hasta hoy, siendo una de las seiscientos cuarentaiocho reclusas en el penal de mujeres de Chorrillos, Abencia clama inocencia: «Alicia Delgado fue responsable de su propia muerte».

Ya habían pasado seis días y cada vez los detalles se le hacían más vívidos, como si los recuerdos puestos sobre el vidrio flotante de la imaginación fueran una

versión mejorada de la realidad. Tenía la decisión de acabar con ella tomada desde el día anterior, sin embargo, no se animó. Él mismo confesó: «No tuve el valor de hacerlo».

Con el asesino meditando en uno de los dormitorios de su propia casa, Alicia tampoco podía conciliar el sueño. A las cinco de la mañana llamó a su hermana Clarisa y le dijo:

—Ven, necesito que vengas a poner las cosas en orden.

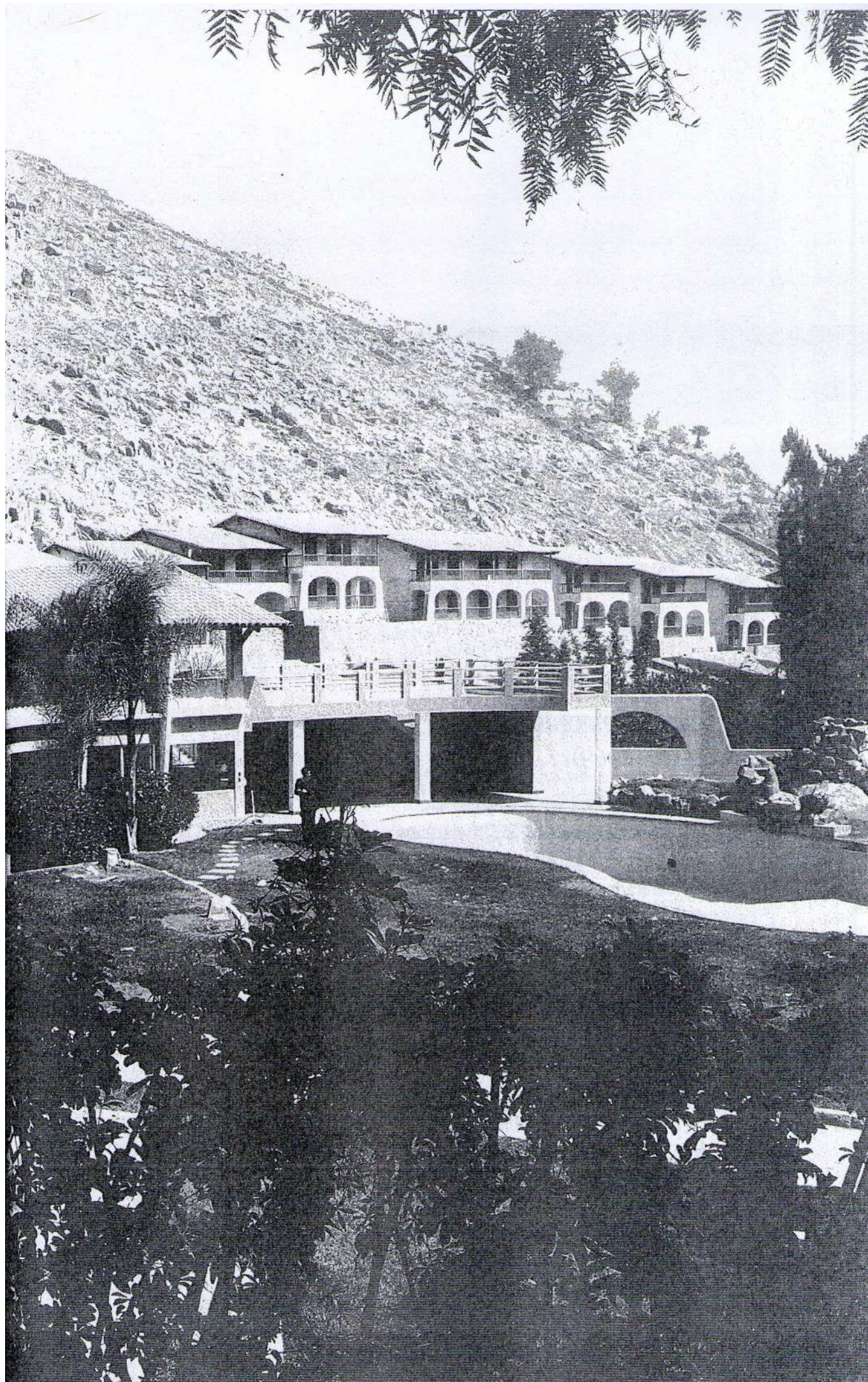
—Hoy no puedo —respondió Clarisa—. El miércoles sí.

Después de cortar, no volverían a hablar más. Pedro César Mamanchura ya había, finalmente, tomado la decisión y cuando ella se levantó y se topó con él, tuvieron una discusión en la que Alicia le comunicó la decisión de prescindir de su trabajo por «chismoso y alcahuete». Se dio la media vuelta y lo próximo que sintió fue el cuchillo entrándole limpio por la espalda. Su reflejo fue gritar, mientras nuevamente sentía la punzada del metal cortando su interior. Mamanchura le tapó la boca. Alicia intentó defenderse, y fue por eso que se le hallaron cortes en la mano. El ejecutor también viajaba en el tren de su desesperación: no sabía dónde cortar, solo tenía la convicción de que tenía que hacer daño. Con su víctima ya debilitada entre el esfuerzo físico de pelear y el dolor de las primeras lesiones, el asesino eligió penetrar el cuello dos veces. Esas serían las únicas heridas que la llevarían a la muerte, de todas las demás pudo haberse salvado.

Una vez en el piso, Pedro César tomó una correa, la enroscó en el cuello y apretó para asegurar su mala

obra. La correa, en realidad, no le sirvió al asesino. Alicia Delgado había pasado a ser a partir de ese momento un cuerpo ensangrentado, un recuerdo musical y un lío judicial. Lo demás fue un trámite terrible. Dejó el cadáver boca abajo en la habitación, echó seguro a la puerta, la cerró, tomó la caja fuerte, bajó por el ascensor, saludó a Diego Claros y al portero y subió a la camioneta Hyundai. Después, puso su mente en blanco. Hasta ese momento era un desconocido que transitaba sin rumbo por avenidas y calles. Pronto, se haría tan mediático como la mujer a la que acababa de dejar sin vida en un departamento de la calle Boulevard.

«Fueron nueve
impactos de bala,
seguidos de gemidos
que se apagaron
rápidamente, los
que despertaron a
los vecinos de los
Cerros de Camacho
la madrugada del 18
de marzo de 1997».



CARLOS PAREDES

(Lima, 1969)

Es un periodista terco y apasionado que suele fisgonear en los intersticios de la corrupción. A lo largo de su carrera ha publicado trabajos de investigación periodística en televisión y prensa escrita en el Perú, Colombia, Chile y México. Autor de *La caída del héroe* (Planeta, 2006), coautor de *Pequeños dictadores* (Ediciones Atenea, 2007) y *La hora final* (Planeta, 2017). Profesor de periodismo en la Universidad Iberoamericana de Ciudad de México y la Universidad de Lima. Ganador del premio a la excelencia periodística de la Fundación García Márquez para un Nuevo Periodismo Iberoamericano (2006).

El expediente
Tozzini Bertello:
Cómo matar con
impunidad

CARLOS PAREDES

El amor y la ambición son una combinación explosiva. En su nombre se han cometido innumerables crímenes. La fatal historia de los Tozzini Bertello no escapa a ese poderoso guion que mueve a la humanidad. La hija mimada de un acaudalado banquero se enamora perdidamente de un hombre sin patrimonio y con más ambición que escrúpulos. La fortuna heredada por él gracias al matrimonio aumenta y disipa su vida social hasta convertirlo en un libertino aficionado a las grandes fiestas rociadas de alcohol y drogas, un galán impenitente de otras mujeres y un padre cada vez menos responsable en la crianza de sus cinco hijos. La familia de la millonaria heredera, que siempre se resistió a la presencia de él, presiona cada vez que las desavenencias de la pareja llegan hasta la confrontación, la pelea, la alharaca vergonzosa del escándalo. Ese espiral de relación tóxica termina algunos años después cuando la familia de ella logra hacerle entender que el hombre del que se enamoró y al que escogió como esposo es el origen de su infelicidad y podría ser la causa de más sufrimiento y dolor para sus hijos. Y hasta de una tragedia. No sabemos si para librarse de su discolo esposo o de la presión de su familia, ella lo expulsa de su casa, lo deja sin trabajo en la compañía de seguros de su familia y le corta el acceso a sus cuentas bancarias.

En buena cuenta, está decidida a olvidarse de él. Logra todo, menos lo último. Pasan nueve años en los que ella se sumerge en una profunda depresión y en la bebida. Él intenta regresar una y otra vez ofreciendo cambiar. Finalmente lo logra. Tampoco se sabe si fue porque ella lo perdonó convencida de su cambio o porque ya se le habían acabado los ahorros y necesitaba disponer de algunos bienes y eso solo era posible con la firma de él. Porque, al fin y al cabo, seguían casados; él se había negado sistemáticamente a firmar el divorcio. Cuando el reformado tarambana regresa, los hijos han crecido y no aceptan su presencia. Para ellos, papá era sinónimo de gritos y violencia, la razón por la que mamá nunca ha podido ser feliz. Dos de ellos se independizan y dejan el hogar familiar. Al poco tiempo, una banda de sicarios interrumpe el silencio de una noche de verano en los cerros de Camacho, entra en la casa y asesina a balazos a media familia. No roban nada y solo se llevan el viejo auto de él para fugar. Todo indica que la explosiva combinación de avaricia y desamor es el móvil del triple asesinato.

Muertos mamá, papá e hijo mayor. Los dos hermanos que ya no vivían con ellos son los primeros sospechosos. Después, una compleja trama de delaciones, acusaciones mutuas entre los supuestos sicarios, los empleados de la casa y los hijos serán la principal materia prima de un voluminoso expediente judicial con presuntos responsables, pero sin ningún autor probado del triple homicidio. El asesinato de la mitad de la familia Tozzini Bertello es uno de los casos que la justicia no ha podido esclarecer. Figura en las estadísticas como un caso no resuelto y está condenado a engrosar la lista de crímenes prescritos. Aun-

que nadie garantiza que así será para siempre, porque en historias como esta, de estirpes condenadas a padecer sobre la Tierra, todo puede pasar. Todavía.

Son imágenes a color, registradas por una máquina portátil de cine que grababa en película de ocho milímetros, una filmadora importada que pocas familias se podían permitir en esa Lima setentera de la dictadura militar. Es un día soleado y un grupo de niños rubios, acompañado de sus nanas, salta en un jardín con «grass» y unas baldosas de cemento que cruzan del otro lado de la piscina. Eran los jardines del Club Los Cóndores de Chaclacayo, del que los Tozzini Bertello eran socios y asiduos visitantes. Festejaban el cumpleaños número tres de Fiorella Stefania, la primogénita y única hija mujer de los cinco que habría de tener este joven matrimonio de ascendencia italiana. Era uno de esos cumpleaños que los niños invitados debían de recordar por mucho tiempo. La fiesta incluía payasos, dulces y gaseosas a discreción, y un carrito lleno de esos helados que marcaron generaciones en Lima, los emblemáticos D'Onofrio.

En esa grabación en película de cine portátil quedó inmortalizada la pequeña Fiorella con un vestido de pana verde oscuro, zapatos de charol negro, pantis y chompa blancos y un gorrito de cartón coronando su cabeza, saltando y muy feliz con sus primos y amigos. Unos minutos más tarde, la película muestra a la niña al costado de su padre, dispuesta a apagar las tres velitas de su torta de chocolate. Se les ve muy felices. Al padre, risueño y orgulloso de su pequeña hija. En es-

tas imágenes grabadas a finales de noviembre de 1973 todo parecía felicidad. Todos mostraban sus mejores sonrisas para la posteridad en una película que luego tenía que mandarse a revelar. Por algún motivo, la película nunca fue revelada hasta que, un cuarto de siglo más tarde, alguien le entregó a un reportero de televisión una lata que contenía esta cinta.

El padre que aparecía feliz con su pequeña hija lo había conservado y guardado en casa de su hermano. Para cuando la película fue revelada, él había sido asesinado junto con su esposa y primogénito. Lo que ahí se encontró solo pertenecía al pasado, a ese recuerdo de tiempos diferentes, pues lo que siguió para los Tozzini Bertello después de aquel cumpleaños fueron desavenencias que escalaron al nivel de pleito, enfrentamiento, violencia y, finalmente, tragedia.

La historia de Nello Tozzini y Ana Rosa Bertello puede ser el guion de una telenovela cargada de pasión, codicia, traición y con un inevitable final sangriento. Ella, la única hija mujer de los cuatro herederos del fallecido potentado Alejandro Bertello Bollati, banquero y dueño de buena parte de los cerros que circundaban las zonas más exclusivas de La Molina y Surco, se enamora perdidamente del hijo díscolo de una familia de comerciantes mesocráticos de ascendencia italiana. En una Lima clasista y prejuiciosa de finales de los sesenta, la familia de Ana Rosa se opuso desde el primer día a esa relación. El pretendiente era un chico de barrio, futbolista y amiguero que ni siquiera había logrado terminar

sus estudios de Derecho en la Universidad Villareal. Sus antecedentes como protagonista de un incidente en el bar Astoria de Miraflores, donde resultó herido de arma blanca por disputarse la atención de Mónica Clerk, la rubia más codiciada de la televisión local de esa época, con un tal Tito Calmet, les hacía sospechar a los hermanos que detrás del amor que Nello Tozzini decía sentir por ella podría ocultarse la ambición por la fortuna de su familia, de la que Ana Rosa era una heredera privilegiada según el testamento dejado por su padre, poco antes de fallecer en 1966.

Cuando José Bertello Másperi se enteró de que su hermana menor estaba saliendo con Nello Tozzini Azabache, contrató a un detective privado porque quería saberlo todo de su potencial cuñado, al que catalogaba como un *playboy* en versión criolla. El informe del detective contenía básicamente denuncias en comisarías y un recorte del diario *Última Hora*, del 17 de noviembre de 1964, que narraba el incidente en el bar Astoria en el que Nello resultó herido con un cuchillo. José Bertello se lo pasó a su hermana en un desesperado intento de persuadirla a no continuar con el romance. A todas luces, Tozzini era un hombre violento y con antecedentes de pésima conducta. Pero nada ganaría más apego que el amor prohibido. Cuando la relación siguió, pese a las advertencias de los hermanos, la madre la llevó de viaje por Europa en otro intento de que olvidara a ese hombre de malos modales.

La señora Antonieta Másperi de Bertello tampoco consiguió su objetivo. Su hija se empecinó aun más en su relación con ese joven atlético de cabellos negros y rulos endiablados que lucía pesadas cadenas de oro en

el pecho. Todos los intentos por separarlos fracasaron. El capricho de Ana Rosa y el interesado amor de Nello fueron más fuertes. Se casaron el 10 de setiembre de 1969 en la parroquia Santa María Reina de San Isidro. Inusualmente, la ceremonia se realizó un día de semana. Fue un miércoles por la noche. La revista *Caretas* reseñó que no asistió ningún Bertello, ni la madre ni ninguno de los cuatro hermanos. Tampoco pudo caminar al altar del brazo de su padre, pues hacía tres años que este había fallecido.

En los años que siguieron, el matrimonio de Ana Rosa no fue el único problema que enfrentaron a los Bertello Másperi y a doña Antonieta, su madre. Hubo disputas entre los hermanos por el control del imperio económico que les había dejado en herencia el patriarca de la familia. Luis Felipe, que controlaba el Banco Comercial del Perú (Bancoper), les hizo una jugada estratégica. Se acercó a Ana Rosa y le ofreció un asiento para su esposo en el directorio de la compañía de seguros Ítalo-Peruana como representante de las acciones que ambos tenían. Como entre los dos sumaban más de la mitad de las acciones, Nello Tozzini llegó a ser presidente del directorio.

Hay una fotografía de la época, tomada en enero de 1979, en la que posa junto al exfutbolista Ramón Miffllin con terno claro, corbata de seda italiana de estampados y su inconfundible melena ensortijada. La foto registraba la donación de una póliza de seguro de vida al futbolista por su trayectoria deportiva. Miffllin no solo era su referente futbolístico, sino su gran amigo. Se conocían desde niños, cuando jugaban juntos en la calle Francisco de Zela de Jesús María, donde la

familia Tozzini regentaba el hostel Villa Florentina y la abuela de Ramón tenía su casa, exactamente enfrente del negocio de los Tozzini. En esos años de niñez y primera adolescencia habían forjado una amistad tan entrañable que aquella no fue la última vez que Nello hizo algo por su amigo Ramón como presidente de la compañía de seguros. Dos años más tarde, le entregó a Miffin un premio de un millón de soles por haber logrado la clasificación de la selección peruana de fútbol al Mundial de España 82. Miffin era parte del equipo técnico que lideraba el brasileño Elba de Pádua Lima, el popular «Tim».

Luis Felipe Bertello trató de ayudar más a su hermana Ana Rosa haciendo que su cuñado Nello dejase de ser solo el presidente nominal del directorio de la compañía y tuviese un ingreso fijo y significativo, más allá de sus dietas como director. Lo convenció de abrir un taller de mecánica para reparar todos los carros asegurados con la Ítalo-Peruana. La idea y el negocio eran buenos, no así el administrador. Ni con clientes asegurados el negocio caminó bien. Su vida desordenada con múltiples aventuras extramatrimoniales, fiestas y juergas provocó también que en ese tiempo Ana Rosa lo echase varias veces de la casa. Pero el ciclo de la relación tóxica es difícil de romper: pasado un tiempo, la mujer lo volvía a aceptar. Nadie se explicaba por qué a una señora elegante, distinguida y sensible como Ana Rosa Bertello le podía atraer hasta el paroxismo el malcriado y salvaje de Tozzini.

En los archivos de la comisaría de Monterrico hay una denuncia asentada por Ana Rosa en la mañana del lunes 14 de abril de 1992, en la que cuenta que el sába-

do anterior su esposo llegó en su carro hasta la puerta de su casa, entró a la fuerza, destruyó cosas y amenazó de muerte a ella y a sus hijos. La hija mayor, Fiorella, tenía 21 años, Nello Alessandro, el segundo, 19 años, y Gian Franco, el menor de todos, aún no había cumplido los 14 años de edad. La señora Bertello explicó a la policía que ella se había separado del padre de sus hijos debido a los maltratos físicos y psicológicos que este les propinaba y también debido al abandono de hogar, según había dejado constancia en anteriores denuncias puestas en la misma comisaría. Eran los tiempos tortuosos de una relación violenta para ella y para los hijos que ingresaban a la adolescencia. Como ocurre con la propagación de un virus tóxico, la familia entera se había infectado de rabia y agresividad.

Mientras esto pasaba en casa de Ana Rosa, en los negocios de la familia las cosas tampoco andaban bien. Luis Felipe Bertello pasó de tener «serios problemas» con el banco, a que este fuese declarado insolvente e intervenido por la Superintendencia de Banca y Seguros por haber concedido demasiados créditos a un reducido grupo de clientes que no eran sino otras empresas del Grupo Bertello. Ante la inminente caída de Bancoper, Luis Felipe fugó del país. Días después el banco fue declarado en quiebra. El 6 de abril de 1983 se inició el proceso de su liquidación. Los balances indicaban que el banco de los Bertello tenía ciento treinta millones de soles en cuentas por cobrar y préstamos irrecuperables. Luis Felipe terminó en la cárcel, donde pasó una temporada acusado de fraude y estafa. Murió joven, de cáncer, en septiembre de 1992.

Después de la quiebra del banco y de la muerte de Luis Felipe Bertello, Ana Rosa y sus hijos vivían de lo que les quedaba del patrimonio heredado. Ya no había banco ni compañía de seguros. No por eso el padre cambió. Era incapaz de ganarse la vida y andaba tan arruinado que se cuentan numerosas anécdotas de sus andanzas fuera de la casa familiar, alejado del mermando patrimonio de su esposa. Las crónicas que se escribieron tras su violenta muerte lo pintan, por ejemplo, ofreciendo desesperadamente en venta un juego de cubiertos de plata de la familia Bertello para financiar su adicción a la cocaína. Dicen también que durante una época dormía en el cuarto de uno de los guardianes del club Los Cóndores, en Chaclacayo, donde festejaban los cumpleaños de sus hijos. Por lo visto Nello Tozzini esperaba allí los fines de semana para alternar con algunos socios que lo conocían y luego, procurando que no lo viese nadie, junta la comida y bebida que le serviría para subsistir el resto de la semana.

En otro tiempo pernoctaba en un cuarto en los altos de la panadería que su hermano Adolfo tenía en el barrio de Santa Cruz de Miraflores, que en los años noventa no era el emporio de restaurantes de moda en que se ha convertido después de que el gurú de la cocina peruana Gastón Acurio instalara allí la primera cevichería de su corporación llamada, como la avenida que la acoge, La Mar. Cuando Nello dormía en ese cuarto cercano a la avenida La Mar, Santa Cruz era un barrio lleno de talleres de mecánica, callejones turgurizados y esquinas marcadas con rojo por la policía,

porque en ellas se estacionaba la gente bien de Lima para abastecerse de marihuana o cocaína al paso. Un barrio en el que seguramente Nello Tozzini se sentía más cómodo e identificado.

Mientras Nello vivía en esa contradictoria condición de intensidad y carencia, la delicada e introvertida Ana Rosa había caído en el consumo compulsivo de alcohol y cigarrillos. Deprimida, ensimismada, enferma, se negaba a salir de su dormitorio. La que se hacía cargo de llevar la casa, de administrarla, era Alicia Alvarado de Culquicóndor, su empleada de confianza, una treja ancashina mayor que ella. Era la mujer que tenía que hacerse cargo de los hijos, de lidiar con ellos que crecían en medio de ese hogar desestructurado, con el padre que aparecía solo para provocar algún incidente. Alicia se presentaba como el ama de llaves de la casa, pero era mucho más que eso. Era el corazón de esa casa sin padre y con una madre enferma, extraviada.

Fueron nueve impactos de bala, seguidos de gemidos que se apagaron rápidamente, los que despertaron a los vecinos de los Cerros de Camacho la madrugada del 18 de marzo de 1997. Un martes. El verano se extinguía y los peruanos vivíamos pendientes de la suerte de autoridades y diplomáticos extranjeros secuestrados en la casa del embajador japonés en Lima por un comando del grupo terrorista Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Los rehenes llevaban ya tres meses como moneda de cambio por la libertad de todos los dirigentes del MRTA encarcelados. Pero esa mañana la

noticia del violento asesinato de tres miembros de la familia Tozzini Bertello invadió de inmediato las primeras planas de todos los medios. Las notas periodísticas recordaban que una de las asesinadas, Ana Rosa Bertello Másperi, era la hermana del controvertido banquero Luis Felipe Bertello. La crueldad del triple asesinato y las primeras evidencias de que los atacantes no habían robado nada desataron las primeras conjeturas para explicar el crimen con algo que los periodistas, tan dados siempre a las frases hechas y los lugares comunes, llamábamos «ajuste de cuentas».

La pregunta de fondo era una sola: ¿Qué poderosa razón tenían los asesinos, o los que los contrataron como sicarios, para matar de esa manera tan cruel a dos padres de familia y un hijo? Esa también fue la pregunta que se hicieron el capitán Manuel Lavins del Águila y su equipo del Grupo 1 de la División de Homicidios de la DININCRI al llegar a la casa de los Tozzini Bertello en las primeras horas de aquel trágico martes. Los policías llegaron a los cerros de Camacho con la información de que había sido un homicidio múltiple que acababa de perpetrar una banda de asesinos premunida de pistolas automáticas. Entraron en la casa y encontraron dos cuerpos inertes regados en los ambientes del tercer piso. La casa estaba construida en la ladera de un cerro desértico y pedregoso, y esas dos personas, una mujer y un hombre adultos, habían sido asesinados con disparos certeros en partes vitales de su cuerpo.

Ambos tenían orificios de bala en la cabeza, señal de que los criminales tenían la intención (o la orden) de asegurarse de que no quedaran heridos. La tercera persona atacada por los extraños no murió instantá-

neamente, a pesar del balazo que también le dieron en la cabeza. Nello Alessando, el segundo hijo de la pareja y el mayor de los hombres, murió tres días después, tras agonizar en la unidad de cuidados intensivos de la clínica San Pablo de Monterrico. En la escena del crimen también permanecían los dos sobrevivientes del ataque: Luigi Alessandro Tozzini Bertello, el cuarto de los cinco hijos de la familia, y Clara Linares Alba, otra de las empleadas de la casa.

Cuando el grupo de investigadores de la División de Homicidios regresó a su oficina de la avenida España en el centro de Lima, empezó a hurgar en el pasado de Nello padre, el personaje que parecía tener la primera explicación para esta tragedia. En los archivos policiales encontraron los incidentes y denuncias que este había acumulado en su irresponsable y disparatada vida. A sus cincuentaiséis años, Nello Mauro Tozzini Azabache era un hombre que aparecía como protagonista en expedientes penales por delitos de estafa, agresión, violencia familiar y hasta de secuestro, esto último denunciado en 1993 por su propia hija Fiorella. En la primera y rápida pesquisa supieron también que Tozzini era socio del club Waikiki de Miraflores, donde en más de una oportunidad había protagonizado grescas y peleas que terminaron con un patrullero en la puerta del club, por eso ya no se le permitía ingresar.

Su adicción a las drogas, hecho conocido en su círculo social y familiar, llevaron también a que la primera hipótesis de los policías fuese una forma extrema de cobranza o escarmiento, la típica *vendetta* por parte de alguna banda de narcotraficantes. La premisa saltaba a la vista: los asesinos no eran ladrones; irrumpieron en

la casa y fueron directo a matar. Habían ido por Nello padre, pero seguramente no quisieron dejar testigos y por eso también dispararon contra su esposa e hijo. Pero Nello Tozzini, más que un narcotraficante era un narcodependiente, y su relación con el tráfico de drogas era de consumidor a proveedor en alguna esquina de Santa Cruz u otro barrio caliente de Lima. No parecía tener contacto con el narcotráfico a gran escala. No había ninguna pista que llevara a la investigación policial por ahí.

En cambio, sí había señales para sospechar que Nello había vuelto a la casa de Camacho dispuesto a controlar para su beneficio y derrochar lo que quedaba del patrimonio heredado por su esposa. Por ejemplo, exigía controlar los doscientos cuarenta mil dólares que recibieron por la venta del departamento que tenían en Estados Unidos, en la exclusiva zona de Sea Ranch, Fort Lauderdale, Florida. Un inmueble, todo sea dicho, que solo había podido venderse, poco antes del triple homicidio, gracias a la firma de él. También estaban los terrenos revalorados en zonas comerciales de Lima, que Ana Rosa había ido vendiendo a plazo a comerciantes emprendedores, cuyos contratos Nello Tozzini no quería reconocer para cobrar un adicional para él, alegando que eran propiedad conyugal. Por esto había sido denunciado ante la Fiscalía.

También había dinero en algunas cuentas bancarias abiertas solo a nombre de la señora y acciones en empresas familiares que, a pesar de la debacle que los Bertello habían vivido, todavía significaban un patrimonio apetecible para alguien de clase media, como en el fondo él lo seguía siendo. Peor aún, porque ya lo

había experimentado en carne propia: lejos del manto protector de los bienes materiales de la familia de su mujer, Tozzini era pobre, alguien que a veces no tenía un plato de comida para llevarse a la boca. Para cuando Tozzini consiguió hacerse con el control de patrimonio familiar, los hijos ya eran mayores de edad. Tenían entre veintiséis y diecisiete años de edad y eran plenamente conscientes de que lo que le quedaba a su madre era, finalmente, lo único que iban a heredar. Según se supo después, todo indicaba que no estaban dispuestos a perder su herencia por la codicia e irresponsabilidad de su padre. Quizá pensaban que la enfermedad de Ana Rosa, el alcoholismo crónico que sufría, no le iba a permitir decidir conscientemente sobre ese patrimonio. Fue así que el lío por la herencia fue la línea de investigación que empezó a cobrar más fuerza entre los policías y el fiscal que investigaban el caso.

En realidad, no tenían indicios y menos aún pruebas para encausar a los hijos, hasta que sorpresivamente apareció en escena el mecánico Teobaldo Hinostroza Cisneros. Hinostroza declaró ante la prensa que él había sido el nexo entre el prontuariado delincuente Orlando Bocanegra García, miembro de la peligrosa banda «Los Injertos», y Luigi Tozzini, quien quería mandar asesinar a su padre. Hinostroza apareció en el programa *Unidos Contra el Crimen*, dirigido por Juan José Vizcarra, un personaje conocido porque en la década de los ochenta salía en la televisión ofreciendo recompensas a quien capturase o diera información sobre el paradero de terroristas y avezados secuestradores que en esos años desataban zozobra entre los empresarios del país.

Según este supuesto intermediario, Luigi quería matar a su padre porque «era violento, abusivo y solo quería quedarse con la fortuna de su madre». Decía también que el sicario Bocanegra —quien, para cuando se hizo pública esta versión, en junio de 1998, estaba preso en el penal de Lurigancho— había pedido treinta mil dólares por ejecutar el asesinato, pero que el joven Tozzini Bertello no tenía el dinero a la mano. Así que, según daba a entender el mecánico, Luigi había contratado a otro sicario o sicarios que estaban dispuestos a matar con la promesa de cobrar después del asesinato. Con este testimonio las cosas se complicaron para Luigi Tozzini Bertello. El fiscal Alejandro Espino Méndez lo acusó de parricidio y pidió su detención.

La prensa empezó a especular con que se había fugado del país para no responder por el supuesto parricidio. Luigi envió a los canales de televisión un video casero en el que negaba ambas cosas: que hubiera contratado un sicario y que, una vez delatado, se había fugado del país. El video, por supuesto, fue grabado en un lugar indeterminado, pues el chico nunca se presentó ante el fiscal. Un tiempo después, el fiscal Espino estuvo envuelto en otro caso de parricidio que conmocionó al país: su hija Elita Espino Vásquez asesinó a su exesposa en complicidad con su enamorado para quedarse con una herencia calculada en quince millones de dólares. Ella sí fue declarada culpable y sentenciada a treinta años de cárcel. Sentenciada la hija, Espino reclamó judicialmente la fortuna que provocó el parricidio. Otra vez, el amor y la ambición en una explosiva combinación.

Cuando la jueza Cecilia Polack Boluarte se disponía a resolver sobre la situación jurídica de Luigi, otro testimonio presentado en *Unidos Contra el Crimen* remeció a los hermanos Tozzini Bertello. La empleada del hogar, Alicia Alvarado de Culquicóndor, declaró que no era Luigi el parricida, sino su hermana Fiorella Tozzini Bertello, en complicidad con su esposo José Luis Llanos y el chofer de la casa, Bernabé Palomino Rincón.

Con estos dos testimonios incriminatorios, el Ministerio Público estaba convencido que los hermanos Luigi y Fiorella eran los responsables del asesinato de sus padres y hermano. El móvil no era otro que la fortuna que Ana Rosa había heredado del imperio Bertello. Tanto el fiscal provincial Alejandro Espino, como su superior, Carlos Mansilla Gardella, acusaron a los dos hermanos de parricidio y a sus supuestos cómplices —Llanos, Hinostroza, Palomino y Bocanegra—, de homicidio calificado. En el voluminoso expediente judicial de este proceso investigado en el 44° Juzgado Penal de Lima constan hasta trece argumentos que los fiscales usaron para incriminar a los hermanos acusados de parricidio.

Después de explicar lo que se había ventilado en los medios de comunicación del enfrentamiento de los hijos con el padre por el control de la masa hereditaria, los fiscales enlistaron varios puntos que consideraban clave para su incriminación: 1. Que los sicarios entraron a la casa sin forzar la puerta, conocían exactamente dónde dormían las víctimas y fugaron con una copia de la llave del auto Honda del padre; esto hacía

suponer que tenían uno o varios cómplices dentro del hogar. 2. Que los únicos hijos enfrentados con el padre eran Luigi y Fiorella, quienes luego del triple asesinato ocultaron la mayor parte de los bienes inmuebles que eran parte de la herencia supuestamente disputada. 3. Que en julio de 1996, cuando Nello regresa a casa, la señora Ana Rosa firma una escritura pública revocando una anterior donde desheredaba a su esposo. También eligen el nuevo directorio de Inversiones Cantú, la empresa que figuraba como dueña de buena parte de su patrimonio, nombrándose ella como presidenta del directorio, a Nello Tozzini como director y al mayor de los hombres, Nello Alessandro, como director gerente. O sea, el único autorizado para administrar y disponer de los bienes era el hijo que fue asesinado junto a sus padres; al parecer, esta decisión desató la furia de los hermanos acusados de parricidio porque los excluía del manejo del patrimonio. 4. Que los hermanos Tozzini Bertello decidieron quitar el respirador artificial a Nello hijo cuando agonizaba en la unidad de cuidados intensivos de la clínica San Pablo por temor a que pudiera recobrar la conciencia y sindicarlos como autores del delito; Nello hijo murió al tercer día, inmediatamente después de que le desenchufaran el balón de oxígeno. 5. Que Luigi y Fiorella solicitaron del bando Nuevo Mundo, a los pocos días del triple crimen, la entrega de cuarenta mil dólares de la cuenta de ahorros de su fallecida madre. 6. Que después del asesinato le entregaron la casa de Camacho y un carro al chofer Bernabé Palomino, como supuesto pago por su participación en el crimen.

Este, como todos en el Perú, fue un proceso judicial largo, enrevesado, contradictorio. No logró esclarecer la verdad de los hechos. Hubo cuatro sentencias absolutorias y tres resoluciones de la Corte Suprema que declararon nulos los fallos anteriores por vicios procesales. En 2009, cuando Orlando Bocanegra salió de prisión y declaró en un programa de televisión, que no era *Unidos Contra el Crimen*, todo estaba listo para que comenzara el cuarto y definitivo juicio oral del caso. Antes de confrontarse en los tribunales, los principales protagonistas de esta trama lo hicieron en la televisión, en el programa más sintonizado de las noches del domingo, el show de Jaime Bayly. Primero se presentaron Fiorella y Gianni para defender su inocencia y contratacar a Alicia Alvarado, la mujer que insistía en sus acusaciones, aunque estas estuvieran salpicadas de relatos inverosímiles, como aquel en que acusa a Fiorella de haber llevado un cóndor al cuarto de su madre para que le arrancase los ojos, de intentar ahogarla con una almohada de plumas, envenenar su Coca-Cola o incendiar el baño para que el humo asfixiase a su madre, que no se levantaba de su cama y permanecía dormida gran parte del día.

Por su parte, los Tozzini Bertello contaron que a Alicia Alvarado la habían echado de la casa porque descubrieron que metía botellas de alcohol en los arreglos florales que cambiaba todos los días en el dormitorio de la madre. Según dijeron, este contrabando de licor complotaba contra el tratamiento psiquiátrico de Ana Rosa Bertello.

Más adelante en el programa de Bayly, dedicado esa noche íntegramente al proceso judicial de los Tozzini,

el periodista insistió en preguntar quién o quiénes eran para ellos los asesinos de sus padres y por qué razón. Fiorella y Gianni no dudaron en acusar directamente a Alicia Alvarado y a su hijo Jorge Culquicóndor Alvarado, un recluso que purgaba pena en el penal de Lurigancho por secuestro y robo a mano armada, como los autores del triple crimen. Según ellos, el móvil era el dinero que su madre guardaba. Contaron que gran parte de la plata que recibió por la venta del departamento en Fort Lauderdale lo escondía en efectivo en el tacho de basura de su baño. Alicia era la única que sabía esto, y que era ella quien había entregado las llaves de la casa y del auto a su hijo para que este, acompañando de otros delincuentes, entraran a la casa a matar y robar. Que también mataron a su hermano Nello porque seguramente este reconoció al hijo de Alicia, que no era ajeno a su familia, pues alguna vez había ido a la casa a visitar a su madre. Todo calzaba en su acusación.

El domingo siguiente estuvo con Bayly la señora Alicia Alvarado insistiendo en su acusación, pero repitiendo sus relatos inverosímiles como la escena del cóndor en el dormitorio de la señora Anita, como ella la llamaba. Después Luigi defendió su inocencia argumentando que el mecánico Teobaldo Hinostroza, el que primero admitió en *Unidos Contra el Crimen* que había hecho de intermediario ente Luigi y Bocanegra, se había retractado ante los jueces contando la también inverosímil versión de que alguien del programa de televisión le había ofrecido dinero a cambio de soltar ante una cámara semejante acusación.

Terminado el show de Bayly, todos se volvieron a ver las caras y confrontaron sus versiones durante el cuarto

juicio oral, que duró varios meses hasta que, en última instancia, la Sala Penal Transitoria de la Corte Suprema, en una resolución de treinta y una páginas, firmada unánimemente por sus cinco integrantes, absolvió a todos los imputados del crimen. A los hermanos Luigi y Fiorella, de parricidio, y a los otros cuatro procesados, de homicidio calificado. La jueza ponente fue la respetada vocal Inés Villa Bonilla, a quien se le recuerda por haber sido inflexible con los altos funcionarios acusados de corrupción tras la caída del gobierno de Alberto Fujimori.

Para cuando fueron absueltos, los Tozzini Bertello ya no tenían nada del patrimonio por el que supuestamente habían mandado a asesinar a sus padres. La casa de Camacho la habían tenido que rematar al precio de doscientos cuarenta mil dólares, y por el terreno colindante a la casa, en los cotizados cerros de Surco, solo recibieron otros ciento sesenta mil. Del banco Nuevo Mundo cobraron cincuenta mil dólares de los ahorros que quedaban a nombre de su madre y todas sus empresas. Un departamento que tenían en el balneario de Ancón se lo tuvieron que dar al abogado como parte de pago. Pero solo les alcanzó hasta el segundo juicio. Los dos últimos lo tuvieron que enfrentar con abogado de oficio, el que da el Estado a los que no pueden pagar uno de su elección.

En 2012, para cuando ya no había pendiente ninguna apelación de la Fiscalía, los hermanos Tozzini Bertello vivían en departamentos alquilados. La mitad de sus vidas las habían pasado defendiéndose de parricidio. Ninguno tiene una profesión, se ganan la vida en oficios menores. No hay fortuna, pero sí un enorme estigma que pesa sobre ellos. Cuando en febrero del

2018 desapareció la empresaria Nancy Barreda Polanco, la dueña del departamento que alquilaba Fiorella en la avenida Benavides, de Miraflores, donde llevaba viviendo varios años con su esposo y sus tres hijos, los familiares de la desaparecida pidieron a las autoridades que la incluyesen en la investigación dados sus antecedentes de ambiciosa asesina. En este caso, el móvil era quedarse con el departamento de Nancy Barreda, pues la señora no tenía hijos ni herederos directos. La presunción de asesinato no es una etiqueta fácil de arrancar a una reputación, menos si uno lleva dos apellidos tan eufónicos como Tozzini Bertello. No lo es para Fiorella, ni tampoco para sus tres hermanos. Los sobrevivientes de una estirpe marcada por la explosiva combinación de amor ciego y ambición cegadora.

«Apenas Perazzo
volvió en sí luego
del furor asesino,
lanzó la roca lo
más lejos que pudo
y dejó la pistola
oculta (en realidad
eso pensó, pero
lo cierto es que
fue lo primero
que encontró la
policía)».



ALEJANDRO NEYRA
(Lima, 1974)

Escritor y diplomático. A poco de escuchar el pitazo de sus primeros 45 es ya ex varias cosas y espera, como su personaje de ficción favorito, un futuro diferente; pero teme ser exescritor, exdiplomático o exmarido. Ganador de algunos premios, mas no de loterías. Cuenta con diversas publicaciones, entre las que destacan *Peruanos de ficción* (Solar, 2013) y la saga de novelas de *CIA Perú* (Estruendomudo). Recientemente ganó por KOT el premio Luces 2018 por su libro de cuentos *Biblioteca Peruana* (Estruendomudo, 2018).

Matar
no es un asunto
diplomático

ALEJANDRO NEYRA

El domingo 15 de julio de 1951, poco antes de las diez de la noche, en el camino afirmado que conduce de La Molina a la hacienda Cieneguilla –en lo que se llamaba entonces «Cerro Colorado»–, David Ramírez Merino, conductor del camión placa 91315, escuchó a su copiloto Arturo Luz, quien le advertía que unos metros más adelante, casi en medio de la carretera, había un bulto que debía evitar. El chofer sobreparó y finalmente detuvo el camión. Arturo Luz se bajó y le dijo a Merino que girara un poco el vehículo para que pudiese dirigir los faros al bulto. Solo entonces, descendiendo también el chofer, atraído por la curiosidad, ambos hombres se dieron cuenta de que aquel no era un bulto cualquiera. Sería aquella una larga noche para ellos y varios días en los cuales todo el Perú –pero sobre todo Lima y en especial la clase más adinerada de la ciudad, los dueños del país– hablarían del asesinato de uno de los personajes más importantes de la sociedad limeña: don Jorge MacLean Estenós.

EL CUERPO (DIPLOMÁTICO)

Según las investigaciones preliminares del comisario Julián Villar, publicadas en los vespertinos del lunes 16 de julio, luego de darse cuenta de que el bulto que les obstaculizaba el paso era el cuerpo de un hombre asesinado y con el rostro desfigurado, David Merino y Arturo Luz

fueron presurosos al puesto de la Guardia Civil de La Molina. Junto con los efectivos de guardia comprobaron lo que ya sabían. El hombre estaba muerto y alguien se había ensañado destruyendo su rostro a pedradas. A pocos metros más allá, había un modernísimo auto, un Pontiac modelo del año (1951) de color verde y placa nueva: 52859; las luces del vehículo estaban encendidas y se notaba claramente, y pese a la oscuridad, que el hombre había salido caminando del auto para caer poco más allá, a la vera del camino, donde el o los asesinos lo habían atacado con una piedra en la cabeza.

El cuerpo, según el argot policial, estaba en posición decúbito dorsal (de espaldas al suelo), era el de un hombre no muy alto pero robusto, de piel blanca y vestido con un terno oscuro a rayas que, pese a la tierra que tenía encima, se notaba que era de muy buena calidad, zapatos negros y medias blancas a la usanza elegante del momento. Lo extraño del caso es que conservaba encima de él también un reloj de oro, que se había detenido a las 10:05 minutos. Revisando entonces los bolsillos del saco del cadáver, pronto dieron con la billetera, que estaba intacta y contenía los documentos de identidad de aquel sujeto: Jorge MacLean Estenós.

Apenas el comisario Villar leyó el nombre de aquella masa que hasta quién sabe cuándo había sido un hombre, supo que tenía en sus manos uno de esos casos complicados que lo obligarían a dar parte inmediato a sus superiores pero también le darían la oportunidad de declarar a la prensa, lucirse un poco y, a la larga, quién sabe, asegurarse un ascenso. En medio de la tragedia, cada quien asume la posición que le corresponde, por

supuesto, y busca lo mejor para sí, que era algo que definitivamente MacLean ya no podría hacer nunca más.

Todo aquello Villar lo había deducido con el apellido y la apariencia (desfigurada) del cadáver que tenía delante de sí aquella medianoche del domingo 15 de julio. Sin embargo, solo con la primera conversación en la madrugada del lunes, le quedaría claro realmente quién era Jorge MacLean. En aquel momento, lo que quedaba era una tarea rutinaria. Estaba claro que Merino y Luz no tenían nada que ver con el crimen; habían llegado pálidos a la comisaría y estaban al borde del colapso nervioso, parecía que hubiesen visto un monstruo (y eso era en realidad lo que parecía la cara de MacLean). Pero era necesario que tomara parte de sus declaraciones mientras que otros debían quedarse en el lugar del crimen para que nadie se acercara, a menos que fuera el asesino que vuelve a la escena, cosa que era muy difícil por el descampado en que se había realizado el crimen, pero no cabría descartar. Todo aquello lo harían sus subalternos, mientras el comisario iba hacia la sede central de la Guardia Civil en la capital para comunicar en persona sobre aquel macabro hallazgo. Lo habría hecho así, aun cuando ya hubiese tenido instalado el teléfono que venía pidiendo desde que llegó a aquel puesto alejado del centro de la ciudad.

La madrugada fue una larga comunicación en la cadena jerárquica del mando policial. El comisario visitó primero a su jefe de línea, el teniente Agostini, quien se comunicaría a su vez con el capitán Saldívar de la 21.^a comandancia, y este, a su vez, avisaría a las autoridades. Cuando se iban enterando de quién era la víctima, los más altos mandos se vieron involucrados. Muy temprano

por la mañana el coronel Montes, alto jefe de investigaciones, quien sí sabía perfectamente quién era Jorge MacLean Estenós, se dirigió a informar del descubrimiento del cuerpo en La Molina al mismísimo director general de gobierno y municipalidades, Alejandro Esparza Zañartu, el factótum y hombre fuerte del Presidente Manuel Odría, quien aparecería retratado en los principales diarios, atento al desarrollo de los acontecimientos.

En pocas horas la cadena se había completado y los hombres con poder político en el Perú sabían que uno de los diplomáticos más importantes del Perú, el embajador Jorge MacLean, recientemente nombrado en uno de los puestos más delicados de la política exterior peruana —embajador en el Ecuador— había sido asesinado. Solo entonces se decidió que un enviado iría a la casa de la familia MacLean Vizquerra a informar de la noticia a la viuda de estreno, Enriqueta Vizquerra Febres, y a los demás familiares de una de las familias más destacadas de Lima.

Otra cadena empezaría entonces, la de las llamadas entre todos aquellos que podían darse el lujo de tener un teléfono en casa, la aristocracia limeña, que con sorpresa e indignación fue enterándose de aquella noticia, terrible para todos. Y así como pasó la noticia a los dueños del Perú pasó también a los otros representantes del poder fáctico: la prensa local. *Radio Nacional* en OAX4A, *Radio El Sol*, *Radio La Crónica*, *Radio Reloj* y las demás emisoras locales fueron poco a poco informando del *trágico deceso de una de las más egregias figuras de la intelectualidad y la diplomacia nacional*. Redactores y reporteros de los principales diarios debían salir corriendo de los locales de los diarios —los más apurados eran los

de *El Comercio*, que contaba con una edición vespertina, igual que los de *Última Hora*— para tratar de obtener información de primera mano.

Algunos, los noveles o menos afortunados, debían ir pronto a la cancillería a obtener detalles de la foja de servicios de aquel diplomático para rellenar algo de la noticia, que sin duda sería portada del diario, mientras que otros, los más recios y avezados, debían dirigirse a la policía y apenas enterados de que el asesinato ocurrió en La Molina debieron solicitar las movilidades respectivas para ir a las afueras de la capital. Debían obtener información de primera mano, tomar fotografías de la escena del crimen, del arma utilizada, hacer preguntas, etc. Los primeros que llegaron a la carretera hacia Cieneguilla se vieron impedidos de pasar. El juez instructor Percy Vigil —quien también se había enterado a primerísima hora de la mañana y se había dirigido a La Molina antes que todos— había ya determinado una línea de control policial en el perímetro de aquella parte de la carretera, de cien metros a la redonda del lugar en que estaba el cadáver y el auto Pontiac.

Y mientras todo eso ocurría, la pregunta que se hacían todos los que se iban enterando de la noticia era: ¿Quién podría haber querido asesinar a don Jorge MacLean Estenós y por qué?

LOS SOSPECHOSOS DE SIEMPRE

La imaginación suele preceder a cualquier atisbo de racionalidad. Desde que los primeros policías, radioescuchas, familiares, colegas y amigos del embajador Jorge MacLean se enteraron de la muerte de «Coquelo», como le decían sus amigos cercanos —algo de lo que pronto se

enteraría el Perú entero—, todos empezaron a comentar e imaginar quién podría querer asesinar a un hombre tan importante, tan culto y sensible, tan distinguido y delicado e igualmente tan dedicado a la patria.

Las primeras sospechas recayeron en los mismos de siempre.

MacLean era un diplomático en funciones que venía de haber culminado una exitosa aunque breve misión como ministro plenipotenciario en Lisboa —un puesto relativamente cómodo en aquel país bajo la dictadura conservadora de Antonio Oliveira Salazar— y había sido designado como embajador de Perú en el Ecuador y estaba a pocos días de emprender el viaje que lo conduciría a Quito a cumplir sus funciones en el cargo quizás más importante y delicado de la diplomacia peruana, junto con aquel que tenía Fernando Berckemeyer, embajador en Washington y quien por esos días había llegado a Lima a rendir cuentas de su gestión (y ver algunos asuntos y negocios personales) al canciller Manuel Gallagher y al propio Presidente Manuel Odría.

Vista aquella situación, apenas diez años después de la guerra que nos había enfrentado con los vecinos del norte, no pocos empezaron a apuntar al enemigo externo. Quién sabe, pero quizás los ecuatorianos tendrían temor de que MacLean llegara a Quito. Coquelo era un diplomático pero también un político, un hombre con muchos contactos y de gran ascendencia, no solo en Lima y en su Tacna natal sino también en el exterior. Frustrar su designación podría haber ayudado a impedir una gestión que a todas luces era importante para el Perú.

Y frente a los políticos, siendo MacLean sobre todo un líder conservador y católico, que había ocupado cargos de importancia durante los gobiernos de Manuel Prado y Ugarteche, de Leguía, del mariscal Benavides y del propio Odría, siempre era posible echarle la culpa a algún enemigo de la patria. Y el mayor de todos los enemigos de la patria en aquellos años, aunque refugiado en la sede de la embajada de Colombia, era Víctor Raúl Haya de la Torre, quizás el más grande líder latinoamericano y considerado también el más peligroso. Cada vez que había un asesinato de alguien de poder en el Perú, siempre había un aprista sospechoso. Y aquella ocasión no era distinta.

La Prensa, finalmente, en su versión del martes 17 de julio, la primera en que se daba cuenta del asesinato, traía una versión más bien novelesca, pero no del todo exótica. Suele endilgarse la culpa de los crímenes a personas que a su maldad suman algún rasgo de fealdad o de diferencia (racial, ideal) e incluso alguna discapacidad. Así, el malhechor suele ser también un malhecho como el hombre manco de la teleserie *El Fugitivo* o los maléficos y grotescos judíos del cine nazi o el curioso doctor Fu Manchú, para no mencionar, por ejemplo, a los *freaks* de la famosa película de Tod Browning. Para *La Prensa*, la policía peruana considera entre los sospechosos a un misterioso hombre con cicatriz (claramente una invención del redactor).

Lima, ciudad de las bolas y los chismes, era, durante aquel frío lunes 16 de julio de 1951, el lugar perfecto para lanzar las más estrambóticas teorías de la conspiración, casi todas sin ningún sustento real. Para poder atrapar al asesino era necesario sobre todo entender an-

tes algo muy importante: ¿Quién era realmente el embajador Jorge MacLean Estenós?

EL HOMBRE Y SU TIEMPO

La foja diplomática es un documento en el que se consideran los datos más importantes de un funcionario de carrera que sirve al Perú en el exterior. Comúnmente contiene datos y hechos concretos que solo terminan siendo comprensibles en la *grey* de élite que es —o pretende ser— el servicio diplomático de un país.

Así, la foja de servicios de Jorge MacLean señalaba que nació en Tacna el 23 de enero de 1908 y tenía como domicilio la dirección Carlos Arrieta 937, Lima. Menciona también los cargos desempeñados en la carrera diplomática, entre los que destacan haber sido adjunto civil *ad honorem* en la comisión enviada a la celebración del centenario de Bolivia en 1925; mecanógrafo interno de la sección de cables y clave en 1926; incorporado como segundo auxiliar en 1929, pasó a ser promovido como primer secretario en 1940 y luego Encargado de Negocios que se desempeñó como Director de Informaciones del Perú en 1944 y 1945 (un cargo que equivaldría al de ser jefe de la oficina de comunicaciones de la presidencia); designado ministro consejero en España, se le canceló el nombramiento casi de inmediato en 1945 (explicable por el cambio de gobierno); finalmente, aparece su nombramiento como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Perú en Portugal (entre 1950 y 1951) y aquel como embajador extraordinario y plenipotenciario del Perú en el Ecuador el 3 de abril de 1951, cargo que no llegó a asumir formalmente; termina todo con un escueto 15-7-1951 FALLECIÓ.

Pero no solo eso. MacLean era un hombre realmente especial. Junto con su foja de servicios —el documento burocrático— se encuentra una breve nota que bien podría leerse, cambiado el presente por el pretérito, como un obituario hecho en vida. Aquella nota mecanografiada debió ser elaborada poco antes de su nombramiento como enviado a Portugal, pues está fechada como recibida por el Departamento del Personal (Recursos Humanos) el 16 de diciembre de 1949. De hecho, si uno resulta suspicaz, pareciera incluso haber sido hecha por él mismo para resaltar sus propias cualidades profesionales y personales; o quizás fue solo redactada por él y transcrita por su secretario personal, alguien de su total confianza y entregado en la Cancillería como prueba o muestra de su valía. Dejamos aquí algunas de aquellas líneas que, más que cualquier otro documento o impresión de gente que lo conoció, busca presentar al hombre íntegro y de valía que fue Jorge MacLean mientras habitó entre los vivos.

«El doctor Jorge MacLean Estenós es una de las más interesantes figuras jóvenes del Perú. Periodista, abogado, maestro, diplomático de carrera, su espíritu dinámico, su inteligencia y su muy vasta y sólida preparación están al servicio de su Patria desde hace muchos años. Tiene solo treintainueve años de edad pero lleva casi dieciocho años actuando en la administración pública su país. Es un caso de esfuerzo, de superación constante. Ha ido ascendiendo gradualmente por sus propios méritos y hasta el 28 de julio de 1945 desempeñó el cargo de Director del Departamento de Informaciones del Perú, con despacho en el Palacio de Gobierno de Lima, siendo el funcionario en el que se centralizaban todos los

datos y noticias y fue él también quien por intermedio de las diversas dependencias a su cargo y del numeroso personal a sus órdenes, quien las difundía a través de las radio o las hacía llegar a los órganos de prensa de su país, de todas las provincias peruanas y de todo el continente e, incluso en épocas de paz, a todo el mundo.

«Pertenece el doctor Jorge MacLean Estenós a una de las familias más ilustres y distinguidas del Perú. Por sus venas corre sangre de próceres, héroes y políticos que tuvieron brillantes y patriótica actuación en horas difíciles para la República. Su padre, don Roberto MacLean Forero, ejerció durante veintiocho años la representación por Tacna en el Parlamento Nacional; su abuelo, el doctor Guillermo MacLean, fue el último alcalde peruano que tuvo la ciudad de Tacna antes de la ocupación chilena».

Luego de esta larga introducción se consignan nuevamente algunos datos concretos sobre la educación de Jorge MacLean —primaria en el colegio de La Inmaculada, secundaria en San Agustín, abogado por la Universidad Católica, doctor en Letras y doctor en Derecho, además de profesor de Historia en la Escuela de la Guardia Civil y el colegio Alfonso Ugarte— y se relata la forma en que aquel joven interesante se involucró en la vida política peruana, de donde quedan claras sus orientaciones.

Así, «participó activamente en el movimiento revolucionario de Las Palmas en 1932, razón por la cual fue perseguido y deportado a Chile, desde donde emprendió una campaña mediática contra Sánchez Cerro»; «dando prueba de su nobleza de espíritu y de su lealtad, trabajó con empeño en rehabilitar la memoria del expresidente Leguía»; «fue jefe de prensa o tuvo cargos

similares en los gobiernos de Óscar R. Benavides y de Manuel Prado y Ugarteche, siendo «uno de sus mayores aciertos la magnífica organización noticiosa que puso en movimiento durante la trascendental jira (sic) que el Presidente del Perú, doctor Manuel Prado, realizó por los Estados Unidos de Norteamérica, Cuba, Panamá, Venezuela y Colombia».

No solo eso sino que, en tanto no ocupó puestos diplomáticos fue redactor de diversos medios como *La Prensa* y *La Crónica*, en el Perú, y *El Diario* de La Paz, en Bolivia, ostentando además condecoraciones como la *Orden del Sol*, del Perú; el *Cóndor de Oro*, de Bolivia; la *Espiga de Oro*, de China; la *San Gregorio Magno*, de la Santa Sede; la *Cruz de Boyacá*, de Colombia; y las órdenes al mérito de Chile y Paraguay, entre otras menores. Ciertamente, era un hombre de muchas cualidades, tantas que debía despertar envidias y antipatías entre sus colegas diplomáticos, celos entre sus amigos periodistas y quién sabe si reales odios entre todos aquellos que miran con malos ojos a cualquiera que pudiera tener o aparentar éxito en la vida.

Así que llegado nuevamente a este punto, ¿quién podría haber querido asesinar al embajador Jorge MacLean Estenós?

LA CRÓNICA, ÚLTIMA HORA Y EL COMERCIO

Son pocos, cada vez menos ciertamente, pero aún hay gente que recuerda aquel julio de 1951 –octogenarios cuando menos– y lo cuentan como si viviese nuevamente aquel episodio de la historia peruana. Y es que pocos crímenes habían suscitado antes una atención tan grande en la capital –quizás el cometido por Genaro Ortiz, el asesino del Hotel Comercio, en 1930; o el de Mamoru

Shimizu, en Chacra Colorada, quien asesinó a toda su familia de origen japonés en 1944—. Pero sin duda este crimen tenía todos los ingredientes para convertirse en el caso de la década cuando menos.

El asesinato era una de las personas más reconocidas del ambiente intelectual y político, un hombre de la aristocracia peruana, pero, además, las características mismas del hecho —la saña y la forma en que se encontró el cadáver en un descampado a la salida de Lima por La Molina—, hacían que las radios estuvieran repitiendo constantemente las noticias y que todos los limeños comentaran prontamente sobre los posibles sospechosos y las razones de aquella extraña muerte. Por eso no es de extrañar que los principales diarios tuvieran una amplia cobertura del hecho.

Los vespertinos del 16 de julio de 1951 y todos los matutinos del martes 17 traían consigo todos los datos imaginables, además de extensas notas con la biografía de MacLean, recordando, por ejemplo, que su nombramiento como embajador en el Ecuador no había podido consumarse o que apenas pocos días antes el doctor MacLean había sido agasajado por el canciller Gallagher en una despedida efectuada en el palacio de Torre Tagle, mientras que la Asociación de Periodistas lo había recibido para una charla magistral con visos de adiós, en la cual el embajador había hecho una exposición sobre la prensa y la literatura portuguesa, aprovechando el conocimiento que tenía de primera mano MacLean, al haber vuelto de Lisboa donde fue ministro plenipotenciario. La *Última Hora* —cuya portada compartía la noticia del asesinato con la llegada de las graciosas y descubiertas hermanas mexicanas «Dolly Sisters»— publicó además

fotos de MacLean con personalidades como el rey Carol de Rumania, el rey Umberto de Italia y el presidente Miguel Alemán de México, dando a entender que no se trataba de un hombre cualquiera, sino de uno que se codeaba con algunas de las personalidades más importantes del planeta.

No hubo radio o diario que no comentara la noticia y probablemente tampoco persona informada que no quisiera saber más sobre el caso del embajador MacLean. Incluso el circunspecto diario oficial *El Peruano* hizo un espacio para publicar el Decreto Supremo mediante el cual se dispuso rendir «honores oficiales a los restos de quien fuera doctor don Jorge MacLean Estenós».

Lo curioso para cualquiera que haga la revisión de la prensa en aquellos días no es tanto la extensión de las notas de elogio sobre MacLean o la comprobación de que los diarios solo traían noticias de Lima. Llama la atención, sí, que apenas un par de noticias del Cusco aparecieron en aquellos días (explicables por la visita del presidente Odría a esa región, inaugurando colegios y obras de ingeniería) y en los que parecen importar más la guerra de Corea o las muertes de Petain y el rey Abdullah de Transjordania en Jerusalén, la abdicación del rey Leopoldo III de Bélgica en beneficio de su hijo el rey Balduino I, o incluso la realización del Congreso Internacional de Filosofía en Lima. Todo ello en medio de las presentaciones de Los Panchos o de las ombliguistas Dolly Sisters, en un año en que ya el sicalíptico mambo de Dámaso Pérez Prado había causado una crisis juvenil y el rechazo por parte del cardenal Juan Gualberto Guevara.

Lo más notable es que en una prensa tan limeña y con tantas noticias sociales y diplomáticas (es de notar que la sección política, social y diplomática era básicamente un recorrido por los mismos nombres y apellidos de la aristocracia nacional, a lo que se sumaban los nombres de los embajadores o diplomáticos extranjeros) el caso de MacLean y cualquier mención a él desaparece (casi literalmente) el día 19 de julio, cuando prácticamente apenas se había descubierto al asesino.

Aquello podría haberse entendido por la importancia del personaje y el deseo de que no trascendiera una noticia que conmovía a una de las familias más renombradas de la ciudad en un concurso de medios controlado por la dictadura odriísta, que buscaba alejarse tanto de las críticas como del escándalo. Pero en realidad la prensa estuvo muy presta para mostrar a Alejandro Esparza Zañartu fotografiado con la mirada atenta y un teléfono en la oreja, haciendo muy bien la finta de estar comunicando a Palacio el éxito de la operación policial conjunta entre la Guardia Civil y la Policía de Investigaciones, e informando al Presidente quién era el asesino.

Lo cierto es que sí hubo presiones por parte de la familia para que el caso pudiera tratarse de la manera más reservada posible, pero frente al logro de la fuerza policial, lo lógico era aprovechar la noticia. Es otra cosa lo que detuvo las rotativas antes de que se cumplieran las cien horas del crimen y es que la prensa peligrosamente había empezado a dejar traslucir la verdadera relación entre el criminal y su víctima. Así que, llegado el punto, es necesario contestar a la pregunta que nos acecha desde el principio: ¿Quién fue el asesino de Jorge MacLean?

EL AMARCIGADO E INTROVERTIDO GIMNASTA

«Su secretario privado asesinó a MacLean» tituló la *Última Hora*. Los diarios de la tarde del 17 de julio de 1951 trajeron consigo ya el nombre del criminal y las primeras fotos de este. Y no era para nada un espía ecuatoriano o un intrigante local, ni tampoco aprista o comunista, ni tenía filiación partidaria alguna. El asesino era alguien completamente conocido por Jorge MacLean Estenós, su discípulo predilecto, su amigo, el secretario personal que lo había acompañado desde sus años escolares, y seguido en viajes al exterior e incluso hasta hacía muy poco tiempo como cónsul *ad honorem* en Lisboa. Era Juan Antonio Perazzo Cáceres, «Cucho» para los amigos.

¿Pero quién había sido este sujeto capaz de disparar y luego rematar con una piedra a su maestro y amigo?

Todas las fotos de Perazzo lo muestran en terno, mirando de frente, camisa blanca y terno oscuro. El terno es de por sí una pieza de información relevante. Perazzo compra un terno nuevo de más de cuatrocientos soles —una pequeña fortuna de la época— al día siguiente de cometer el crimen para luego presentarse bien vestido en el velorio de su antiguo jefe, una verdadera extravagancia que intentaremos descifrar más adelante.

Según las primeras informaciones era un joven de veinticinco años, identificado con pasaporte diplomático, que había llegado a Lima procedente del Ecuador para instalarse en un hotel en Miraflores, más precisamente en la habitación 21 del Hotel Leuro (en la actualidad este hotel se llama Castellana y está en el número 222 de la calle Grimaldo del Solar, una de las pocas casas que mantiene la arquitectura de lujo de lo que se llamó urbanización

Leuro, una zona exclusiva de Miraflores que quiso imitar el estilo de los palacetes europeos).

En las primeras notas periodísticas se va perfilando más bien el tono con el cual se fue presentando al victimario de MacLean. Según *Última Hora*, el joven «Cucho», como era conocido por sus amigos del jirón Ocoña del centro de Lima, fue desde niño un sujeto introvertido, ajeno a las palomilladas del barrio, el típico chico que regresaba primero a su casa después de los partidos de fútbol callejero; un sujeto que no gustaba de las actividades sociales y mantenía siempre un perfil bajo, casi un misántropo era «Cucho» según aquellos testimonios de sus amigos de barrio.

Estudiante del colegio Alfonso Ugarte —donde conoció a su protector, quien era allí profesor de historia—, terminó la escuela en 1944 para entrar entonces al Liceo Garbín o Liceo Comercial del Perú, del cual se gradúa como contador mercantil; animado y recomendado por su mentor, empezó a estudiar en la facultad de ciencias económicas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde no llegó a terminar la carrera. Además de haberse desempeñado como secretario privado de MacLean, tenía en el colegio Alfonso Ugarte un puesto administrativo equivalente al de secretario general o administrador.

La Prensa da algunos detalles adicionales que van más allá del perfil psicológico y permiten además conocer mejor al sujeto. Al decir que es de tez amarcigada se entiende, pues, que no era de raza blanca, como se decía siempre de MacLean; al mismo tiempo, se señala que es de buen porte y complexión atlética, por haberse dedicado a la práctica de la gimnasia, algo que explica

el buen estado físico de alguien que luego de cometer el asesinato, corrió durante un buen trecho para llegar a una zona habitada desde donde pudo movilizarse para llegar a su hotel en Miraflores.

De este modo se presenta a «Cucho» Perazzo, joven que se relaciona desde joven con «Coquelo» MacLean y se convierte, no solo en su secretario privado sino en su mano derecha, en su hombre de confianza y guardaespaldas —en el sentido más amplio del término—, que acompaña como discípulo a su maestro a diversos viajes al exterior e incluso llega a tener estatus diplomático en la misión en Lisboa, adonde va acompañando a su protector. Y es así que, poco a poco, entendiendo las vinculaciones que existían entre el asesinado y el asesino, es que uno termina dándose cuenta por qué no hubo más informaciones sobre el caso.

«CUCHO» Y COQUELO SE COMPRENDIERON TAN ÍNTIMAMENTE QUE PRONTO LOS UNIÓ UNA FUERTE CORRIENTE ESPIRITUAL

«Por qué disparó Perazzo a MacLean, es la gran incógnita a despejar. Perazzo, hechura de MacLean, modelado cabalmente por la estrecha e íntima comunión espiritual con su maestro, había tenido sobrados motivos de gratitud hacia su protector. Sin embargo, pese a que algunas almas *machihembradas* de uno y otro habían vivido en perfecta armonía y comprensión, Perazzo descerraja cuatro tiros sobre MacLean y le destroza la cabeza con una enorme piedra. ¿Por qué lo hizo? ¿Qué móviles tan poderosos obraron sobre el homicida? ¿En qué fecha se produce el divorcio espiritual?».

Todas las pistas sobre la relación entre los involucrados en el crimen no son más que veladas afirmaciones sobre la verdadera relación que existía entre ambos y que *Última Hora* casi deja imaginar.

Los octogenarios que recuerdan el caso saben bien que se trató de un crimen pasional. Algún colega diplomático en retiro que trabajaba en la embajada del Ecuador cuando fue anunciado que Jorge MacLean Estenós había recibido su nombramiento como embajador en Quito, recuerda que las bromas que empezaron a circular al interior de la delegación era cómo iban a hacer para ubicar a Perazzo, si en una oficina o en un banquito junto al embajador, dando por descontado que aquel llegaría con su secretario personal. Una sobrina del propio «Coquelo», quien vivió en Santiago de Chile y que es la última que quedó de una rama que afincó al sur, consultada en alguna ocasión sobre el crimen y con muy poco que dejar para el investigador, dijo: «Bien hecho, pues, a ese lo mataron por maricón».

Pero había algo quizás peor en aquel binomio terrible. No solo era uno viejo y blanco mientras que el otro joven y amarcigado. En la relación de dos almas *machihembradas*, «Cucho» era además un jovencito que parecía querer pertenecer a un mundo que no le correspondía. En los diarios aparecían las fotos de la casa de los MacLean en la cuadra nueve de la avenida Arenales —una casona con aires de chalet suizo, como las del propio Hotel Leuro— y las fachadas de casas humildes del centro de Lima, donde Perazzo había crecido. Dos mundos que no habían debido cruzarse lo habían hecho y las consecuencias estaban a vista de todos. En *La Prensa* la acusación era visible: dos fotos, una al lado del otro

bajo el título «Aquí vivía Perazzo y... Aquí su familia», muestran la fachada del ostentoso hotel miraflorentino y la puerta de la casa de la familia, una «modesta y sencilla casa en el antiguo jirón Canta».

Todo lo que aparecía en los diarios era una forma de presentar de qué manera aquella relación había desbordado todas las convenciones sociales de una Lima aun conservadora, pacata y en la que el mundo de arriba y el de abajo eran todavía planos que no se intersectaban (y, por la forma en que terminaban las cosas, no debían hacerlo).

El popular *Última Hora*, con osadía, buscaba además atizar el morbo incluyendo fotos de MacLean con «otro» secretario privado —Gonzalo Ruy D'Orey—, mientras que especulaba, como haría después *La Prensa*, con la existencia de una vida oculta de Perazzo, en la que más bien resultaba admirado por «las chicas de Ocoña», en tanto habría tenido una novia —a la cual MacLean habría tratado de apartar de su joven mancebo— y probablemente incluso hasta un hijo ilegítimo con la criada de la familia.

Todas aquellas elucubraciones quedarían finalmente en eso. Hacia el final de aquella semana en que todo Lima habló del crimen, la prensa dejó de lado el tema. No fue exactamente que pasara algo que de pronto ocupara el interés de la gente —aunque es cierto que en Venezuela un sonado caso de dopaje y manipulación de caballos hacía que el conocido y ya popular preparador y narrador hípico Augusto Ferrando se viera envuelto en un escándalo internacional—, sino que desde arriba una orden de Esparza Zañartu, o del propio general Odría probablemente, hizo que la servicial prensa local dejara

de lado el «tema MacLean». «Se aguanta el pecado, pero no el escándalo», podrían haber dicho desde la cúpula del poder y ya había sido una suficiente exposición de las bajezas de aquel jovenzuelo arribista que había encontrado en un interesado maestro la posibilidad de combinar pasión y poder, una combinación a todas luces (y literalmente) mortal.

EL ASESINATO

Pero volvamos al punto inicial, antes de que los choferes de un camión desconocido se toparan con aquel bulto que resultó ser el cadáver del embajador del Perú en Ecuador. ¿Qué había pasado entre Perazzo y MacLean aquel domingo por la noche, que terminó en un crimen tan brutal? Y antes aun habría que mencionar cómo es que habían llegado ambos a aquel punto de quiebre en sus vidas.

Lo cierto es que para aquel momento de julio de 1951, Juan Antonio Perazzo había acompañado a Jorge MacLean Estenós como secretario privado por cerca de diez años, viajando incluso con él a diversas misiones en el exterior, como la gira que realizó el presidente Prado a Estados Unidos y Centroamérica o, por supuesto, la misión diplomática en Portugal, para la cual incluso llegó a obtener un nombramiento diplomático.

Seguramente, aquella relación de larga data entre maestro y discípulo no había estado exenta de desencuentros y problemas, pero nada podría haber hecho prever que terminase con disparos. Y sin embargo Perazzo había ido a aquel encuentro dominical premunido de una pistola cargada. No queda claro si la intención de Juan Antonio fue siempre la de matar a su protector,

pero lo cierto es que en la escena del crimen y la reconstrucción de los hechos el joven asesino señaló que había tenido un momento de obnubilación.

Aquel domingo había empezado para Jorge MacLean con la misa y un encuentro con sus condiscípulos del colegio San Agustín, quienes habían ofrecido una reunión para homenajear al embajador y despedirlo antes de su viaje a Quito. Luego de eso, MacLean había almorzado en su casa —frejoles con seco según la autopsia— y luego de un descanso, había tomado prestado el Pontiac nuevo de su cuñado (se lo habían prestado por aquellos días previos al viaje a Quito, pues había ya comprado un auto último modelo en Nueva York, de cuyos trámites se habría ocupado Perazzo en su retorno de Lisboa).

La excusa que había dado a su mujer era que se encontraría con algunos amigos en un chifa del centro de Lima. La ruta no fue la del chifa, sino más bien con dirección hacia La Victoria, donde se encontró con Perazzo, exactamente en el jirón Luna Pizarro, a pocas cuadras de la Plaza Manco Cápac. Solo MacLean sabía que «Cucho» estaba en Lima y de hecho se habían visto dos noches atrás, el viernes, cerca de la Portada de Guía —la salida hacia el norte de Lima— y, en un confuso incidente, a Perazzo lo habían encontrado unos policías cerca de la garita de Ancón. Es probable que en aquel encuentro de viernes por la noche Perazzo ya hubiera tenido la pistola consigo —la había comprado en Ecuador, en el viaje de regreso a Lima—, pero por alguna otra circunstancia hubiera decidido no usarla.

Aquel domingo, sin embargo, la situación había cambiado. Camino a La Molina, el auto se detuvo en

un descampado y ambos habían pasado al amplio asiento trasero del Pontiac (¿con la promesa de un encuentro sexual?), donde esta vez, luego de una discusión, Juan Antonio Perazzo se decidió a sacar el arma y dispararle en el cuerpo a MacLean.

Las huellas encontradas en el auto y los resultados que dejaron los actos que llevaron al reconocimiento del cuerpo dan una idea de lo que pasó luego de los disparos. Fueron cuatro balas las que salieron de la Mauser comprada en Guayaquil. Luego de la sorpresa y de los impactos, MacLean aún tuvo tiempo de salir del auto, apoyándose en él (huellas de sangre en el capó) y tratabillando (un rastro de sangre por la tierra), hasta que pocos metros más adelante, mientras buscaba huir por el camino que probablemente le dejaba ver la luz de los faros del Pontiac, cayó (cuerpo sobre un charco de sangre). Allí fue cuando Perazzo, ya totalmente fuera de sus cabales, tomó una roca y le destrozó el cráneo. Según el reportaje que consigna *La Crónica* —diario que incluyó además una viñeta en diez cuadros con los detalles del crimen—, lo último que dijo Jorge MacLean Estenós, mientras se le iba la vida a manos de su discípulo fue: «No veo, no veo».

LA HUIDA Y LA CAPTURA (CASI UNA ENTREGA)

Apenas Perazzo volvió en sí luego del furor asesino, lanzó la roca lo más lejos que pudo y dejó la pistola oculta (en realidad eso pensó, pero lo cierto es que fue lo primero que encontró la policía fácilmente al entrar a la escena del crimen). Volvió al auto y sacó un par de zapatos que tenía consigo (¿otra pista sin sentido: un regalo o una

forma de cambiar de huellas?) para emprender entonces la carrera con dirección a la ciudad.

Probablemente, aun hoy, con cómodas zapatillas deportivas y con pistas acondicionadas, el recorrido sería difícil de realizar. Pero Perazzo alcanzó los límites de la ciudad hasta llegar a un lugar en el que pudo tomar un auto que lo condujo nuevamente al Hotel Leuro, adonde llegó según el parte policial poco después de la medianoche. Efectivamente la gimnasia debió favorecerlo para tener un ritmo parejo hasta llegar a su cama.

Y aquí entra de nuevo lo que podría llamarse locura temporal. Juan Antonio Perazzo no buscó fugarse ni ocultarse, sino que fue a la casa Alba, en la avenida Larco, para comprarse un terno oscuro por cuatrocientos veinticinco soles de la época. Desde allí, iría a la casa de los MacLean, donde buscaría mostrar sorpresa frente al crimen del cual ya circulaban las primeras noticias. Perazzo no se quedó allí, fue mucho más lejos. En las fotos de *La Prensa* en la morgue de Lima, se le ve saliendo junto a varias personas luego de la diligencia de reconocimiento del cadáver y autopsia. El discípulo seguía cerca de su maestro y víctima.

Y más aún, Perazzo fue aquella noche al velorio del embajador a dar el pésame y acompañar a la familia de aquel a quien hacía menos de veinticuatro horas había tomado la vida. Su falta de tino lo perjudicó. Prácticamente se había entregado, y en un interrogatorio de algunas horas, realizado en la misma casa donde se despedía a su jefe y amante maestro, Juan Antonio «Cucho» Perazzo terminó quebrándose ante las preguntas de sus captores y confesando su terrible crimen. La labor de propaganda del Gobierno diría que la efectiva labor en-

tre las fuerzas policiales y las unidades de investigación permitieron capturar rápidamente al asesino. Lo cierto es que Juan Antonio Perazzo Cáceres prácticamente se había entregado.

UN MONSTRUO DE LA ALTA SOCIEDAD

No existe lamentablemente una copia del expediente judicial, pero la condena fue de veinte años por homicidio calificado, en un juicio que poco a poco perdió interés para el público y para la prensa. Sin embargo, eso no haría que el crimen quedase en el olvido. Un colega diplomático lo tenía muy presente y un astuto editor de libros también.

Juan Antonio Perazzo Cáceres cumplió una condena de solo doce años y nueve meses por buena conducta, y porque en el juicio hubo algunas confesiones que permitieron entender que la relación *machihembrada* y espiritual, en realidad, tenía también cierta dosis de abuso y de manipulación por parte del jefe y maestro frente al joven discípulo. Aquella no había sido de ninguna manera una relación normal y una novela buscaría presentarlo de manera que la posición de cada uno pudiera entenderse mejor.

El 24 de abril de 1964 algunas pequeñas notas en los diarios daban cuenta de la forma en que Juan Antonio Perazzo —más viejo y gordo— salía de *El Sexto* y buscaba retornar a la vida en libertad, mencionando incluso el proyecto de un libro sobre la vida en la cárcel. Pero apenas unos días después, el 4 de mayo de 1964, salía a la venta en la séptima serie de las ediciones de «Populibros», ideada por Manuel Scorza, la novela que buscaría

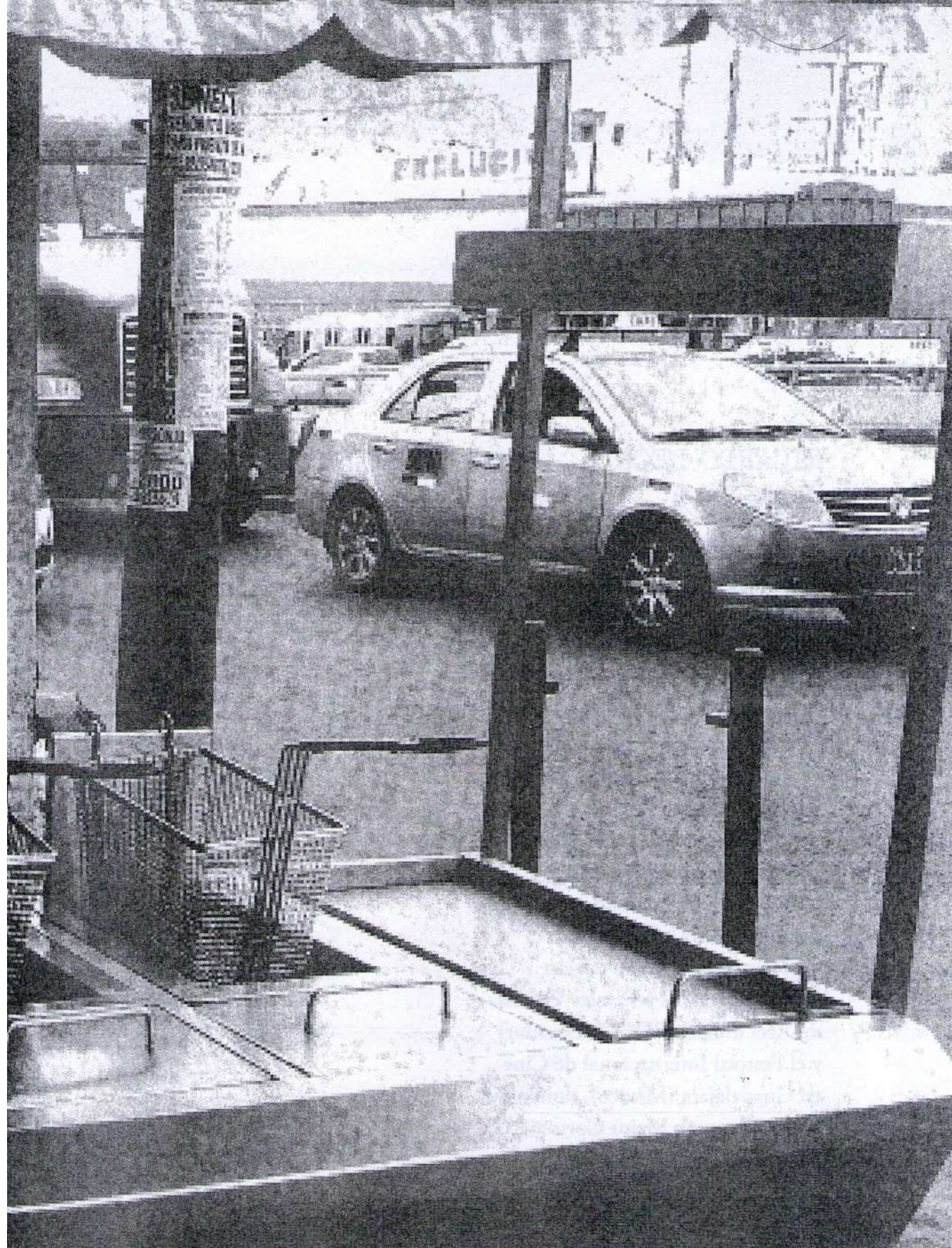
representar la defensa del joven Juan Antonio Perazzo: *El monstruo sagrado*.

La publicidad de «Populibros» buscaba ser efectiva dando cuenta clara que se trataba de la novela que Edgardo De Habich, diplomático peruano con algunas publicaciones y hasta premios en su haber, había escrito para decir la verdad detrás de aquel crimen en el cual el victimario, en realidad, había sido víctima de un personaje poderoso que se había aprovechado de la juventud e inocencia de Perazzo, quien solo había encontrado en el crimen la forma de liberarse del yugo de su dueño y opresor.

Lamentablemente, sabemos algo: la novela escrita por De Habich fue muy mala y contó con una breve pero devastadora crítica. De cualquier modo, la ficción no iba a darle a Perazzo la posibilidad, sea cual haya sido el motivo real del crimen, de volver a tener una vida normal luego de tanto tiempo en la cárcel. Porque en ningún relato de un crimen, ni siquiera en este, hay una forma de encontrar la redención.

«Eduardo saldrá de la zona de cajeros buscando más víctimas, aún le quedan balas, aún nadie sabe cómo detener a un tipo que ha recorrido armado todo un centro comercial limeño un viernes por la noche asesinando a quien ha podido o ha querido».

Salchipapa



RICARDO LEÓN
(Lima, 1982)

Periodista en el diario El Comercio desde hace 15 años. Además ha publicado trabajos en las revistas *Somos, Poder, Etiqueta Negra* y *Cosas Hombre*, y colaboró en el libro *Anticandidatos 2016* (Planeta). Fue ganador del Premio Nacional de Periodismo en la categoría Mejor Reportaje Escrito (2016), y de los premios La Buena Prensa (2014) y Reportaje sobre Diversidad (2009). En 2015 debutó como documentalista con *Paulina*, un cortometraje de no ficción presentado en los festivales Visions du Réel (Suiza), EDOC (Ecuador) y el Festival Internacional de Cine en Guadalajara (México), donde fue premiado como Mejor Cortometraje Internacional Documental.

Muerte al paso:
La ruta del primer
crimen masivo
en Lima

RICARDO LEÓN

I

Este será un día pesado y caliente. Son las 3:19 de la tarde del 17 de febrero del 2017. Grupos de manifestantes del sector obrero se reúnen en los alrededores de la Plaza San Martín, a los que se suman luego varios colectivos civiles convocados a una marcha de protesta contra la corrupción; dentro de algunas horas el centro de la ciudad olerá a gas lacrimógeno. Los pronósticos del clima anuncian treinta grados de temperatura máxima. Es viernes y la Carretera Central está bloqueada por la caída de un huaico a la altura de Chosica, en la entrada a Lima desde la sierra central. Esta vía funciona como un vaso comunicante entre todas aquellas provincias del interior del país hacia la capital. En su serpenteante recorrido desde los Andes hasta el desértico borde del Pacífico –hacia «la ciudad más triste y extraña», diría Melville–, la Carretera Central es el escenario que resume esa ola migratoria inconclusa e inestable, ese fenómeno que nadie sabe cómo comienza y nadie adivina hacia dónde avanza.

Eduardo Romero Naupay, nacido en 1985 en Huánuco, también hizo ese mismo recorrido años atrás, no sabemos cuándo, y ahora vive en un cuartito alquilado en una vivienda de Los Olivos, uno de aquellos distritos pujantes pero incompletos de la nueva Lima. Son las 3:19 de la tar-

de. Eduardo guarda los materiales –un trapo, un poco de detergente, un balde con agua, otro trapo– con los que ha limpiado el carrito de metal donde vende salchipapas cada noche en la cuadra quince de la avenida Alfredo Mendiolá, en el vecino distrito de Independencia. Sus clientes son casi siempre otros migrantes o hijos de migrantes que años atrás también calcularon un futuro limeño y cruzaron la Carretera Central, que hoy la policía ha cerrado por precaución porque, como ocurre varias veces cada año, sigue cayendo barro y piedras. Podría incluso tomarse como una metáfora migratoria: la última frontera hacia el sueño o la pesadilla de la gran urbe es el clima.

Hasta aquí tenemos un cuadro casi completo: un joven emprendedor, nacido en el interior del país, vendedor ambulante informal de comida al paso en una vía donde otros provincianos circulan diariamente, se prepara para otra jornada de trabajo. Pero son las 3:19 de la tarde y Eduardo escribe en su cuenta de Facebook: «Miren perros, yo no me vengo con webadas; soy peruano pero estoy harto de estos municipales que no dejan salir a uno adelante, trabajando honradamente. Si hoy me topo con uno, lo reviento de un plomazo. Dejen su *ward* pal desenlace». Luego espera.

Uno de esos municipales es Martín Moreno, que a esa misma hora se reúne con su equipo de trabajadores del área de fiscalización. Hoy es viernes y les toca otra jornada de supervisión en la zona comercial de Los Olivos. Pedirán licencias de trabajo, certificados de sanidad, multarán a aquellos ambulantes que no estén en regla, a los reincidentes les decomisarán la mercadería y los utensilios de trabajo, quizá clausuren algún local de venta de comida. Parece estar orgulloso de su trabajo: el día ante-

rior ha compartido en Facebook un video institucional de la municipalidad donde aparece en la cuadra treintai-cuatro de la avenida Alfredo Mendiola junto a un grupo de fiscalizadores bajo su cargo realizando la misma tarea que hoy cumplirán. «La avenida tiene otra cara, una cara más ordenada», dice Martín en el video. Un día después, a las 3:19 de la tarde, del 17 de febrero, decide que su equipo se concentrará esta noche en la cuadra quince de la avenida. Es fin de semana, esta zona estará muy transitada por quienes acudan a las tiendas, bares y discotecas del centro comercial Royal Plaza, en el distrito contiguo de Independencia. Es seguro que habrá más ambulantes.

Es un viernes en Lima, con todo lo que eso puede significar para Martín y también para César Arellano. Él trabaja como agente de seguridad privada en una de esas discotecas del centro comercial —Zeven Disco & Bar— que hoy comenzarán a llenarse a las nueve o diez de la noche y donde las fiestas acabarán a las cuatro o cinco de la mañana. Son las 3:19 de la tarde y está en su casa, revisa sus redes sociales, él también está orgulloso de su trabajo, de su vida. A mediodía ha compartido una publicación del club de fútbol Barcelona, y poco después el comentario de un foro de Internet sobre el linchamiento de un supuesto ladrón: «En Arequipa pobladores matan a delincuente. Comparte si crees que así deben acabar todos los delincuentes». En la imagen se ve a un sujeto, algo gordo, atado y echado en el piso de un barrio rural, alguien lanzándole algo en la cabeza, gente mirando alrededor, dos perros callejeros husmeando. No lo sabemos, pero es probable que después César haya almorzado, haya pasado el rato con su hija, o que haya hablado por teléfono con sus otros dos hijos que, como él, nacieron en Piura. César

nació en 1984 en La Matanza, Morropón, y forma parte de esa masa migrante asentada en Lima de la que también pertenece Eduardo. Aquí no hay sociología, tampoco estadística: estamos hablando de un crimen múltiple que pronto tendrá lugar.

También están ellas. Susan Juárez ha esperado este día con ansias: en la noche irá a la discoteca Di Luna, al lado de Zeven Disco & Bar, a celebrar el cumpleaños de su novio, Franz, una de las personas que la ayudan a asimilar su reciente regreso al Perú. Ella nació en el Callao en 1989; es hija de otro migrante, Roque, nacido en el pequeño distrito de Pataypampa, en Apurímac. La ruta migratoria de los Juárez ha sido distinta de la de Eduardo y la de César, pero con el mismo destino ciudadano: vivieron quince años en Roma. Allí Susan cumplió la mayoría de edad, estudió cocina, decidió regresar a Lima junto a su familia de apurimeños y hoy, 17 de febrero del 2017, a las 3:19 de la tarde, se alista para más tarde ir de fiesta con su pareja. El cuadro lo compone también Gloria Mostacero, que ha nacido en 1991 en Tantarica, Cajamarca, y que en Lima estudió enfermería, útil recurso académico y laboral de mujeres jóvenes provincianas que buscan un espacio en la gran ciudad. Gloria trabaja en una clínica en San Borja. A las 3:19 de la tarde su turno ha terminado y se pone de acuerdo con dos amigas para ir al cine, quizá comerán algo antes en el Royal Plaza. Todavía es temprano, se toma su tiempo.

Un poco más joven es Nicole Muñoz, también mujer, también provinciana, una joven estudiante que iniciará el fin de semana paseando en un centro comercial enorme de Independencia. Algunas veces al terminar la semana viaja a Pisco, donde nació en 1991 y donde vive su fami-

lia, pero este viernes 17 de febrero, a las 3:19 de la tarde, ella está en Lima planeando su noche como César, como Susan, como Gloria y como Eduardo, que a esta hora ya ha terminado de limpiar su carrito de metal, ha amenazado a los municipales con un mensaje en Facebook y ahora espera. Este será un día pesado y caliente.

II

Ocurrieron varios hechos aquel 2010, aparentemente inconexos, pero que definieron algunos aspectos de la vida de Eduardo. Por ejemplo, aquel año venció su carnet de vigilante privado, que una oficina del Estado otorga, y nunca pudo ser renovado. Eduardo había trabajado como agente de seguridad en una mina de Puno, no era un mal trabajo y contaba con los permisos para cumplirlo, incluyendo la licencia de uso de armas que aprendió a manejar en su breve paso por la Marina de Guerra, tras dejar Huánuco. De hecho, según las investigaciones posteriores de la policía, años después —en 2016— intentaría renovar esta licencia presentando un certificado médico groseramente falsificado, en un expediente que incluía una declaración personal suya relacionada a la necesidad de portar un arma: «Soy una persona honorable, honesta, disciplinado, profesional y trabajador [...]. La finalidad de presentarme ante su despacho es para solicitar la renovación de mi licencia para portar un arma de fuego, que será utilizada exclusivamente para el uso de su defensa personal y defensa de los bienes logrados y obtenidos con mi esfuerzo [...]. Mientras tanto la delincuencia sigue creciendo de forma alarmante, prácticamente ya no se puede caminar tranquilo por las calles y tampoco se está seguro en los

lugares públicos o en sus domicilios [...]. Tengo derecho a la vida y a defenderla mediante la legítima defensa». Su solicitud fue rechazada.

Pero volvamos a 2010: no contar con un carnet de vigilante privado redujo sus expectativas laborales, y fue entonces que empezó a pensar en la posibilidad de vender comida en un carrito ambulante.

Aquel mismo año, el padre de Eduardo se suicidó. No se conocen mayores detalles, pero se sabe que el viejo Glicerio se mató ingiriendo veneno en su casa de Ripán, un pequeño pueblo de la provincia de Dos de Mayo, en Huánuco, de donde proviene esta familia. El entorno íntimo de Eduardo se configuró entonces en torno a sus cuatro hermanas y su madre, Olimpia, una mujer analfabeta y sin estudios escolares. La vida comenzó a cambiar. Eduardo ya había cruzado la Carretera Central, ya había superado sus huaicos, ya estaba en Lima.

Años después, en los días posteriores al crimen, diversos psicólogos y psiquiatras desfilaron por la televisión y los diarios e intentaron deducir por qué lo hizo. Uno mencionó probables frustraciones no controladas y rezagos de violencia familiar. Otro comentó un posible cuadro de presión social y una personalidad desequilibrada. Una especialista sugirió un daño derivado de la violencia sexual y psicológica, con una personalidad psicopática como consecuencia de ello. Otro señaló un inconfundible cuadro de trastorno de la realidad. Otro más intentó poner en un espejo la vida de Eduardo y lo que su acto criminal representó: la precaria vida laboral frente a la modernidad y ostentación de un centro comercial donde eligió a sus víctimas. Uno de ellos estableció, pruebas en mano, que aquel fue el primer asesinato masivo en la his-

toria peruana. Un policía, entrevistado días después, dijo, ya no desde la psicología sino desde la estadística, que de las cinco víctimas mortales tres eran mujeres (uno de los hombres murió intentando defender a otra mujer), y que, de los diez heridos, siete son mujeres, y todas fueron baleadas en la cabeza y las partes superiores del cuerpo. Otra especialista dijo en la televisión que estábamos entonces ante un feminicidio múltiple no íntimo.

También comenzaron a conocerse algunos detalles, digamos, íntimos, de la vida de Eduardo. Su cuenta de Facebook contenía frases violentas repartidas en varios momentos de su vida. En marzo del 2013, por ejemplo, publicó este mensaje: «Estoy pensando en dejar salir mi otro yo». Un mes después, compartió la imagen de una pistola negra, sin ningún comentario. Alguien llamado Ross —¿su novia?—, le escribió: «Cuándo no, mi loquillo adorable, te amo mi Edu». Poco después, en febrero del 2014, compartió otra foto, esta vez de una pistola dorada y montones de balas del mismo color, con un comentario breve: «Pronto tendré una de ellas». Las pistolas aparecieron como elementos recurrentes, a tal punto que tenía un álbum de fotos titulado: «MIS FOTOS de malo Y MIS BEBÉS».

También se encontró que, algunas horas antes de 17 de febrero del 2017, publicó en un foro privado de Facebook un comentario premonitorio: «Familia, mañana me vienen a fiscalizar, realizaré una masacre como hizo Fede. Dejen su *ward*». «Fede» era Federico Guevara Elizondo, aquel joven mexicano de quince años que llevó un revólver a su colegio del estado de Monterrey, lo sacó de una mochila, disparó a un compañero dentro del aula, después a su profesora (que murió), a otros compañeros,

cambió de cacerina y se disparó en el mentón (horas después falleció). Esto ocurrió el 18 de enero del 2017. Exactamente un mes después, el 18 de febrero, un equipo de policías peruanos ingresó al cuarto que alquila Eduardo en una vivienda de la cuadra quince de la avenida Fitzcarrald, en Los Olivos. Buscaron pruebas, evidencias, algún indicio mínimo que explicara por qué horas antes había cometido el crimen del que toda Lima hablaba.

Junto a la puerta de su cuarto, sobre la pintura desgastada, había tres palabras escritas en lapicero azul: «psicópata», «enfermo», «infierno». Dentro de la habitación, otras señales llamaron rápidamente la atención de los agentes. La cama estaba tendida, cubierta con una manta de la Marina de Guerra del Perú. En un estante había decenas de libros, algunos de ellos de filosofía y química. En las paredes, dibujos tribales y cruces invertidas, así como pósters de bandas de *black metal*. Se encontró un manuscrito de la que parecía ser su canción favorita, de la banda noruega Emperor, titulada «I am the Black Wizards». En lo que vendría a ser la mesa de noche encontraron una edición antigua de *Cuentos malévolos*, escrito en 1904 por Clemente Palma. Es probable que el policía que encontró el libro lo haya abierto, que haya hojeado brevemente sus páginas iniciales, es probable incluso que haya leído la introducción del primero de los cuentos, «Los canastos»: «Entre hacer un pequeño servicio que apenas labre huella en la memoria del beneficiado o un grave daño que le deje profundo recuerdo, elegid lo segundo».

También hallaron, en un cajón, ochentaicinco balas de diverso calibre y modelo, además de cacerinas y estuches. «No es normal que una persona cuente con todo ese material», le dijo después algún policía a algún

periodista. «Ingresó asustado a su cuarto, habrá estado cuatro minutos y salió. Después de una hora me dijeron que había cometido un múltiple asesinato», comentó también Manuel Romero, el tío de Eduardo, quien le alquilaba el cuarto.

Todo iba quedando más claro sobre lo que ocurrió aquella noche larga y cruenta que comenzó a las 8:45 cuando Martín, el fiscalizador de la municipalidad que alardeaba de su trabajo en Facebook sin sospechar que al mismo tiempo en esta red social juraban su muerte, le anunció a Eduardo que le decomisarían el carrito de metal que a las 3:19 de esa tarde él había terminado de lavar, y luego le tomó una foto con su celular. Eduardo sacó un arma y le disparó en el hombro y el cuello. Después huyó. Llegó a su cuarto, cruzó la puerta junto a las tres palabras en lapicero azul, cogió una segunda pistola con todas las municiones que pudo y, como en la canción de Talking Heads, el asesino psicópata corrió y corrió.

III

Las primeras siete balas con las que comenzará esta segunda parte del único asesinato múltiple registrado en Lima le caerán en varias partes del cuerpo a Susan, que está cerca de la puerta de la discoteca Di Luna, y una más recibirá en el abdomen Franz, su novio, que esta noche celebra sus veinte años y que migró desde Huánuco, al igual que Eduardo. «La vida es una muerte que viene», escribió Borges.

Cuando Eduardo mire a Susan y la crea muerta, levantará la mirada hacia la entrada de la discoteca Zeven, ubicada a pocos metros. Entonces empuñará su pistola

Berza, que minutos antes ha sido recargada con las balas que recogió del cuarto que alquila, al que ingresó luego de haber atacado a Martín, y apuntará contra una mujer que se llama Gloria Estefany y es encargada de la seguridad; la bala le rozará la cabeza, pudo haber sido su segunda víctima en esta segunda parte del episodio, pero se interpondrá César, que también trabaja como agente de seguridad del local y que recibirá un solo balazo y morirá. Algunos días después, los noticieros mostrarán imágenes del ataúd en el que fue colocado el cadáver de César para ser enviado como encomienda a Piura y ser sepultado en Morropón, aunque su esposa aparecerá a último momento para evitarlo y el ataúd tendrá que ser retirado de la bodega del ómnibus.

Pero eso será después. Ahora, lo que hará Eduardo, Berza en mano, es ingresar a la discoteca y disparará en varias direcciones. Otra mujer, Ana, trabajadora del área de Marketing, intentará ocultarse agachada detrás de una barra pero una bala ingresará por su espalda y saldrá por el estómago. Esa madrugada será operada de emergencia, le extraerán un riñón y un metro de intestino grueso, y dentro de algunos días, en una entrevista para la televisión, contará que tiene una pesadilla recurrente en la que ella es perseguida y se esconde, pero siempre un disparo la alcanza.

Pero eso también será después. Ahora Eduardo persigue a otra trabajadora del local, Fernanda, a quien también le disparará en la espalda, luego en el tórax y en la cabeza, aunque esta última bala rozará su boca y le arrancará varios dientes. La próxima semana, los doctores le dirán a Fernanda que tiene una paraplejia irreversible y su familia vendrá de Huacho, donde ella nació, para cuidarla y atenderla. En una entrevista concedida a un diario local, Fernanda

contará que fingió estar muerta para que Eduardo deje de dispararle, y que luego escuchó muchos balazos más, ya no recordaba o ya no quería recordar cuántos.

«Prácticamente ya no se puede caminar tranquilo por las calles», había escrito Eduardo hacía un par de años en el formulario para revalidar su licencia de armas. En este momento, ya formalmente como un asesino en masa, saldrá de la discoteca y recorrerá los pasillos del segundo piso del centro comercial buscando más víctimas. Se está consumando un crimen en un lugar público, pero todavía no hay ningún policía en escena. Se le trabará la Berza, así que sacará de su mochila una Beretta que también ha sido cargada en su habitación. Como en el cuento de Clemente Palma, ha elegido el grave daño, el profundo recuerdo.

Lo que seguirá es un desplazamiento errático pero enérgico de Eduardo por el Royal Plaza, como si persiguiera con el olfato a sus próximas víctimas. Tiene todavía muchas balas, eso lo sabemos. No teme ser atrapado, eso también queda claro. Cuatro años antes había escrito que estaba pensando en dejar salir a su «otro yo» y esa amenaza se concretará cuando baje por unas escaleras hacia el primer piso y vea a lo lejos a tres mujeres jóvenes que comen tranquilas una hamburguesa en un local de comida rápida. Les disparará a distancia, confiado en su puntería, pero fallará, así que luego bajará caminando sin apuro alguno hasta situarse junto a ellas, que suplicarán intentando protegerse con las mesas y las sillas. No hay más comensales, ya los que pudieron han huido. Una de estas tres mujeres es Gloria, que temprano había acabado su turno de enfermera y planeaba ir al cine. Eduardo le disparará en la cabeza. Horas después, la televisión mostrará un video grabado con un celular en el que se ve a

Gloria tendida en el piso, la cabeza rodeada de un charco de sangre espesa, un hombre sosteniendo su cabeza intentando reanimarla; la mujer que graba el video grita «¡Háblale, que no se duerma!», y sigue enfocando la imagen en vez de utilizar el teléfono para llamar a una ambulancia. Gloria morirá horas después en una clínica cercana que a las 10:30 de la noche, del 17 de febrero del 2017, ya empieza a llenarse por la cantidad de heridos y de familiares que han ido llegando.

Eduardo aún no ha terminado de matar. Luego de disparar a Gloria saldrá caminando cerca de la puerta principal del Royal Plaza, ya en la avenida Carlos Izaguirre, muy transitada a esas horas. Entonces ocurrirá lo siguiente: decenas de transeúntes, asustados por los balazos y al ver a un hombre armado apuntando a todas partes —disparos de lejos contra otro restaurante, disparos contra una vendedora ambulante escondida en su quiosco—, correrán en varias direcciones intentando escapar. Aún no aparece ningún policía.

Parte de la letra de la canción favorita de Eduardo, cuyo manuscrito fue después hallado en su cuarto, dice: «Soy el gobernante y así ha sido por eternidades / Mis hechiceros son muchos, pero su esencia es mía / Por siempre estarán en las colinas en sus dolorosos hogares de piedra / Porque yo soy el espíritu de su existencia». Entre los transeúntes que huyen está Nicole, que el fin de semana se quedó en Lima en vez de visitar a su familia en Pisco y que, alarmada pero alerta, piensa que estará segura si ingresa a la zona de cajeros automáticos de un banco ubicado a pocos metros. No es la única que elegirá ese escondite, y Eduardo lo notará. «Una vez destruidas sus almas son convocadas / A mi prisión de odio eterna. /

Es encantador deleitarse entre las almas gritando / Que fueron destruidas en mi futuro», canta también Emperor. Minutos después, otro video grabado desde un celular mostrará a un testigo narrando que a Nicole la usaron «como escudo» y que Eduardo le disparó a media distancia sin dudarlo ni un segundo. Tres días después, luego de haber sido velada en su casa de Pisco, su ataúd será paseado por el centro de esta ciudad iqueña, luego por la comisaría, donde sus parientes exigirán justicia o protección o seguridad, y finalmente al cementerio. «Convoco las almas del macrocosmos / Ninguna edad escapará de mi cólera». Nicole apenas vivió veinte años.

Todavía no ha terminado este día pesado y caliente. Eduardo saldrá de la zona de cajeros buscando más víctimas, aún le quedan balas, aún nadie sabe cómo detener a un tipo que ha recorrido armado todo un centro comercial limeño un viernes por la noche asesinando a quien ha podido o ha querido. Entonces ocurrirá lo siguiente: Lorenzo Machaca, un joven policía nacido en Tacna que salió de la universidad en su día de descanso, caminará cerca de la zona vestido de civil cuando nota que algo raro ocurre y que hay personas escapando de una extraña amenaza. La dirá a la amiga que lo acompaña que se aleje, cogerá el arma que él también guarda en una mochila, se acercará escondiéndose detrás de unos muros que separan los carriles de la avenida, hará contacto visual con Eduardo y ambos dispararán. «Dejen su *ward* pal desenlace», había escrito este a las 3:19 de esta tarde.

Eduardo recibirá cuatro balazos —en la cabeza, en el pecho— y caerá boca abajo. No soltará el arma hasta que Lorenzo se acerque y se la quite, y no morirá sino después, camino a una clínica. Los noticieros de esa noche mos-

trarán imágenes sin editar en las que se lo ve tirado en el piso en medio de gritos y jadeos. En uno de los videos, la persona que graba con el celular acerca la toma hacia adentro del banco y enfoca el cuerpo desparramado de Nicole, que ya ha muerto. En las noticias también se verán escenas de Eduardo siendo colocado en la tolva de una camioneta policial. Ahora sí hay policías en el lugar. Días después, Lorenzo dirá: «Lo volvería a hacer mil veces».

El primer asesinato masivo cometido en Lima tendrá un final en tres tiempos. Primero, una hermana y una tía de Eduardo dirán ante una cámara de televisión —cubriéndose el rostro con las manos— que no saben qué pasó por su mente y pedirán perdón durante el entierro en un cementerio de Puente Piedra, al que no asistirán más de diez o quince personas, incluyendo a los sepultureros y los curiosos. Su madre, Olimpia, ya se enterará del asunto en su casa de Ripán. Hace ocho años había perdido a su esposo cuando este tomó veneno y se mató, y ahora ha perdido a su hijo, un asesino en masa. Es analfabeta, solo sabrá de las siguientes noticias por la radio.

Sabrás, por ejemplo, de la muerte de Martín, el segundo desenlace de esta historia. El fiscalizador que estaba orgulloso de su trabajo y que había recibido los primeros tres balazos de esa larga noche, murió por un infarto cerebral tras haber estado en coma varios días. El video que subió al Facebook el día anterior sigue allí. En el primer comentario, una mujer llamada Fátima dice: «Acabo de enterarme por el noticiero y me quedé en *shock*. Le aseguro que muchas personas estamos orando a Dios por su pronta recuperación. Usted es fuerte y muy valiente. Jefe, lo admiro mucho. ¡Recupérese pronto!». Fue escrito cuando Martín aún estaba en cuidados intensivos de una

clínica. El último comentario es de un hombre llamado Luis Alberto: «Ahora estás muerto por abusivo».

El desenlace final de esta historia involucra otra vez a Lorenzo, el policía tacneño que abatió a Eduardo. Cuatro días después del hecho, será condecorado por el Ministro del Interior y el Primer Ministro y aparecerá en las portadas de los diarios populares como el nuevo héroe de la ciudad. También será homenajeadó en Tacna, donde la municipalidad lo declarará Hijo Ilustre. Menos de un mes después, su exesposa, Karen Rojas, lo denunciará por violencia familiar. Ella contará que, dos semanas antes del crimen múltiple en Independencia, acabó su relación con Lorenzo y que este, muy alterado, le reclamó por el hijo que ella había perdido en un embarazo fallido. «Tú has matado a mi hijo, eres mala, ¡nunca lo has querido!», le gritó. Después, entre amenazas de muerte, la violó. Al terminar, le dijo: «¿Te gustó? Yo sé que te gustó», mientras guardaba la pistola que tenía en la mano, aquella con la que había apuntado a la cabeza a su exmujer mientras se bajaba el pantalón para ultrajarla, aquella con la que abatiría a Eduardo poco después, el 17 de febrero, a la misma hora de la noche en que empezaban nuevas lluvias nocturnas en la sierra del Lima y que después llegarían a la Carretera Central en la forma de un huaico que nadie sabe cómo comienza y nadie adivina hacia dónde avanza. Así funciona también el cerebro de una persona que va a matar.

«Primero aprovechó
de utilizar las
tarjetas de crédito
y débito de doña
Gaby. Compró ácido
muriático y otros
químicos caseros
y roció a su madre
con el afán de
disolverla. No lo
consiguió».





DANY SALVATIERRA
(Lima, 1980)

Graduado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Lima, donde se especializó en Cine. Se ha desempeñado como artista gráfico, director de arte, profesor de idiomas, traductor, intérprete, y DJ. Es autor de la colección de cuentos *Terapia de grupo* (2010) y las novelas *El síndrome de Berlín* (premio Luces 2012), *Eléctrico ardor* (2014) y *La mujer soviética* (2019). Fue mencionado como uno de los mejores narradores de su generación en las antologías *Selección peruana 2000-2010* y *El cuento peruano 2001-2010*. Sus textos de ficción y ensayos de opinión han aparecido en medios de habla inglesa como *The Portable Museum*, *The Buenos Aires Review* y *Hello Mr.*

Rigor mortis:
El crimen
de La Molina
o el asesinato de
Gabriela Niño
De Guzmán

DANY SALVATIERRA

El timbre sonó alrededor de la diez. Stephanie lo oyó desde el dormitorio, asustada, mientras se agitaba encima de las sábanas. Se quedó inmóvil y echó una mirada hacia el reloj. Era raro que le tocaran la puerta tan tarde. Un viejo temor la asaltó por la espalda, congelándole el resto del cuerpo en la penumbra. Tragó saliva y volvió a pensar en su madre. La última vez que la había visto estaba verde. Hacia los últimos segundos, sus ojos habían adquirido un tono lactoso, macabro, que se instaló en sus pupilas y no pudo olvidar. La piel de doña Gaby se oscureció y pareció confundirse con las placas del parquet sobre el cual se desangraba. La boca entreabierta, los dientes castañeando entre el horror y la frase que con la justas alcanzó a completar. «Soy tu madre», había dicho ella, la voz cuarteada y ronca de tanto gritar. Stephanie creyó que iba a desmayarse. Pero se tragó las lágrimas y la mantuvo inmovilizada. Del mismo modo en que ahora, dos meses después, frenaba las sacudidas de su novio. Fernando se revolvía bajo sus piernas, sudando, ajeno a sus preocupaciones, esforzándose por hacer el menor ruido posible. A veces se le escapaba uno que otro chillido. La muchacha le tapó la boca con la mano, tal como había silenciado los aspavientos de doña Gaby. La frase aún rondaba con frecuencia en su cabeza. *Soy tu madre*. Así, desde la muerte,

doña Gaby había continuado dándole órdenes. Seguiría dándoselas por el resto de sus días.

Era la noche del 8 de marzo del 2014. El corazón de Jesús colgado en la pared la miraba con un gesto profético, apenas iluminado por los postes de la avenida El Corregidor. Stephanie intentó no hacerle caso al timbre. Quiso sonreír, abandonarse a la cópula. Se mordió un labio y enterró la nariz en el cuello de Fernando. Lo abrazó, sentada a horcajadas sobre él, aferrándose a su torso adolescente. Él le correspondió con un abrazo monumental que la dejó sin aire. Estuvo cerca de quebrarle las costillas. Fernando solía actuar así, impulsivamente, ella había aprendido a aceptarlo. Incluso le sacaba partido a su ingenuidad, aun cuando no terminaba de descifrar lo que sentía por él a partir del incidente. Así llamaba Stephanie a lo que había ocurrido con su madre. *El incidente*. Y, desde entonces, el tiempo se había vuelto más corto. Ya ni sabía en qué día estaban porque todos eran idénticos, aunque grandiosos. Una vida distinta, de borrón y cuenta nueva.

Suspiró. El timbre sonó dos, tres veces más. Le dio mala espina y se persignó en silencio. Quizá venían por ella, no quería ni imaginárselo. Apúrate Fernando, apúrate. Él acabó tras un gemido corto. Stephanie apoyó las manos en sus hombros y desmontó de su cuerpo. Se puso de pie y caminó desnuda hacia el baño del primer piso. Al segundo piso mejor ni acercarse, mejor ni poner un pie en las escaleras. El hedor los ahuyentaba, así hubieran querido subir. Juntos habían hecho su nueva vida en la planta baja, pero no estaban solos. Dos huéspedes silenciosos los acompañaban en la casa, contra su voluntad, pero a ellos conviene mencionarlos más adelante. De momento, únicamente los gatos se acercaban al jardín de la

entrada, curiosos por el mal olor. Afuera, alguien tocaba la reja de metal, la misma persona que se había cansado de llamar al timbre y arremetía contra el alambrado. Stephanie se limpió el vientre y las piernas con una toalla inmundada que tiró al piso. Nunca se había ocupado del aseo de la casa, tampoco había quien lo hiciera por ella. Nadie, salvo Fernando, podía traspasar la puerta de la calle. Había que tener cuidado, guardar las apariencias. Su plan marchaba de maravilla.

La muchacha se lavó la cara y se observó coqueta en el espejo del baño. Comenzó a ensayar poses, sonriendo, batiendo su largo cabello hacia los costados, en plan diva de televisión, modelando para una cámara de mentira. No sospechaba que al día siguiente las cámaras de verdad se abalanzarían sobre ella y tendría que cubrirse el rostro, por mucho que quisiera enseñarlo. Atractivos le sobraban en cantidad. Por fin había podido teñirse el cabello, se lo retocaba y alisaba varias veces a la semana en la peluquería de su barrio. El dinero ya no era un impedimento. Stephanie tomó su celular de último modelo, adquirido recientemente, y apuntó la cámara hacia el espejo. La luz fantasmal del fluorescente acentuaba sus pómulos y hacía brillar el contorno de sus hombros desnudos. Se gustaba a sí misma, no se veía distinta a las celebridades de los *realities* que se transmitían a la hora de almuerzo. Con esa luz hasta podría tomarse una foto para el Facebook. Apretó el disparador.

Clic.

María Stephanie Tejada Niño de Guzmán tenía catorce años, pero aparentaba muchos más. De tez trigueña y estatura media, en las fotos que colgaba en las redes se la ve siempre erguida, inclinada hacia delante, sacando par-

tido de los atributos que a tan corta edad ya rebalsaban su figura. El pelo, rematado con un cerquillo estilizado sobre la frente, le llegaba hasta la mitad de la espalda. Posaba delante de los espejos con los dedos extendidos, en un gesto de victoria, sonriendo o con la lengua afuera, un aspecto clave para entender su personalidad volátil e interpretar la conducta que exhibió después. Sus ropas eran siempre escotadas, *jeans* ceñidos, camisetas cortas, sin mangas, que dejaban el vientre al descubierto. El clima de La Molina jugaba a su favor, incluso en los días más crudos del invierno.

La casa de dos pisos, de paredes amarillas y ventanas alargadas de marcos redondos, aún se ubica en una esquina de la Alameda del Corregidor, manzana O, lote 10, en la urbanización Los Girasoles. Gruesas barras de metal recubren las ventanas y la puerta principal de madera, como en todas las casas de Lima, aunque dicha protección suele resultar inútil para la mayoría de asaltantes. Por el oeste, limita con un callejón asfaltado desde el cual se divisan las ventanas de la habitación de Stephanie, en la segunda plata. Allí, la sangre de doña Gaby estaba todavía fresca en las paredes. El inmueble era propiedad del padre de Stephanie, don José Tejada Ramírez, de ochentainueve años de edad y víctima de alzheimer.

De pronto sonó el teléfono. Stephanie dio un respingo y el celular se le cayó de las manos. No volvió a cogerlo. Avanzó de prisa hacia el dormitorio y, a mitad de camino, vio a Fernando de pie junto a la mesita de la sala, descalzo, vestido solo con los pantalones. Mordiéndose una uña, observaba el teléfono que no paraba de repicar. Tenía la expresión de niño indeciso, apocado, que había conmovido a Stephanie desde el momento en

que lo conoció, casi ocho meses atrás. El muchacho sabía acatar sus decisiones, pero ella, por si acaso, le repitió la advertencia.

—No contestes.

—Ya lo sé —respondió él, despacio, sin mirarla.

A Fernando le costaba trabajo contemplar a su novia. Su imagen seguía haciéndolo desfallecer. Un espasmo eléctrico le recorría la espalda con solo verla, una dosis de furor lo agitaba entero y lo embriagaba. La ansiedad lo acompañaba las veinticuatro horas del día, sediento del olor y del tacto de la joven que, desnuda, le daba órdenes desde el pasillo. Entonces giró la cabeza hacia ella. Stephanie tenía las manos puestas en la cintura y el ceño fruncido, ambos gestos de doña Gaby. Fernando, en silencio, volvió a preguntarse qué era lo que una muchacha como ella había visto en alguien como él.

Fernando Jesús Lozano, de dieciséis años, aún recordaba la primera vez en que vio a Stephanie, en abril del 2013. Se habían conocido en el colegio Sigma de La Molina, donde ambos estudiaban, apenas iniciado el año escolar. Él cursaba en cuarto de secundaria, ella el segundo. Stephanie había sido recientemente transferida de otro colegio, por razones que todavía se desconocen. Don José, el padre de Stephanie, declararía después ante las cámaras de televisión que su hija era «la primera alumna del curso, todos los años, en todas las materias». Sin embargo, las libretas de notas de distintas instituciones, exhibidas como pruebas de la policía, revelan que Stephanie cambiaba de colegio constantemente. ¿Se debía acaso, a problemas de conducta?

En 2013, Fernando todavía estaba en cuarto de secundaria, y pensó que la chica era inalcanzable. Por su

apariencia creyó que era mayor que él, que quizás cursaría el quinto grado, pero no el segundo. La apretada blusa y la minifalda del uniforme escolar dejaban entrever un cuerpo generoso, bastante desarrollado para su edad. La cortina de pelo extenso y liso y sus enormes ojos negros eran iguales a los de sus heroínas predilectas, las adolescentes del *manga*, esos comics japoneses que él consumía con fervor, repletos de lolitas en microuniformes de marinero, propensas a humillar a los *nerds* de la clase, o a ser violentadas por monstruos de mil tentáculos que les arrancaban la ropa y dejaban poco a la imaginación. Fernando se encontró de pronto viviendo un episodio de *anime*, la típica historia del perdedor del salón que comete el error de fijarse en una diosa, una *magical girl* con superpoderes, de esas que nadie sabe de dónde salieron pero que guardan una identidad secreta, la cual sale a la luz al cabo de una transformación multicolor, listas para luchar por el amor y la justicia. Existen dibujos de ello. La prensa sacó a la luz un cuaderno suyo, en el que Fernando se dibujó a sí mismo y a Stephanie como personajes de *manga*, dándose un casto beso en los labios.

Stephanie retrocedió hasta el cuarto y empezó a vestirse. Fernando, a su vez, notó que su celular repicaba en el bolsillo de su pantalón.

—Es mi viejo —anunció.

—Ándate si tienes que irte —respondió ella—. Yo voy a chequear arriba.

A Stephanie las llamadas y el timbre la habían dejado nerviosa. Creyó que quizá se había olvidado de apagar la luz en la planta alta, o que el olor no se estaba distribuyendo bien. Los gatos maullaban a lo lejos, desde la calle, sus siluetas recortadas en las sombras de las cortinas de la sala.

El asunto del teléfono lo había resuelto sin problemas. Los que llamaban siempre eran sus tíos, los hermanos de su madre. Ella les respondía que doña Gaby estaba descansando, o que estaba en un retiro espiritual, o en casa de una amiga, o que su celular estaba sin batería. Llevaba cincuenta y seis días inventando excusas. Confía en que se cansarían de llamar o que asumirían que su madre, sencillamente, no quería ver a nadie. Ellos sabrían entender. Para nadie era un secreto que Stephanie y doña Gaby se llevaban fatal. Las peleas que sostenían con frecuencia las agotaban al extremo de que ninguna de las dos tenía ganas de contestar el teléfono por varios días.

—¿Te acompaño? —susurró Fernando.

—No. Quédate si quieres.

Stephanie prefirió subir sin él. Sabía de sobra que su novio solía complicarlo todo, además el olor era bastante intenso. Fernando advirtió el hielo en sus palabras y se limitó a obedecer. Se puso la camiseta y le envió un mensaje de texto a su padre, Walter Lozano, prometiéndole que pronto estaría de vuelta en casa. Su padre no se andaba con rodeos, era mejor responderle de inmediato. Si no hubiese sido por don Walter, es posible que *el incidente* jamás hubiera ocurrido. Fue su padre quien había tocado el timbre de la casa, aquel fatídico día. Había ido a buscarlo y quiso la mala suerte que doña Gaby le abriera la puerta. Mi hijo está arriba, había dicho, alarmado, las llaves del automóvil en la mano, dispuesto a huir con el muchacho en caso de que fuera necesario. Doña Gaby no había podido seguir escuchándolo. Sus uñas se clavaron en el marco de la puerta que sostenía, el aire dejó de circular en sus pulmones, la cabeza estallando en llamas por la brutal revelación que don Walter acababa de hacerle:

—Mi hijo está arriba, en el dormitorio de su hija.

Lo primero que hizo Stephanie, antes de subir, fue comprobar que el ventilador del pasillo siguiera funcionando. Se trataba de un ventilador viejo, pequeño, que acostumbraba atascarse. Fernando lo había puesto allí para combatir la pestilencia que bajaba del segundo piso. Stephanie le dio un puntapié y el ventilador volvió a girar. *Run-run-run*. La muchacha se tronó los dedos e inició el ascenso por las escaleras. El mismo recorrido que había hecho doña Gaby luego de enterarse de que su hija tenía escondido a Fernando desde sabía Dios cuándo. Stephanie recordó aquella subida como muchas otras. Había nacido y crecido en la casa de Los Girasoles, había corrido escaleras arriba infinidad de veces, con la mejilla hinchada por algún bofetón de su madre. La muchacha era la única que dormía en la planta alta. Doña Gaby se había instalado abajo, en un dormitorio contiguo al jardín trasero, a causa de la enfermedad de su esposo.

Cuando terminó de trepar los peldaños, Stephanie encendió la luz del pasillo. No pudo evitar una arcada y se cubrió la nariz con el brazo. El hedor era casi físico, un puñetazo en las vísceras. Se aferró a la pared y sintió que se le venía la hamburguesa que había devorado un par de horas antes. Los amantes solo consumían *fast food*, poseían medios de sobra para hacerlo y además cocinar en ese ambiente tugarizado era impensable. Con los ojos húmedos, afligidos por la fetidez, la muchacha tomó fuerzas, reteniendo el aire en sus pulmones. Introdujo la mano en la entrepierna y de su pubis extrajo la única llave de la habitación. Temblando, abrió la puerta. Una mescolanza pútrida de ácido, fluidos corporales y carne descompuesta la absorbió de pies a cabeza. Ella no pudo más

y se tragó el bolo de vómito que irrumpió en su paladar. La habitación estaba a oscuras, no se había equivocado. Tosió un par de veces con el aliento amargo, contaminado de sus jugos gástricos.

Entonces encendió la luz.

Las paredes eran moradas, un color escogido por ella desde la niñez. El desorden se acumulaba al centro de la pieza: papeles, cajas de cartón, ropa desparramada encima del colchón desnudo, al que los amantes habían quitado las sábanas. Los libros que Stephanie leía al momento del *incidente* aún permanecían revueltos en la mesa de noche. Un ejemplar de *Soltera codiciada* de María José Osorio, sobre una Biblia de pasta dura y letras grabadas en tinta dorada, seguramente un regalo de cumpleaños de doña Gaby. Un rosario y varias estampitas de santos que quizás solo estaban de adorno y nunca acogieron plegaria alguna. A la derecha, un cuadro de marco también dorado, el Señor de los Milagros, el cristo perdido en sangre. A un costado de la cama, echado en el piso, había un cuerpo ennegrecido. Tenía el rostro cubierto por periódicos y bolsas negras de basura, flanqueado por frascos y frascos de desinfectantes, aerosoles y productos químicos dispuestos como velas de un funeral.

Lo que quedaba de su madre. Es decir, lo que no habían conseguido desintegrar.

En vida se llamó Vylma Gabriela Niño de Guzmán la Rosa. Antes de morir había cumplido sesentaitrés años. Al comienzo de las investigaciones, hubo gran confusión acerca de su verdadero parentesco con Stephanie. Unos vecinos, entrevistados a la volada, aseguraban que doña Gaby era su madre adoptiva, quizá extrañados por la abismal diferencia de edad y por el hecho de que la señora pa-

recía ser su abuela. También por la cantidad de oportunidades en que las vieron discutiendo en la calle. No podía ser posible que madre e hija se insultaran de esa forma, qué tal lisura, seguro que la chica fue una recogida. Doña Gaby la crio desde pequeña, juraban los chismes del barrio. Lo cierto es que, telenovelas aparte, Stephanie sí era hija suya. La familia declarararía que doña Gaby, al poco tiempo de contraer nupcias con José Tejada Ramírez, se había sometido a un largo tratamiento médico para poder quedar embarazada. Le realizaron una fecundación in vitro y finalmente se convirtió en madre a los cuarentainueve años, casi de milagro. La historia adquiere tintes cinematográficos si pensamos en esas películas de científicos que manipulan la naturaleza y trasplantan órganos a su antojo, jugando a ser Dios, sin imaginar su castigo. La creación de un monstruo.

En la primera planta, Fernando terminaba de enviar el mensaje de texto a su padre cuando escuchó el grito de su novia.

—¡Ven, ayúdame!

Él se dirigió escaleras arriba, a toda prisa. Tal vez creyó que doña Gaby había resucitado, como los villanos de los *animes*, y que ahora atacaba a la muchacha. En el pasillo tuvo que frenar la velocidad ante el miasma que se le metió en las narices. Buscó un trapo al azar y se lo enrolló alrededor de la nariz y la boca. Al entrar al cuarto vio a Stephanie arrodillada frente al cadáver, jaloneándolo de las piernas. Meneaba las caderas ampulosas y por un minuto se rindió al hechizo de observarla. Sus glúteos parecían violentar la curva trasera de sus *jeans*.

Ella volteó y entornó los ojos, exasperada.

—¿Qué haces ahí parado? ¡Ayúdame a levantarla! ¡Tú tienes más fuerza!

Era verdad. Fue por ella que Fernando se había aventurado a hacer cosas ajenas a su carácter introvertido. Por ella había aprendido a tocar la guitarra y a montar una banda en su colegio. En un video lo vemos sonriendo en un tabladillo, guitarra en mano, interpretando un tema de Andrés Calamaro durante una actuación escolar. «Flaca / no me claves / tus puñales / por la espalda», decía la letra de la canción, ahora profética. Fue por Stephanie que empezó a hacer ejercicios para engrosar los músculos, temeroso por perderla. Fernando creía que su novia se fijaría en alguien más cercano a ella, un brontosaurio de brazos inmensos, otro superhéroe *manga*, y él no iba a permitirlo. Bastante había sufrido por conservarla a pesar de su inmadurez, de sus rabietas y escenas de celos, de su necesidad de estar constantemente a su lado, de los mensajes de voz que le enviaba a altas horas de madrugada. «Tu frialdad es por alguna cosa que puedo entender... Te digo que te amo y me respondes con un simple O.K.» susurraba él, en un mensaje grabado a las seis de la mañana, difundido por la policía. En otro video lo vemos sentado en un parque frente a la casa de Stephanie, al amanecer, montando guardia, contando las horas para verla. Allí Fernando se graba a sí mismo diciendo: «¿Qué horas serán? [...] Es el amor de mi vida, mi razón de ser... Ella me hace ser una mejor persona». Por eso, el muchacho entrenaba con ahínco y cargaba mancuernas en su mochila. Precisamente, fue una mancuerna la que, según los forenses, asestó el golpe mortal en la cabeza, de doña Gaby.

Al producirse el crimen, dos teorías señalaron a ambos adolescentes por separado. Ni las pesquisas de la policía, ni la prensa, ni la opinión pública podían determinar cuál de ellos ultimó a la víctima. Como era de esperarse, la familia de Stephanie identificó a Fernando como el único autor del crimen. La familia de Fernando, a la inversa, clamó su inocencia e incriminó a Stephanie. Sin embargo, los dos testimonios coinciden en los preliminares del asesinato, cuando el padre del muchacho tocó la puerta de la casa y doña Gaby, furibunda, se retiró hacia el segundo piso y sorprendió a los amantes.

El incidente había sucedido dos meses antes, la noche del 11 de enero del 2014. A comienzos del verano, la ciudad permanecía aletargada, fresca por las recientes festividades de fin de año. A las once de la mañana, Stephanie había hecho ingresar a Fernando a escondidas. Lo condujo hasta su dormitorio, aprovechando que su madre y una tía se encontraban ocupadas en la cocina. Allí hicieron el amor hasta el cansancio. Muchas horas más tarde, Fernando empezó a inquietarse, pues no veía la manera de salir. La tía se quedó hasta el anochecer y doña Gaby la había despedido alrededor de las ocho. Fue entonces cuando Stephanie volvió a bajar las escaleras para comprobar si había moros en la costa. Su novio, fiel a su carácter impulsivo, le envió un mensaje de texto a su padre desde el dormitorio. Don Walter Lozano se hizo presente de inmediato en su automóvil, alertado por la extraña misiva. Sin esperar a que Fernando bajara (¿su instinto de padre le hizo presentir el peligro?), llamó al timbre. Stephanie huyó de regreso arriba. Al abrir la puerta de la calle y escuchar a Walter Lozano, Doña Gaby se puso de todos los colores. No, Stephanie no puede ser tan desgrampada,

pensó, rechinando los dientes. No puede meter aquí a un hombre, no a ese «vago», como solía llamarlo, según los mensajes de voz de Fernando. Tenía que verlo con sus propios ojos. Así fue. Dejó al padre esperando afuera, subió corriendo y entró al dormitorio. Los adolescentes, por fortuna, estaban vestidos, aunque no había que ser tonta para imaginarse lo que había ocurrido entre ellos. Doña Gaby se lanzó sobre la muchacha. La propinó de insultos, golpes. Forcejearon. Fernando trató de intervenir y la señora se le echó encima. Intentó contenerla pero ella, de estatura baja y corpulenta, no se aminoró. Ganó terreno en su ataque y le enterró la uñas en el brazo.

Es allí donde los testimonios toman rumbos distintos.

En la versión de Stephanie, fue Fernando quien, sin pensarlo dos veces, extrajo la mancuerna de su mochila y golpeó a su madre en la cabeza dos, tres, cuatro, muchas veces, hasta matarla.

En cambio, la versión de Fernando es más extensa y elaborada. Según él, Stephanie agarró una varilla de metal, de esas «de construcción» (¿de dónde salió? ¿qué hacía en el dormitorio?). Dijo que la muchacha inmovilizó a su madre a varillazos mientras le gritaba «Vas a morir, perra». Luego, con escalofriante determinación, hundió la varilla en el ojo izquierdo de doña Gaby, provocándole la muerte. Pero la perforación del globo ocular nos sigue sonando a recurso de película *gore* de serie B.

Sea como fuere, ambas versiones cierran con el mismo epílogo. La señora se desplomó y quedó de espaldas al piso, al costado derecho de la cama. Allí, el cadáver todavía continuaba descomponiéndose, a merced de las moscas. La falta de información nos impide determinar lo que realmente ocurrió esa noche. Ambas versiones

concuerdan en que, al consumarse el crimen, Fernando fue al baño a lavarse las manchas de sangre. Al poco rato, los adolescentes bajaron juntos y comparecieron ante el padre de Fernando. ¿Supo don Walter que algo tremendo acababa de sucederles, con solo verlos de pie allí, pálidos, desencajados, presas del nerviosismo? El caso es que Fernando y su padre treparon en la camioneta y retornaron a su casa, como si nada. Por la manera en cómo sucedieron los hechos (y también por el perfil psicológico de Stephanie) me atrevería a asegurar que en aquel momento solo el muchacho se encontraba petrificado. Ella, posiblemente, permaneció tiesa, inmutable, conservando el temple de hierro que había heredado de su madre. Quizás don Walter pensó que los chicos habían discutido, como solían hacerlo, y no les dijo más.

Tras la partida de su novio, Stephanie cerró la puerta y convivió cinco días con el cadáver. Había demasiado por hacer. En apariencia, la muchacha intentó deshacerse del cuerpo por sí sola. Primero aprovechó en utilizar las tarjetas de crédito y débito de doña Gaby, y consiguió apropiarse de cuarentainueve mil soles en efectivo. Compró ácido muriático y otros químicos caseros, y roció a su madre con el afán de disolverla. No lo consiguió. En el ínterin se puso en contacto con un primo de Fernando, vía mensajes de Facebook, porque no podía llamar directamente a su novio por el celular. Al primo le inventó una ficción que echaba mano del melodrama. Le escribió contándole que estaba embarazada de Fernando («ya tuvimos un aborto anterior»), que su madre la había echado de la casa tras pegarle una paliza, que estaba ensangrentada y adolorida («aggh, no siento mis dedos»), que se había escondido en el garaje («mi tía me dejó pasar pero no

tengo la llave») y que necesitaba que Fernando viniera por ella. Por favor, por favor, suplicaba. Stephanie declararía después que fue Fernando quien compró el ácido muriático, por cuenta propia. Sin embargo, el muchacho se había demorado cinco días en volver. ¿Qué había hecho Stephanie con el cadáver durante todo ese tiempo? Y sobre todo, ¿cuál de los dos decía la verdad?

Al resumir estos testimonios, no puedo dejar de pensar en un episodio de la serie antológica *American Horror Story*, creada por Ryan Murphy. En la séptima temporada, emitida en 2017 e influenciada por la victoria de Donald Trump, un joven psicópata de extrema derecha conserva a sus padres muertos en una habitación. Su hermano, médico de profesión, lo convence de dicha idea. «¿Acaso no has oído hablar del impuesto por fallecimiento?» le increpa, refiriéndose a las argucias legales de las aseguradoras, que en lugar de transferir el dinero de las pólizas a los familiares se quedan con un buen porcentaje y, de paso, con las propiedades. «A la larga, sale más caro morir que seguir viviendo», le explica el hermano. Su plan, más elaborado que el de Stephanie, consiste en esparcir cal viva sobre los cadáveres y sellar los extremos de las puertas y ventanas con toallas, para permitir que los muertos se descompongan naturalmente, con el tiempo, «como en un mausoleo». ¿Leyeron los guionistas las noticias internacionales y se inspiraron en Stephanie?

En nuestro capítulo de Ryan Murphy a la peruana, la precipitación del crimen y la falta de experiencia de los homicidas adolescentes les impidieron tomar en cuenta estos pequeños detalles. Stephanie creyó que solo el ácido muriático sería capaz de pulverizar a su madre (¿tal vez vio aquel capítulo de *Breaking bad*?) y tampoco se le

ocurre sellar puertas y ventanas. Se encarga, sí, de ventilar el ambiente, aunque el ventilador del pasillo no hace gran cosa. En los días siguientes compra insecticidas en aerosol para espantar a las moscas y hormigas gordas que, como en *Cien años de soledad*, ya empezaban a devorar el cadáver. Al ser rociado con tanto ácido e insecticida, el cuerpo de doña Gaby va perdiendo forma y se torna una masa gelatinosa, negra, pero Stephanie ni siquiera se desespera. Contagiada por el derroche del dinero en efectivo, se ocupa más en su apariencia personal, en adquirir un celular nuevo, en comprar ropa y zapatos que no llegaría a ponerse. Así trascurrieron dos meses más. A Stephanie no le importaba vivir con un muerto.

En la víspera de ser descubiertos, la última noche que pasaron juntos, Fernando obedeció las órdenes de su novia y se arrodilló frente a las piernas de doña Gaby. La muchacha tomó al cadáver de los brazos e intentaron levantarla juntos. Fue inútil. La cabeza de doña Gaby se había adherido al parquet, a causa de los químicos y del pelo chamuscado. Después de luchar por unos minutos, los adolescentes se sentaron en el suelo, exhaustos.

—Qué raro —se quejó él—. Antes no pesaba así.

—No seas imbécil —respondió ella, exasperada—. Es por el *rigor mortis*.

Fernando la miró por encima de sus rodillas, los ojos inyectados de rabia. *Rigor mortis*. Tal vez le hubiese gustado eliminar a su novia, en vez de a la madre. Los audios de su celular dan pie a sospechar de ello, al igual que las declaraciones de don Walter. «La chica tenía problemas de conducta», declararían el padre de Fernando ante las cámaras. «Le ordenamos que terminara con esa relación». Es posible que se refiera a las infidelidades de Stephanie,

de las cuales su hijo, según don Walter, estaba al corriente. «Hay algo que voy a hacer, y que quizá no te guste, pero lo voy a hacer», dice Fernando en un audio que le envió a su novia, con la voz rígida, esquizoide. «Voy a matarlo. Voy a matarlo. Espero que me apoyes. Eres lo único que tengo ahora». ¿Se refería a una tercera persona? ¿Alguien con quien Stephanie le fue infiel? La amenaza de un crimen perpetrado por ambos es mencionado claramente, meses antes de lo sucedido con doña Gaby.

La muchacha percibió el malestar de Fernando. Se acercó a corregir su error y le dio un beso en los labios. Luego lo cogió de la mano. Para Stephanie, todo se resumía en darle órdenes.

—Ven, hay que terminar de pintar la pared.

Se refería a la pared derecha de la habitación, salpicada por la sangre de doña Gaby. Pintarla de negro fue idea de Stephanie, pero solo alcanzaron a cubrir menos de la tercera parte. Aún se distinguen los breves brochazos de pintura que realizaron, tal vez, entre risas y arrumacos.

—No puedo —se lamentó Fernando—. Le dije a mi papá que ya estaba yendo para allá.

—Entonces mañana.

—Ok. Mañana.

—También tenemos que pensar en lo de Cieneguilla, como acordamos.

—Sí, sí. Yo me encargo.

Era última parte del plan macabro de Stephanie. Al no poder desaparecer el cadáver, había decidido juntarse con algunos amigos del colegio para que la ayudaran a transportar el cuerpo y enterrarlo en un descampado de Cieneguilla. La identidad de los posibles cómplices permanece en secreto hasta el día de hoy, por tratarse

de menores de edad, aunque la fiscalía tampoco realizó acusaciones a terceras personas. En su momento se habló mucho de una cómplice, amiga de Stephanie, y de otro muchacho amigo de Fernando, quien incluso se presentó en bicicleta al día siguiente, cuando los cogió la policía, paseándose como Pedro en su casa, sin ser investigado.

El celular de Fernando volvió a sonar en el bolsillo de su pantalón. No contestó porque sabía que era su padre. Se despidió rápidamente de Stephanie. Se abrazaron con las justas, un beso accidental pero apasionado, el choque de ambas dentaduras, la mano de él repasando los ángulos de una anatomía que juró que le pertenecería para siempre. El muchacho se fue. Ninguno de los dos reparó en que aquel beso que se dieron en el pórtico era el último que habrían de darse. No volverían a verse hasta un mes después, cuando, ya reclusos, regresaron a la vivienda en caravana policial para la reconstrucción de los hechos, acompañados por un fiscal. Para entonces ya nada volvería a ser igual. El abismo que los separaba habría de tornarse en un precipicio más profundo que las fisuras en el cráneo de doña Gabriela Niño de Guzmán.

El amanecer del 8 de marzo del 2014 sorprendió a Stephanie despierta. Ese domingo, la muchacha cumplió cincuenta y siete días conviviendo con dos cuerpos inertes, uno muerto y rancio en la planta alta y el otro consumiéndose en vida, junto al jardín. Ella, a pesar de todo, extrañaba a Fernando. El mal presentimiento la consumía y la irritaba, dio vueltas en círculos por la sala, subiendo y bajando las escaleras, revolviendo los cerros de ropa nueva, todavía con etiquetas, metida en las bolsas de las tiendas donde las había adquirido. Las docenas de cajas de zapatos permanecían en el clóset con las suelas

inmaculadas, sin estrenar. Stephanie estaba tan aburrida que hasta se aventuró a recorrer el patio trasero y echarle un ojo a su padre, a quien no había visto desde el viernes. O desde el jueves, no lo recordaba bien. Sin tocar la puerta, ingresó a la habitación ubicada junto a la cocina.

Allí el olor era menos pútrido, aunque Stephanie se cubrió la nariz de todas formas. La fetidez era una mezcla de transpiración, comida descompuesta y humores corporales. El olor de la decrepitud. Don José, su padre, yacía inmóvil en su silla de ruedas. El anciano tenía la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta, las manos desparramadas a ambos lados, las uñas largas e inmundas, el cabello y la barba kilométricos, cual mago medieval. Un ogro, tal vez, por la apariencia, por la piel amarillenta y los dientes en mal estado. Estaba desnudo excepto por un pañal de plástico para la incontinencia. Sus heces resacas se habían filtrado hasta el cojín del asiento y el vaho retorció el estómago de su hija. Al fondo, la cama matrimonial en la que aún descansaba el pijama de doña Gaby y, al pie, sus pantuflas. Stephanie se aproximó a su padre y le tocó el rostro para comprobar si todavía vivía. Pensó que sería más fácil que él también estuviera muerto, así los enterraba a los dos por igual en Cieneguilla. Recorrió sus dedos por los labios resacas, asqueada.

Le dio un empujón en el hombro.

Nada.

Otro empujón y el anciano despertó con un ronquido.

José Tejada Ramírez había sido capitán de infantería del ejército peruano en su juventud, antes de sus segundas nupcias con la madre de Stephanie. De carácter indómito, tras darse de baja de la institución había pasado a ocupar un cargo en el área de relaciones públicas de la

Municipalidad de Lima. Escaló en rango y llegó a ejercer como Director de Obras Públicas. Según los partes policiales, fue en el municipio donde conoció a doña Gaby, quien era veintiséis años menor que él y trabajaba como su secretaria, otra historia de telenovela. Hacía un lustro que le habían diagnosticado el alzheimer. Su salud se había deteriorado abismalmente después el crimen. Sin los cuidados de su esposa, don José zarpó directo hacia la demencia. Stephanie, al principio, se ocupaba de él cuando se acordaba. Luego, tras cobrar el dinero y derrocharlo a su antojo, terminó por olvidarse de él. Así lo encontró su hija esa mañana, traspuesto, casi momificado.

A pesar de sus lagunas, don José se alegró al verla, aunque la confundió.

—Gab... Gabicita...

—Soy yo, papá.

—Gabicita...

—Soy yo, Stephanie.

—¿Q-quién?

—¿Tienes hambre?

—...

Stephanie le aventó un paquete de galletas en el regazo y salió de la habitación. Afuera ya había aclarado. Recordó el delirio de los primeros días, le pareció entrever la silueta de Fernando en el sillón, como cuando hacían el amor ahí mismo, en la sala, o en la escalera, abstraídos por el paroxismo de sentirse solos por primera vez. Se amaban en todas las habitaciones, excepto en la pieza del *incidente* y en el cuarto trasero en el que languidecía don José. ¿Cómo así lograron retozar tantas veces, entre la pestilencia y la cercanía de un cadáver? Aquello escapa a mi imaginación. Lo cierto es que, al margen de la sangre

fría de ambos adolescentes, el plan de Stephanie hacía agua por todos lados. Su captura era inevitable.

Los primeros en darse cuenta de que la casa ocultaba algo escabroso fueron los vecinos. Conocían de lejos el carácter autoritario de doña Gaby. No era extraño verla casi todas las mañanas podando el césped, o discutiendo con su hija en la puerta. Más extraño aún era que, de la noche a la mañana, el jardín se hubiese convertido en una jungla de maleza. Además, los hermanos de doña Gaby permanecían al acecho, alarmados por no tener noticias suyas. Aunque, de acuerdo con los cuchicheos de la prensa, se trataba de un interés maquillado. Se rumoreaba que la familia sabía que doña Gaby tarde o temprano heredaría las propiedades y el dinero de la jubilación de su esposo. Hacía rato que don José estaba con un pie en la tumba, a causa de su edad avanzada y del alzheimer.

Fueron los miembros de dicha familia quienes llamaron al timbre y al teléfono la noche anterior. Y fueron ellos quienes, finalmente, dieron parte a las autoridades. El primer patrullero apareció en la casa a las ocho de la noche. Stephanie, harta de deambular por la casa, estaba sentada en el sofá. Enviaba mensajes por Facebook a sus compañeros de clase, intentando convencerlos de transportar el cadáver de su madre al día siguiente, aprovechando que las clases en el colegio todavía no habían empezado. Se desconoce si la muchacha había quedado en verse con Fernando, si él había planeado en visitarla esa noche o si escapó por la ventana. Cuando llegó la policía, solo hallaron a Stephanie.

El timbre la cogió desprevenida. El ruido estalló al centro de la sala y le heló los huesos, agitando los cuadros de pasajes bíblicos con una descarga fatídica. Stephanie

notó, a lo lejos, el resplandor de las luces rojas y azules de un patrullero que alumbraba el pasillo. La calle parecía una fiesta. Hasta sus oídos llegaron los gritos de la muchedumbre, los golpes en las rejas, los maullidos de los gatos callejeros que huían a buscar refugio. Ella corrió de un lado para el otro hasta que se calmó. Comprendió que no valdría la pena escapar. Descorrió el cerrojo y abrió lentamente la puerta de la sala. Felizmente aún no llegaban las cámaras de televisión. Al menos tendría tiempo de retocarse el cabello. Además, su mente divagaba en una laguna de ingenuidad juvenil. Se le ocurrió que los policías no darían nunca con el cadáver. Su habitación estaba cerrada y ella tenía la única llave. Pero sus fosas nasales ya se habían acostumbrado a respirar el aroma de la muerte, y no contaba con que la fetidez era aún mayor a la que esperaba.

—¿Stephanie Tejada? —chilló un oficial por el megáfono—. Tenemos una orden para entrar.

Ella retrocedió. Se hizo a un lado y los dejó pasar, incapaz de ocultar su nerviosismo. Los policías ingresaron en tropel y al instante se cubrieron las narices con pañuelos. Stephanie cerró los ojos, pegada a la pared. Revivió la agonía de su madre, la noche en que la habían asesinado. La sangre desparramada en el suelo, aquel manantial que no tenía cuándo acabarse. La expresión de horror y asco de doña Gaby, la repulsión por haber criado a un íncubo de cuernos imaginarios. Sus llantos iracundos que se tornaban ásperos y desaparecían en alaridos cortos. Y el miedo, el miedo instaurado en sus ojos, el miedo que estuvo a punto provocarle un paro cardíaco, a mitad de la matanza. El miedo con el que Stephanie ahora se tapaba las orejas para no oír los gritos de sus tíos, quienes

la samaqueaban del brazo, preguntándole dónde estaba su madre. Ella se quedó callada, de la pura impresión. Al comienzo, por la fetidez del pasillo, los hermanos de doña Gaby pensaron que el cadáver estaba enterrado en el patio trasero. Trataron de abrir la cisterna subterránea, tapizada bajo un bloque cemento. Pero se dieron de bruces con la habitación de al lado y allí, para su sorpresa, encontraron al anciano roncando en la silla de ruedas. Los policías ya habían visto demasiado. Tomaron a Stephanie por los brazos, la escoltaron hasta la segunda planta y le ordenaron que abriera su habitación. Ella, tras agotar las excusas, accedió por fin y metió la mano en su ropa interior para extraer la llave.

El verdadero calvario lo vivió don José. Lo sacaron como estaba, semidesnudo, los ojos abiertos como platos, cargado en andas por cuatro efectivos policiales. «Quítenme la cámara, carajo», alcanzó a gruñir, en un atisbo de lucidez. La prensa lo atropellaba poniéndole micrófonos al paso, regodeándose en su miseria. Después de los interrogatorios lo condujeron de vuelta a la casa, donde la familia Niño de Guzmán prácticamente lo secuestró por varias semanas. Desaparecieron su DNI y quemaron las escrituras de propiedad, en su afán por adueñarse del inmueble. Finalmente, un hijo de su primer matrimonio movió cielo y tierra para rescatarlo. Declaró que no le importaban los bienes materiales, él tan solo quería recuperar a su padre. Tuvo que pedir ayuda a la fiscalía e ingresar acompañado por la policía. Sacaron por segunda y última vez a don José en andas, en la oscuridad. «Hay un apagón en la cuadra», dijeron los tíos de Stephanie, mintiéndole a la prensa. En realidad la casa estaba a oscuras porque la muchacha, en su delirio de despilfarro, se había olvidado

de pagar la cuenta de la luz. El pobre anciano fallecería cuatro meses después, el 9 de julio, el día en que Stephanie cumplía los quince años en un reclusorio. Hasta su muerte siguió proclamando la inocencia de su hija.

La fiscalía no dio su brazo a torcer. Una vez realizado el examen de necropsia, se dictaminó que doña Gaby no había fallecido por un traumatismo encéfalo craneano, como se creyó al principio, sino por una fractura del hueso temporal izquierdo, es decir, por los golpes que recibió en la cara con la mancuerna. Los forenses tampoco hallaron la supuesta punción en el ojo del cadáver, y la varilla de metal nunca fue encontrada. Aquello liquidó de arranque la declaración de la muchacha y parte del testimonio de Fernando.

El juicio concluyó el 19 de octubre del mismo año. Arrojó un veredicto: Fernando se había limitado a sujetar los brazos de la víctima, mientras su novia le aplicaba el golpe mortal de frente, y no por la espalda. La fiscalía declaró culpable a Stephanie por el asesinato en primer grado de doña Gabriela Niño de Guzmán, y acusó a Fernando de ser el cómplice primario. Como en el Perú los menores de edad no pueden ser procesados por instancias mayores, Stephanie fue sentenciada a seis años de reclusión en un centro juvenil y Fernando a cuatro años y medio.

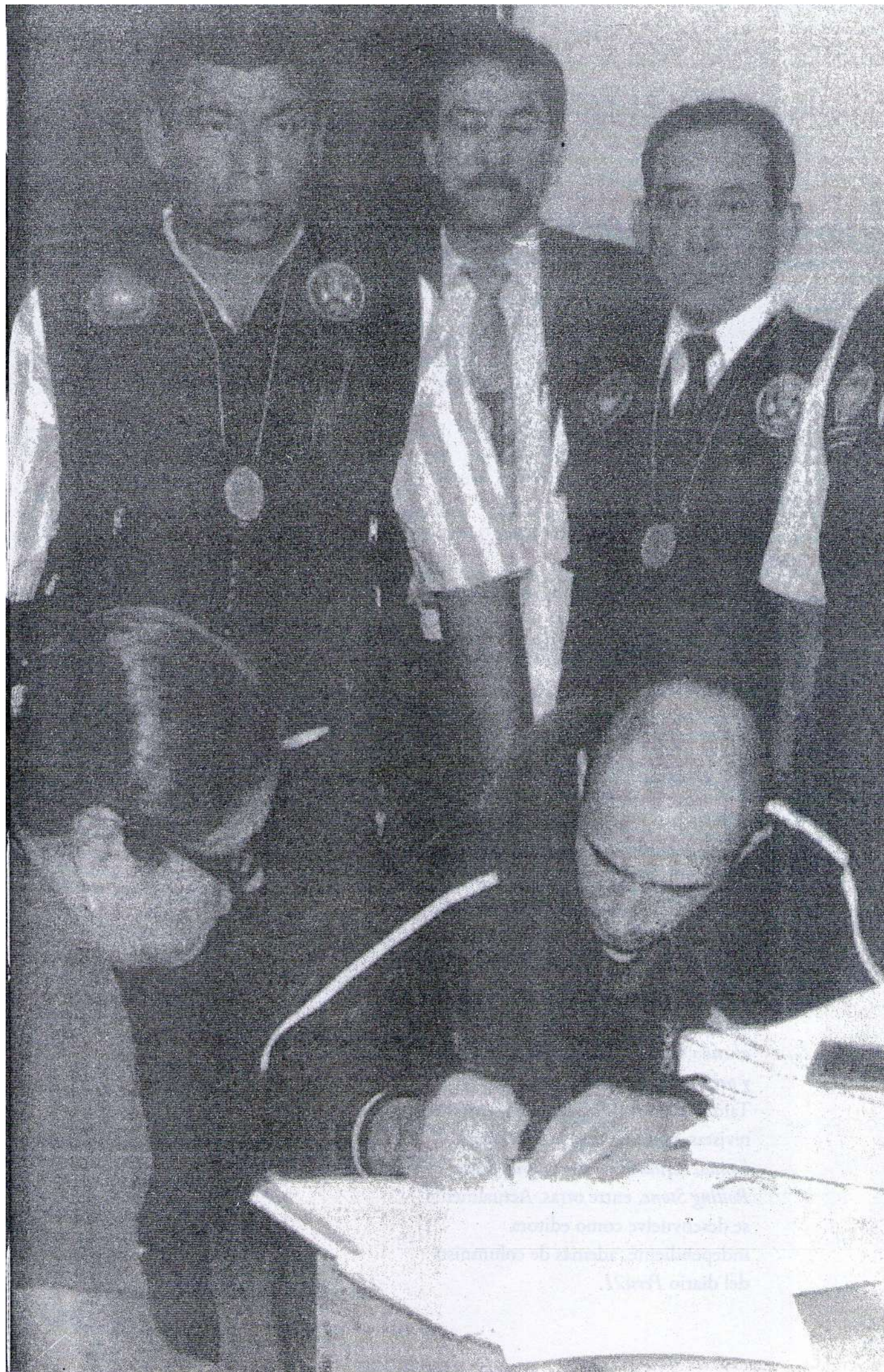
En lo personal, me resulta curioso que la clave para resolver el enigma haya provenido de boca de la misma Stephanie. El día de su captura, mientras la multitud de vecinos le gritaba «¡Asesina! ¡Asesina!», una periodista le acercó un micrófono y le preguntó si estaba arrepentida. Stephanie, con la cara cubierta por una casaca, no dudó en responder de inmediato y con frialdad: «Sí, sí estoy

arrepentida, pero yo sola no tuve la culpa». A raíz de estas palabras, me inclino a creer que los adolescentes se repartieron las tareas del crimen, aunque jamás lleguemos a saber cuál de ellos ultimó a doña Gaby. Ambos ya cumplieron sus respectivas sentencias y hasta fueron puestos en libertad antes de tiempo.

En el colmo de la coincidencia, me entero de que Stephanie fue liberada al momento de escribir estas líneas, el 26 de setiembre del 2018. Leo la información y mis dedos se quedan fijos en el aire, sobre el teclado. Me sobreviene un escalofrío. Según las películas de ciencia ficción, las coincidencias no existen, pues todo forma parte de un plan maestro. Cierro los ojos y me quedo con aquel último recuerdo de ella, a la distancia, su rostro escondido por los píxeles de las cámaras de televisión para proteger su identidad. Al salir de la casa, esposada, Stephanie sube al patrullero y sonríe orgullosa. Sus labios se extienden de oreja a oreja y hasta se anima a hacer un gesto de victoria con los dedos, idéntico al de sus fotos del Facebook. El patrullero arranca, conduciendo a la menor hacia el centro juvenil Santa Margarita, donde pasará las tardes tejiendo y viendo la televisión, esperando el fin de una sentencia que a la larga sería reducida, añorando quizá las tardes aburridas las que empezaba a respirar su libertad. Al menos su madre jamás volverá a molestarla.

«Como en el
asesinato de la
madre de Lorena
hubo una lucha,
en las uñas de la
víctima quedaron
residuos de piel
y sangre del
homicida».





MARÍA LUISA DEL RÍO

(Lima, 1968)

Periodista y escritora. Autora de los libros *No mires atrás* (Editorial Solar, 2006), *Cusco Bizarro* (Aguilar, 2008), *El Perú arde* (El Comercio, 2011), *Parece una agonía* (Estruendomudo, 2014), *Chía* (Estruendomudo, 2015), *Hey, soy Gay* (Planeta, 2015) y *Perú, la despensa del mundo* (Planeta, 2018). Ha participado en las antologías *Matadoras* (Estruendomudo, 2008), *Antología de microrrelatos eróticos* (Altazor 2016), *Sexo al cubo* (Altazor 2017) y *Perú, crónicas y perfiles* (Revuelta Editores, 2018). También ha colaborado con numerosas revistas, entre las que se encuentran *Somos*, *Aqua*, *Etiqueta Negra*, *Cosas*, *Rolling Stone*, entre otras. Actualmente se desenvuelve como editora independiente, además de columnista del diario *Perú21*.

Eva perdona
lo que Lorena
no olvida

MARÍA LUISA DEL RÍO

Esta es una historia de amor y odio, como todas las que terminan con el asesinato de una mujer peruana. Lorena sabe que estamos contando «su» historia, aunque preferiría no tener que exponerse más, pues nunca fue aficionada a lo público, si bien tuvo que acostumbrarse a manejar esa escena, tras la intrigante muerte de su madre. Y no porque haya sido una mujer famosa, su madre también era más privada que pública, como suelen ser la mayoría de los judíos en Perú. Sino porque su asesinato ocurrió en San Isidro, donde vive la gente más adinerada de Lima y, por tanto, del país. Y porque era bonita e inteligente, virtudes que heredó Lorena y, sobre todo, muy libre. Silvia no solía dar explicaciones ni quejarse, ella salía adelante cuando había lujos y también cuando no. Todos estos dones son codiciados en cualquier parte del mundo y profundamente envidiados en un país prejuicioso y machista como Perú, campeón. Campeón de miles de cosas muy buenas pero también muy malas.

Lo cierto es que Silvia y Lorena se convirtieron de la noche a la mañana en el enunciado “la empresaria exitosa asesinada en circunstancias que no se esclarecen y la hija heredera”, pues así convino llamarlas a los medios de comunicación y redes sociales, para armar la telenovela perfecta y de muy bajo presupuesto, casi cero. Solo había que invadir su espa-

cio (nunca más) privado, prender la cámara, regodearse con la muerte, la intriga, el lujo y la belleza, disparar y matar, especular y matar, estigmatizar y volver a matar, rematar. Y seguir matando.

La empresaria de origen judío siempre fue una mujer de glamour, tenía muchos amigos pero también enemigos. Testigos aseguran que la relación con sus hijos era buena pero había otras personas en su familia a quienes odiaba, uno de ellos, el hermano de su padre, con quien discutía por el dominio de una cuenta en EEUU. El día en que la asesinaron ahorcándola con un cable de computadora estaba vestida con su pijama y las uñas recién pintadas. Luchó hasta el final con su asesino, se aferró cuanto pudo a la vida, pero no pudo con la fuerza de un hombre que ahora está en prisión. Su crimen sigue siendo un misterio. (Radio Programas del Perú, 2006)

Lorena nunca olvidará ese día, esa fecha de 2006 que ya no conviene resaltar para no sembrarle, a su futuro, una efeméride más que sirva de carnada a los tiburones traficantes de tragedias. No olvidará que Simón, el mayordomo, les tocó la puerta, a ella y a su hermano, muy temprano: «Lorena, Rodrigo, bajen, su mamá está mal». Simón no exageraba. Silvia estaba muy mal, estaba en el suelo de su cuarto y había sido asesinada por alguien que entró de noche, forcejeó con ella (porque era aguerrida e iba a defenderse de todas maneras) y finalmente la estranguló, sin usar siquiera un arma de fuego, llevándose un poco de plata, el celular y la *laptop*, pero no otras cosas de valor que pudieron estar a su alcance. ¿Era un ladrón? ¿Un sicario? Si era un sicario, ¿para quién trabajaba esa noche? Y si quería matarla, ¿por qué no lo hizo con un arma? ¿Y por qué no ladraron los perros? ¿Y por qué

Lorena no respondió la llamada del celular de su madre a media noche? Y así miles de porqués, especulaciones que viajaron de boca en boca y de imaginación en imaginación hasta crear una historia vendible, pues una vez que el caso se hizo mediático, todos querían ser los sabuesos astutos detrás de alguna presa fácil, y qué mejor que la propia hija de la víctima, indefensa y casi ingenua a sus 18, recipiente ideal para vertir todas las sospechas posibles, por resistirse a llorar frente a cámaras, rebelarse contra la victimización pública, mostrar preocupación por su perra más que por continuar dando declaraciones sobre la dolorosa muerte de su madre y, sobre todo, por haber heredado del abuelo materno más dinero que su propia madre y mucho más que su hermano. Demasiada carne junta para los escualos al acecho. Pero además de no ser sumisa, Lorena se permitió algo imperdonable en un país como Perú: ser bisexual o, lo que es peor, serlo y no querer encasillarse como tal. Tremendo bocado para los adictos al morbo que genera el escándalo. Trece años después, Lorena revive la pesadilla y perdona la ignorancia, pero no olvida. Acaba de escribir un libro sobre sus diarios en la cárcel, cuatro años de sentencias y condenas sin prueba alguna, más de 1.400 días privada de su libertad y de su derecho a duelo. Hoy vive entre Perú y Barcelona. Mientras pasa unos días en Lima, ultimando detalles con su editora, Lorena acepta darme una serie de entrevistas que permitirán sumergirnos en ese universo de sentimientos encontrados en el que se convirtió su vida, de golpe y a golpes:

Supongo que la hipocresía de Lima hacía que yo solo escuchara lo bonito (y generalmente de otras mujeres): qué valiente eres, mi familia y yo te queremos, te admiro mucho. Lo feo se lo guardaban para hablarlo con otra gente. Muchas mujeres se

sentían identificadas conmigo, a otras les despertaba el instinto maternal. Para mí era raro tener que atender a personas desconocidas que iban al penal como fans. Lo hacían con la mejor intención, pero yo sentía que no tenía nada que darles, sentía que no tenía ningún mérito, que no había ningún logro en vivir lo que me estaba tocando. Con el tiempo aprendí a recibir y valorar el cariño de la gente. Luego estaban las redes sociales donde muchos (casi siempre hombres) opinaban: está rica, pero está locaza, le gustan las chicas, de hecho es culpable. Muchos pensaban que debía ser inocente porque soy «bonita» pero que ser «gay» (porque además, la bisexualidad, para muchos, aun no existe) me hace culpable. Cómo «no me pueden» gustar ellos, soy rara. Y rara es igual a culpable. Otros piensan que soy culpable porque no sigo códigos sociales como llorar frente a cámaras, tener el look que se espera, responder como se espera, etc. Toda yo los agredía: estaba siempre en buzo o medio calata y con el pelo rapado o muy cortito, venía de trabajar en un kibutz en Israel y quería volver para hacer el servicio militar, solo usaba polos blancos o negros... Y a eso súmale los medios, que tuvieron un lugar decisivo, a nadie le importaba investigar, solo vender. Y lo mismo la policía. Cuando llegué a la cárcel mi vida ya era un encierro en varios aspectos. Sentía un vacío muy fuerte y ese vacío (luego descubrí), era peor que la cárcel. Qué peor cárcel que la ausencia. Recuerdo que la primera noche en prisión me quedé dormida muy temprano y por muchas horas, pero al día siguiente El Trome publicó que me había dado una crisis nerviosa y me había pegado cabezazos contra las rejas. La primera mentira de una saga interminable.

Nadie que haya vivido en esa casa olvidará cómo fueron desfilando por la escena del crimen algunos pocos parientes, el padre de ambos, Antonio -a quien no veían coti-

dianamente porque se había separado de Silvia cuando los hijos estaban pequeños, y porque vivía en Trujillo-, agentes del seguro médico y de vida, la policía, peritos de criminalística, la comunidad judía. Nadie podrá olvidar la primera de muchas sentencias, la que dio inicio a todo, esa frase fatal que hasta ahora retumba en los oídos y en el alma de Lorena, ese «está fría» que le tocó anunciar a algún perito de criminalística. Esas palabras resonaron en la habitación que fue de su madre, en el primer piso de la casa de San Isidro. Para Lorena ese fue, es y será siempre su hogar, el que la vio crecer, el lugar donde recuerda a Silvia tomando sol en el jardín, un oasis de familiaridad en medio de un mundo ancho y ajeno donde todos los posibles apegos le han sido arrebatados. El lugar desde donde hoy (abril 2019) hace un último esfuerzo para recordar:

Nadie nos decía nada. Había sangre en las sábanas, mucha sangre en el piso que yo interpreté como un corte en la cabeza de ma, empecé a gritar como loca cuando supe que estaba muerta, me dieron un calmante, no recuerdo mucho más, solo que traté de pararme y no podía caminar sola, luego vi que sacaban el cuerpo en una bolsa negra. A los dos días tuve que ir a la morgue a reconocer el cuerpo. En el entierro me desmayé. A la semana ya estaba la foto de mi mamá muerta en la portada de Carretas. Nunca nos informaron que había sido un asesinato, estábamos muy solos mi hermano y yo, los primeros días se acercaron algunas personas, pero luego nadie quiso tener que ver con una historia tan escabrosa. Solo sabíamos cuándo nos tocaba ir a declarar. Pensaba en quién podría haberle hecho eso a mi mamá, pero sobre todo me preguntaba a mí misma ¿y ahora qué, se acabó la vida? Justicia no esperaba, porque ya me habían arrebatado a mi mamá, entonces nunca iba a haber justicia. Du-

rante años estuve en un estado mental de no hilación, mi mente deambulaba, había perdido capacidades cognitivas (luego una terapeuta me explicó que eso es la depresión, y no «estar triste»), no había una conversación conmigo misma, yo era un espacio en blanco, un tremendo vacío, podía hacer las cosas típicas: irme de viaje, volver y hasta reírme, pero todo estaba como nublado, no conectaba, no pisaba tierra. Si los abogados me hablaban del «caso» me daba sueño y me quedaba dormida. No podía soportar ver nada violento en televisión, ni una cachetada en una telenovela, y nunca más pude. Si veo Game of Thrones me tapo los ojos en las escenas violentas.

Rodrigo no olvidará que cuando el mayordomo los despertó, fue él quien tuvo una reacción más ejecutiva, digamos, en el sentido que administró sus emociones frente a la pésima noticia, indicando a quién había que llamar y qué había que hacer. Tampoco olvidará el rastro de sangre entre el piso del cuarto de su madre y otros rincones de la casa. Ni que su hermana, solo un año mayor que él, entró en ataque de nervios y hubo que sostenerla. Nunca olvidará, el hermano menor, que su abuelo materno tuvo una preferencia descarada por Lorena, a quien era capaz de traer maletas llenas de regalos cuando viajaba, mientras que a él solo le tocaba un souvenir. Y es que Rodrigo se parecía más a su padre, un provinciano no judío con quien Silvia escapó para poder casarse con él en Trujillo, cuando eran muy jóvenes. Ni Lorena ni Silvia avalaron jamás la discriminación del abuelo hacia Rodrigo, al punto que las maletas para la niña le eran devueltas al patriarca, en solidaridad con el nieto menor. Una discriminación que lo marcó de por vida. Lorena respira hondo antes de hablar de su hermano, hoy absolutamente ausente en su vida:

Yo lo amaba, lo cuidaba, mi mamá a veces era muy dura con él por ser gay y yo lo defendía, pero todo esto fue generando un resentimiento en él, lo mismo que la ausencia de mi papá. Además mi hermano era afeminado y marginado por los niños. Cuando me fui a Israel, antes de la muerte de ma, me entregó una carta llena de resentimiento: sintió que yo también lo estaba abandonando. Luego volví a Lima, apareció Liliana, y salíamos juntos los tres todo el tiempo. Liliana y mi hermano se hicieron muy amigos, incluso él hizo un poco de cupido. Por esa complicidad, cuando murió mi mamá, él llamó a Liliana. No había mucha gente a quien llamar y a ella la sentíamos cercana. Supongo que ambos necesitábamos sentirnos menos solos. Liliana tomó un lugar importante en nuestras vidas, como de hermana mayor. Pero mi relación con Liliana empezó a estrecharse y mi hermano se sintió relegado. Eso hizo que explotara su sensación de patito feo de toda la vida, de ser el que sobra, el no elegido. Eso abrió la puerta para que todo lo que él había acumulado saliera con fuerza, y con un duelo de por medio. A esto súmame que tras la muerte de mi mamá yo había heredado la administración de la empresa inmobiliaria que ella manejaba, pero como no me interesaba ni me sentía capaz, mi hermano se hizo cargo del negocio, pero después de pelearnos yo le pedí a Liliana que se encargara. Yo ni siquiera sabía cuál era el número de mi cuenta bancaria. Recién he tomado las riendas de ese negocio a los 30 años. Así, mientras vivíamos juntos y ya empezábamos a llevarnos mal, sin que lo citaran, mi hermano empezó a ir por voluntad propia a cambiar sus declaraciones. Para entonces ya nos había declarado la guerra a Liliana y a mí.

Como en el asesinato de la madre de Lorena hubo una lucha, en las uñas de la víctima quedaron residuos de piel y sangre

del homicida. Comparado el ADN del sicario colombiano Trujillo Ospina con esas pruebas, se comprobó que se trataba de él. Pero quedaba un asunto pendiente: ¿quién había sido el autor o autora intelectual de la muerte de Silvia? Tres años después, en 2009, su hija Lorena, de 21 años, entendió que la atención empezaba a dirigirse contra ella. El papel de la policía era encontrar las pruebas y detener a los culpables. El del poder judicial era demostrar un vínculo entre el cadáver, la motivación y el arma utilizada, para poder señalar al responsable, así como defender a los acusados hasta que se demostrara su culpabilidad. Pero en el país de la precariedad institucional nada de esto puede estar garantizado. Y no lo estuvo.

Cegado por el resentimiento, Rodrigo fue cambiando su versión, declaró que vio cosas muy extrañas después del entierro, y el diario más vendido del Perú tuvo la historia que necesitaba para vender aun más, me refiero a *El Trome* y sus editoriales más amarillas, escritas por el director Carlos Espinoza Olcaya, «El Búho».

Él estaba devastado, pero su hermana llevó a vivir a su casa a Liliana Castro Manarelli y afirmó que armaban tremendas fiestas y con la herencia le compró una motocicleta, adquirió autos y, lo más extraño, ¡le regaló la mitad de las acciones de la empresa Sideral, valorizada en seiscientos mil dólares!! (...) Mientras que el hijo siempre se preocupó en asistir a la policía para saber cómo iban las investigaciones, la hija nunca se aparecía. Hoy ella se defiende sosteniendo que la acusación se basa en «indicios» y no en pruebas contundentes y se aferra a la providencial declaración del propio asesino de su madre. Y por obvias razones, ni siquiera se atreve a condenarlo ni a exigir que se pudra en prisión, como lo haría un

hijo o una hija verdaderamente dolido. Saquen ustedes sus propias conclusiones. Apago el televisor.

Pero el Búho, como millones de peruanos ávidos de sangre, no apagó el televisor. El caso se había convertido en un linchamiento mediático a dos chicas acusadas de asesinas, con un cargamontón de «pruebas» que casi las convertían en las dos criminales más peligrosas de los últimos tiempos pues «todo indicaba» que habían matado a una mujer, madre de una de ellas, por plata. Era el *thriller* perfecto, con viajes al extranjero, supuestos contactos con el sicariato y hasta un apellido materno mediático, el de Liliana Castro Manarelli, por el recordado caso Calígula, que había dado origen en los años ochenta a una miniserie muy exitosa en la TV peruana. La mesa estaba servida. Millones daban por culpables a Lorena y Liliana con argumentos como: «los homosexuales son gente peligrosa», «a esta chica se le ve fría cuando habla de su madre, no llora, ¿cómo no vas a llorar si matan a tu madre?».

Y en el reino del machismo, del otro lado de la arena del circo romano, estaba el hijo Rodrigo, en guerra contra su hermana y contra el mundo, dispuesto a encontrarla culpable al precio que fuera, y con la opinión pública de su lado: «qué inteligente», «se le ve educado», «es coherente, habla muy bien». Hasta ahí estaba claro quién era el ganador. Las malvadas asesinas habían sido descubiertas y la verdad se había impuesto. Lorena repliega las piernas y las abraza, como si necesitara protegerse para poder continuar narrando una pesadilla:

No me di cuenta que estaba en problemas, recién cinco meses antes de que nos metieran a la cárcel busqué un abogado, pero

ya era muy tarde. Habían pasado tres años desde el asesinato de mi mamá y, pese a que Liliana y yo estábamos convencidas que no seríamos condenadas por algo que no habíamos hecho, la historia dio todas las vueltas de tuerca posibles y el jueves 9 de setiembre de 2009, cuando me tocaba clase de entrenamiento corporal en la Escuela de Teatro de la Universidad Católica supe, por una abrupta llamada de Julio, el abogado, que habían pedido nuestra detención y que tendríamos que entregarnos. Paralelamente a la tragedia que yo estaba viviendo ahí, existía otra realidad (que desde ese momento era la que me correspondía vivir), en la que la universidad estaba rodeada de policías encubiertos tratando de llevarse el «crédito» de haberme «atrapado». Hasta ese momento estábamos segurísimas de que nunca íbamos a ir a la cárcel porque éramos inocentes. Así de simple nos parecía: la gente que no ha hecho nada malo no va a la cárcel. Qué ingenuidad, pienso hoy. En ese instante dejé de ser esa Lorena, la alumna de la universidad, la mejor amiga de las chicas, la Lorena asustada y llorosa... todo se desvaneció en el momento en que empecé a caminar para entregarme. Todo volvió a cero otra vez, todo lo que había podido avanzar desde la muerte de mi madre se deshizo.

Lorena y Liliana tuvieron que soportar todo tipo de excesos por haber sido pareja, al punto que fueron obligadas a responder un peritaje psicológico que busca confirmar el presunto vínculo entre la conducta sexual de un acusado y su tendencia a delinquir. Que si se masturbaban, que si hacían tríos, que si miraban pornografía, que si juguetes sexuales, que si la mano o la lengua, que quién arriba y quién abajo... un rosario de fantasías para satisfacer a quienes no son capaces de hacer el trabajo que les corresponde, por miedo

a sobresalir entre la mediocre mayoría que opera el poder judicial peruano.

El viernes 12 de agosto de 2012, después de tres años encarceladas en un país adicto a la prisión preventiva, con más de cien por ciento de sobrepoblación carcelaria, Liliana y Lorena escucharon sus respectivos veredictos, llorando de angustia, tomadas de las manos, mientras el sicario colombiano se mostraba desafiante. Liliana fue absuelta de todos los cargos, pero Lorena recibió una condena de 30 años por la supuesta autoría intelectual del homicidio de su propia madre. Lorena se desmayó en plena lectura de sentencia y las cámaras dispararon sin piedad sobre una imagen ultrarrentable, que llegó a tener más de 300.000 visualizaciones, solo en Youtube, sin contar la señal abierta. Para el fallo, la Segunda Sala Penal acudió a la prueba de indicios, recogiendo y valorando «la multitud de circunstancias» que la conectan con la muerte de su madre. El sicario, quien había admitido ser el autor de la muerte de Silvia pero también había entrado en innumerables contradicciones acerca de quién lo contrató, se llevó 35 años. Un año después, y gracias a la batalla que emprendió su amiga July Naters contra la desidia judicial y el morbo mediático, y a la ayuda de su padre, la periodista Bibiana Melzi y los abogados, la condena se anuló y Lorena salió en libertad, después de haber pasado cuatro años encarcelada. Hoy está «libre» pero estigmatizada, ya que se pasa la vida explicando lo que le tocó vivir cuando conoce a alguien nuevo, y no pocas veces tiene que soportar el rechazo de quienes no creen en su inocencia. Pero eso ha aprendido a manejarlo sin victimizarse. Lo más importante que le ha quitado la vida, sin embargo, no habrá justicia capaz de

devolvérsela, y es su madre. Lorena mira hacia el jardín y su voz adquiere una fortaleza heredada:

Era muy fuerte, activa, chambera, tenía un geniazo también, si algo le molestaba se ponía furiosa, pero la furia le duraba muy poquito. En las épocas en que mi abuelo no le pasaba plata, hacía tortas de 11 pisos (las mejores, además) y las vendía. Ella había querido estudiar arte y él no se lo había permitido. Una vez pasamos un verano en un hotel de Mollendo porque tuvo que dedicarse a vender autos, pero ella nos lo pintaba como una aventura pese a que estábamos en una situación difícil. Recuerdo que pasamos un verano en Punta Hermosa y cuando volvimos, nos habían embargado el departamento en el que vivíamos en Lima por una deuda de mi abuela. Entramos y nos dimos con esta imagen impactante de la casa vacía, pero ma nos dijo: He decidido que nos quedamos en la casa de playa unos meses más. Dio media vuelta, subimos al auto, y volvimos. No hizo ningún drama. Mi mamá me enseñó a ver más allá de lo evidente. Si no fuera por su ejemplo, yo no hubiera resistido todo lo que me tocó vivir.

La muerte de Silvia dio inicio a todos los finales que pueden caber en la vida de una mujer peruana como Lorena, entre los 18 y los 25 años, cuya madre fue asesinada en circunstancias que no se explican. Finales y matanzas que se multiplican de manera proporcional al prejuicio: «millonarias, glamorosas, judías, avezadas, no lloran nunca, salen de noche, son provocadoras». Para una mujer que no conozca el Perú, estas características deberían ser inocuas, pues lo son en sí mismas, pero si tratara de moverse por unos días dentro de nuestro territorio, en situaciones que requieren lidiar con hombres por un lado y con el conservadurismo limeño por

otro, entendería de qué hablamos. Perú mata a las mujeres, Lima mata a las mujeres. Perú es campeón en gastronomía, en biodiversidad, en historia milenaria, sí, pero lo es también en feminicidios, deporte nacional.

Lorena es Eva Lorena Bracamonte Fefer, Silvia es Silvia Myriam Fefer Salleres, Rodrigo es Ariel Rodrigo Bracamonte Fefer y Antonio es Marco Antonio Bracamonte Mantilla. La historia aquí recopilada es la del telón de fondo, bastante más importante que los detalles que permitirían armar el inconcluso rompecabezas. Es la voz que emerge donde normalmente reina el silencio. Es el camino del amor y el odio en un país marcado por la discriminación de género, raza, religión, posición social y orientación sexual. Los detalles abundan en Google, con casi 30.000 entradas que explican, analizan, especulan y difaman a sus anchas sobre el sonado Caso Fefer, que mantuvo al país entretenido con la desgracia ajena de una familia fracturada, creando y recreando héroes y villanos, sin pena ni gloria. Victimizando y revictimizando. Bailando sobre la tumba de quien ya no puede defenderse.

Crímenes en Lima

Prólogo	9
Lima, ciudad de pobres corazones	
ALBERTO RINCÓN EFFIO	
Incandescencia	19
GABRIELA WIENER	
La carne de los Paredes	35
LUIS JOCHAMOWITZ	
Lo que unió la música, solo lo separa la muerte	57
CARLOS ENRIQUE FREYRE	
El expediente Tozzini Bertello:	
Cómo matar con impunidad	77
CARLOS PAREDES	
Matar no es un asunto diplomático	103
ALEJANDRO NEYRA	
Muerte al paso:	
La ruta del primer crimen masivo en Lima	133
RICARDO LEÓN	
<i>Rigor mortis:</i>	
El crimen de La Molina o el asesinato	
de Gabriela Niño de Guzmán	153
DANY SALVATIERRA	
Eva perdona lo que Lorena no olvida	183
MARÍA LUISA DEL RÍO	

LIMA

es un enorme matadero
y colgados, sangrantes,
yacen sus víctimas.

¿Cuál de ellos puedes ser tú?

Cuando ya no hay señales que nos alerten,

¿Solo seguimos vivos por estadística,
por falta de criminales?

Estas son siete historias reales y tal vez eso es lo más escabroso de todo. La de una inocente joven que sube al bus, una tarde cualquiera, y un hombre la rocía de gasolina y le prende fuego... La de una familia que tiene el infortunio de heredar un camal... La de una pareja de músicos vernaculares que parecían obligadas a fingir que se amaban. La de una familia adinerada, perfecta en apariencia, pero con adicciones asesinas... La de un respetable diplomático, enamorado, o tal vez obsesionado, de su joven secretario... La de un salchipapero que escondía con recelo su fanatismo por las armas... La de dos jóvenes enamorados universitarios que una noche asesinan a la madre de ella... La de una joven acusada de asesinar a su madre por no aparentar su inocencia. Lima y sus crímenes: impredecibles, cobardes, sangrientos. Lima y su pasividad: no los llora, no lava la sangre derramada.

Lima donde, como en este libro, no toda crónica es de una muerte anunciada.

ISBN: 978-612-47795-2-7



9 786124 779527



JOCHAMOWITZ | PAREDES |
DEL RÍO | SALVATIERRA | FREYRE |
LEÓN | NEYRA | WIENER |